

# Santiago, 5ª parte

UNA EXPLICACIÓN Y APLICACIÓN DE LAS SAGRADAS ESCRITURAS

**LA VERDAD  
PARA HOY  
UNA ESCUELA DE  
PREDICACIÓN IMPRESA**

*Tomo 26, N.º 2*

**SANTIAGO, 5ª PARTE**

**Autor:  
Duane Warden**

La sumisión frente al egoísmo (Cap. 4)	3
Lecciones para hoy de Santiago 4	20
El triunfo de la fe (Cap. 5)	28
Lecciones para hoy de Santiago 5	47

*con lecciones selectas  
de Bill Hooten*

**EDDIE CLOER, editor**  
2209 Benton Street  
Searcy, AR 72143 - EE.UU.

*Someteos, pues, a Dios; resistid  
al diablo, y huirá de vosotros.  
Acercaos a Dios, y él se acercará  
a vosotros. Pecadores, limpiad  
las manos; y vosotros los de  
doble ánimo, purificad vuestros  
corazones. Afligíos, y lamentad,  
y llorad. Vuestra risa se convierta  
en lloro, y vuestro gozo en tristeza.  
Humillaos delante del Señor,  
y él os exaltará.*

*Santiago 4.7-10*

# *Tiempo para orar*

## *(Santiago 5.13–18)*

Durante muchos años enseñé griego del Nuevo Testamento a estudiantes de la Biblia, primero en la Universidad Ohio Valley en Parkersburg, Virginia Occidental, y luego en la Universidad de Harding en Searcy, Arkansas. Entre los estudiantes que pasaron por mi clase había una mujer que quizás tenía cincuenta años. La llamaremos «Sharon». Sharon tenía un hijo de unos treinta años. Sharon se hizo cargo de su hijo. Fue difícil. Él estaba mentalmente discapacitado. Su mente era la de un niño de cinco o seis años. Medía alrededor de seis pies de alto, se veía sombrío, era un poco intimidante conocerle. A veces, su hijo se ponía agresivo y difícil de manejar. En un momento, se alejó de ella durante los servicios religiosos. Era una gran congregación, sin embargo, marchó al frente, tomó el micrófono del predicador y comenzó a dirigir un canto. Sharon, con la ayuda de algunos hombres fuertes, logró llevarlo de regreso a su asiento junto a ella.

Comenzábamos cada clase de griego con una oración e invitábamos a personas con necesidades especiales a mencionarlas. Todos en la clase sabían de las luchas de Sharon. Antes de una de las reuniones de la clase, Sharon dijo algo como esto: «A veces es difícil cuidar de mi hijo. Es una prueba. Sin embargo, estoy agradecida por ello. Dios lo usa para hacerme ver y entender cosas que de otra manera no vería».

Sharon y su petición me vinieron a la mente mientras consideraba Santiago 5.13–18. Santiago nos ha hablado de la oración, de cómo los cristianos deben integrar la oración en sus vidas. Llegan tiempos difíciles en la vida de la mayoría de las personas. Cuando eso sucede, solo Dios es un refugio, una hendidura en la roca.

*Dos principios bíblicos.* Hay dos enseñanzas bíblicas sobre la oración que están en cierta tensión entre sí. Por un lado, la Biblia enseña que los cristianos

han de orar con completa fe en que Dios escucha y responde los clamores de Su pueblo. Los pasajes son muchos:

Y si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídala a Dios, el cual da a todos abundantemente y sin reproche, y le será dada. Pero pida con fe, no dudando nada; porque el que duda es semejante a la onda del mar, que es arrastrada por el viento y echada de una parte a otra (1.5, 6).

Jesús aseveró:

Por tanto, os digo que todo lo que pidieréis orando, creed que lo recibiréis, y os vendrá (Mr 11.24).

Y todo lo que pidieréis al Padre en mi nombre, lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo (Jn 14.13).

¿Quieren decir estos pasajes que cualquier cosa que una persona pida, en cualquier circunstancia, Dios se lo dará? Además de experiencias difíciles, el cristiano se enfrenta a otros pasajes. En el huerto de Getsemaní, Jesús oró para ser librado de la terrible experiencia de beber la copa que había venido a beber. Luego añadió: «... pero no sea como yo quiero, sino como tú» (Mt 26.39). ¿Por qué añadió Jesús esas palabras? ¿Por qué no pidió simplemente lo que quería y lo dejaba en las manos de Dios? ¿Dudó Jesús que Dios pudiera ayudarlo? ¿Es acaso la razón por la que dijo, «... sino como tú»? Lo cierto es que la copa no pasó de Jesús. Jesús fue juzgado culpable y crucificado. Según los cálculos de la mayoría de las personas, Dios no respondió a Su oración.

El apóstol Juan calificó la oración. Dijo que todas nuestras peticiones deben ser calificadas buscando  
(Continúa en la página 51)

---

Traducido del inglés por Rodrigo Ulate González

---

Escuela Mundial de Misiones La Verdad para Hoy, es una obra no lucrativa sostenida por las iglesias de Cristo. Enviamos literatura cristiana a 150 naciones del mundo; lamentablemente, la enorme carga financiera de este esfuerzo nos imposibilita conceder peticiones de ayuda económica.

---

LA VERDAD PARA HOY es una publicación diseñada para alentar a predicadores, maestros y cristianos fieles a la gran tarea de estudiar y enseñar el evangelio. A menos que se indique una versión diferente, todas las citas bíblicas fueron tomadas de la traducción de Reina-Valera, revisión de 1960, © 1960 Sociedades Bíblicas Unidas. Se usan con permiso de la American Bible Society, New York, NY, [www.americanbible.org](http://www.americanbible.org). LA VERDAD PARA HOY © 2022 por TRUTH FOR TODAY, 2209 Benton Street, Searcy, AR 72143 EE.UU. [www.biblecourses.com](http://www.biblecourses.com)

# La sumisión frente al egoísmo

### LA CURA PARA EL CONFLICTO (4.1–12)

Una extensa sección de Santiago (3.1—4.12) se mantiene unida vagamente por la confrontación del autor con la hostilidad interna y el desacuerdo en las iglesias a las que se dirigía. Las luchas de la iglesia que Santiago abordó desde su base de operaciones en Jerusalén probablemente eran una combinación de algunas condiciones distintivas de iglesias distantes y otras conocidas por él por su experiencia con las iglesias de Judea. Por el boca a boca, parece haberse informado de que los judíos cristianos en la gran diáspora siria estaban pasando dificultades. Su información provenía de judíos cristianos que viajaban a Jerusalén y estaban familiarizados con iglesias lejos de su vecindario inmediato. Evaluó problemas de iglesias de las que había oído hablar en el contexto de las iglesias que conocía por experiencia personal. Aprovechando toda su experiencia, escribió para brindar orientación.

A juzgar por la pasión que el autor puso en esta parte de su carta, y a juzgar por las preocupaciones a las que volvió con renovada intensidad a lo largo de la carta, podemos decir con seguridad que dos temas relacionados impulsaron a Santiago a escribir. Primero, le preocupaba la aceleración de las presiones externas que estaban siendo dirigidas contra judíos cristianos. Los creyentes relativamente pobres e indefensos enfrentaban persecución (1.2, 3, 9). Como resultado de su pobreza, los cristianos tenían medios escasos para resistir a judíos más ricos que habían rechazado el Mesianismo de Jesús.

Su segunda preocupación, pero relacionada, la constituía la discordia interna entre los cristianos y dentro de las comunidades judías que no estaban muy seguras de cómo lidiar con cristianos. Debido a que la ruptura entre judíos cristianos y

no cristianos no estaba completa, la discordia era generalizada. La hostilidad había sido avivada por maestros, algunos cristianos y otros no, que competían por el liderazgo. Cuestiones como la religión pura, la fe y las obras, y los abusos de la lengua encajan fácilmente en el ámbito de estas dos categorías. Algunos de los maestros judíos que querían silenciar a sus contrapartes cristianas representaban a elementos más ricos de la comunidad judía. En algún momento, la primera y la segunda preocupación del autor parecen haberse combinado en una.

Antes del capítulo 4, Santiago había demostrado su afición por coloridas figuras retóricas. Empleó la diatriba y recurrió a la hipérbole para llamar la atención de sus lectores. Ahora estaba listo para llegar al punto crucial de lo que lo motivaba a escribir. Los maestros estaban peleando entre sí. En el proceso, habían resaltado la división entre ricos y pobres, y habían enfrentado a elementos cristianos y no cristianos de la comunidad unos contra otros. Los maestros mismos podrían haber considerado que sus diferentes lealtades tenían poca importancia; Santiago lo veía de otra manera. Su lenguaje raya con la fiereza. Es diferente a todo lo que hemos encontrado en la carta hasta ahora.

### El deseo egoísta termina en conflicto (4.1–6)

**<sup>1</sup>¿De dónde vienen las guerras y los pleitos entre vosotros? ¿No es de vuestras pasiones, las cuales combaten en vuestros miembros? <sup>2</sup>Codiciáis, y no tenéis; matáis y ardéis de envidia, y no podéis alcanzar; combatís y lucháis, pero no tenéis lo que deseáis, porque no pedís. <sup>3</sup>Pedís, y no recibís, porque pedís mal, para gastar en vuestros deleites. <sup>4</sup>¡Oh almas adúlteras! ¿No sabéis que la amistad del mundo es enemistad contra**

**Dios? Cualquiera, pues, que quiera ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios. <sup>5</sup>¿O pensáis que la Escritura dice en vano: El Espíritu que él ha hecho morar en nosotros nos anhela celosamente? <sup>6</sup>Pero él da mayor gracia. Por esto dice: Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes.**

**Versículo 1.** Las palabras iniciales de Santiago 4 explotan en la escena. La ausencia de la pacífica «sabiduría de lo alto» (3.17, 18) es evidente. Después de mencionar a los maestros en 3.1, el autor parece haber abandonado el tema en favor de un tratamiento más general del impacto de las palabras para bien o para mal en la vida espiritual de la iglesia. De la lengua, un pequeño miembro del cuerpo que se jacta de grandes cosas, Santiago pasó a la sabiduría. Las palabras eran el dominio de los maestros. Incluso cuando enseñaban la verdad, cuando los maestros seguían un curso de sabiduría adecuado para este mundo, Santiago afirmó que podrían hacer más daño que bien.

La perspicacia de sus palabras tenía la intención de avergonzar a sus lectores. El ideal de la sabiduría según Dios al final del capítulo 3 contrasta fuertemente con las acusaciones que Santiago lanzó contra sus lectores en el capítulo 4. La sabiduría de lo alto era «pacífica, amable, benigna» (3.17). La cosecha de la justicia «se [sembraba] en paz» (3.18). Por vergonzoso que fuera, **las guerras y los pleitos** se habían convertido en la norma entre las iglesias a las que se dirigía Santiago. La única sabiduría que podían reclamar era de la variedad «terrenal, animal, diabólica» (3.15). Si la advertencia de que mentir «contra la verdad» constituía una vergüenza para los maestros (3.14), en 4.1 el autor aguzó la punta. Dejó clara la acusación.

Tanto los que abusaban de los pobres como los que contribuían a la disensión estaban deshonorando el buen nombre de Jesús que fue invocado sobre los creyentes (2.7). La fuente de su comportamiento provenía del deseo de las **pasiones, las cuales combaten en vuestros miembros**. Cada quien quería hacer prevalecer su propia voz.

La gramática permitirá que la frase ἐν ὑμῖν (*en humin*) en 4.1a se refiera a guerras y pleitos «en vosotros», en lugar de **entre vosotros**. Si ese es el significado, las guerras y pleitos estaban dentro de la conciencia de cristianos individuales. Sophie Laws defendió con fuerza esta interpretación. Ella creía que es «más fácil entender la división como dentro del individuo, él mismo en su pro-

pio cuerpo desgarrado por diferentes deseos». <sup>1</sup> Sin embargo, los conflictos descritos al final del capítulo 3 y el llamado del autor a la sabiduría entre creyentes sugieren que «entre vosotros» es la mejor interpretación. El abuso verbal que los cristianos usaban unos contra otros, junto con el hecho de no acoger la sabiduría, había terminado en la situación descrita por Santiago.

No es meramente incidental que palabras introducidas en el capítulo 1 aparezcan nuevamente en el capítulo 4. Santiago había estado preparando a sus lectores para acusarlos por su falta de unidad desde el comienzo de su carta. Cuatro paralelos entre los capítulos 1 y 4 vienen a continuación:

- 1.5a — «Y si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídala a Dios, el cual da a todos abundantemente y sin reproche».
- 4.3a — «Pedís y no recibís, porque pedís mal».
- 1.14 — «... cada uno [...] de su propia concupiscencia es atraído y seducido».
- 4.2, 3 — «Codiciáis y no tenéis [...] Pedís y no recibís, porque pedís mal, para gastar en vuestros deleites».
- 1.21a — «Por lo cual, desechando toda inmundicia y abundancia».
- 4.8b — «Pecadores, limpiad las manos».
- 1.8 — «El hombre de doble ánimo es inconstante en todos sus caminos».
- 4.8c — «... vosotros los de doble ánimo, purificad vuestro corazón».

«Doble ánimo» (δίψυχοι, *dipsuchoi*) es una palabra griega poco común que no aparece en ninguna parte de la literatura griega antes de ser hallada en esta carta. El argumento no es decisivo, sin embargo, si el propósito de Santiago al escribir era fomentar la cohesión entre hermanos que no conocía de manera personal, entonces probablemente habría supuesto que los problemas habían surgido de aquellos atrapados en una competencia autodestructiva por ser influyentes. Siendo ese el caso, se esperaría ver indicios de su preocupación por el pecado y la división en la primera parte de la carta. Las sutilezas encontradas en los pasajes paralelos mencionados anteriormente sugieren que el tratamiento del pecado y la división por parte del autor tenía, de hecho, motivó declaraciones en

---

<sup>1</sup> Sophie Laws, *A Commentary on the Epistle of James (Comentario sobre la epístola de Santiago)*, Harper's New Testament Commentaries (San Francisco: Harper & Row, 1980), 168.

el primer capítulo.

Las «guerras y los pleitos» dentro de las iglesias en las que Santiago quería influir no parecen haber sido generados por diferencias doctrinales. Independientemente de las disputas que pudieran haber sobre sutilezas doctrinales, Santiago no estaba interesado en ellas. Estaba más preocupado por la forma en que sus lectores se comportaban entre sí que por las posiciones doctrinales específicas que estaban adoptando. La sabiduría, o la falta de ella, era la fuente de los problemas. El egoísmo, la arrogancia y la envidia entre hermanos habían producido el lamentable estado de cosas que enfrentó. Los pecados que Santiago encontró entre sus lectores no le agradaron. Los conflictos y las luchas habían nacido del orgullo y la rivalidad. Santiago aconsejó sabiduría y paz a sus lectores. Su enfoque contrasta con las líneas claras que trazó Pablo entre los creyentes judíos que insistían en que los gentiles aceptaran aspectos ceremoniales de la Ley y los que no (Ga 5.2–4).

**Versículo 2a.** Es inesperado que Santiago diga de sus lectores: **matáis**. Es fácil creer que los cristianos a los que se dirigía eran celosos o envidiosos. ¿Hemos de pensar que literalmente también estaban matándose unos a otros? Es posible que Santiago estuviera diciendo que la extensión lógica del deseo egoísta y los celos era el repudio seguido por el homicidio. Puede que haya extraído del Sermón del Monte, como lo hizo en otros lugares. Jesús dijo que el que repudia a su hermano comete homicidio (Mt 5.21, 22). La conducta de los contendientes era tal que, en cierto sentido, estaban matándose unos a otros.

Aunque es poco probable que los lectores de Santiago estuvieran matándose literalmente entre sí, el autor ha elegido una palabra extraordinaria. ¿Podría estar Santiago refiriéndose a una contienda próxima al homicidio, tal vez incluso a una contienda que incluía el homicidio? El autor había dicho a algunos de sus lectores: «¿No os oprimen los ricos, y no son ellos los mismos que os arrastran a los tribunales?» (2.6). Pocos dudan de que estaba siendo literal. Más adelante, Santiago acusó a terratenientes ricos. Habían retenido los salarios y habían acumulado juicio sobre sí en los últimos días. Santiago concluyó diciendo: «Habéis condenado y dado muerte al justo, y él no os hace resistencia» (5.6). ¿Estaba Santiago siendo literal?

Sea que los tribunales en cuestión en 2.6 eran seculares o judíos, las penas de muerte no estaban fuera de debate. Esteban, al menos, fue juzgado

ante un tribunal judío y apedreado (Hch 6.12; 7.58). Parece presuntuoso suponer que tal cosa no podría haber sucedido en otro lugar. Después del martirio de Esteban, una campaña contra la iglesia de Jerusalén trató de acabar con el cristianismo (Hch 8.1–3). La prisión y la muerte de cristianos podrían haberse extendido rápidamente a las regiones de Siria (Hch 9.1, 2). Los adversarios de la iglesia descritos en Hechos no dudaron en recurrir a equivalentes al arma para complementar cualquier palabra que dirigieran a los creyentes. Es razonable concluir que Santiago eligió deliberadamente la palabra «matáis».

Incluso si «matáis» en 4.2 es una hipérbole, no tiene por qué ser una extensión leve de malos sentimientos o malos corazones. Las palabras pueden ser homicidas. Cuando la discusión es intensa, el daño que las personas están dispuestas a hacer con las palabras a menudo conoce pocos límites. Incluso en círculos cristianos, los maestros a veces se apoyan en el equivalente moral de un arma para vencer a sus adversarios. El deseo frustrado y los celos podrían haber motivado a aquellos dentro de la comunidad judía en general a usar palabras y actos fuertes. Sin embargo, los estudiantes de la Biblia generalmente hacen todo lo posible para mitigar la dureza del «matáis».

Las traducciones de la Biblia y los editores del texto griego han tratado de suavizar la palabra «matáis» mediante la puntuación. El texto griego publicado por las Sociedades Bíblicas Unidas (SBU) puntúa de la siguiente manera: «Deseas y no tienes; matas y estás celoso y no puedes conseguir; peleas y haces guerras». Tanto la KJV como la NIV1984 siguen la puntuación SBU, sin embargo, la NRSV puntúa de manera diferente. Una comparación de traducciones es interesante.

Codiciáis, y no tenéis; matáis, y deseáis tener, y no podéis obtener; peleáis y hacéis guerras (KJV).

Quieres algo sin embargo, no lo consigues. Matas y codicias, sin embargo, no puedes tener lo que quieres. Peleas y peleas (NIV1984).

Quieres algo y no lo tienes; por lo que cometes un asesinato. Y codicias algo y no puedes obtenerlo; por lo que participas en disputas y conflictos (NRSV).

Independientemente de la traducción que se adopte, matar parece extremo; sin embargo, por la lectura de la NRSV, el homicidio es expresamente el resultado de un deseo desordenado. Tal deseo

desmesurado entre los judíos ricos podría haber terminado en la opresión física de cristianos hasta incluir la sentencia de muerte.

Si bien Santiago podría haber estado lidiando con homicidio y muerte literales, el peso de la evidencia es que estaba advirtiéndoles a sus lectores que el conflicto es el resultado esperado de la amargura y el comportamiento egoísta. Cuando se lleva a su conclusión lógica, el conflicto da como resultado el homicidio.

La rivalidad egoísta es el camino del mundo. No debería ser el camino cristiano, sin embargo, los lectores a los que se dirigía Santiago habían adoptado algunos patrones de comportamiento que los estaban colocando en ese camino. Incluso si la idea de homicidio no es literal, las personas estaban maltratándose entre sí. No se puede estar bien con Dios y tratar mal a las personas. Isaías se refirió a la tendencia que se encuentra en Santiago: «He aquí que para contiendas y debates ayunáis y para herir con el puño inicualemente; no ayunéis como hoy, para que vuestra voz sea oída en lo alto» (Is 58.4).

Varios comentaristas han sugerido que el problema del homicidio entre cristianos en Santiago puede resolverse mejor modificando el texto. La palabra griega que se traduce como «matáis» es φονεύετε (*phoneuete*). Es algo similar en ortografía y forma a φθονεῖτε (*phthoneite*), que quiere decir «ardéis de envidia». En lugar de «matáis y ardéis de envidia», la lectura más fácil se convierte en «eres envidioso y celoso». El apoyo para esta lectura puede encontrarse en 4.5, dependiendo de cómo se traduzca ese versículo. Enmendar el texto constituye una empresa precaria, pero especialmente peligrosa cuando el crítico textual sustituye una lectura más fácil por otra más difícil. Los intérpretes están más seguros cuando tratan con el texto que se ha transmitido. Es demasiado fácil resolver problemas descartando una palabra difícil y sustituyéndola por una que el crítico textual cree que debería estar allí. No hay evidencia textual para *phthoneite* («ardéis de envidia»).

**Versículos 2b, 3.** La última parte del versículo 2 conduce a la declaración del versículo 3. Además de las guerras y pleitos entre ellos, los destinatarios tenían una pequeña idea del propósito de la oración. Las discusiones y los pleitos testificaban que no conocían a Dios, y la forma como oraban no les daba alivio. No era de extrañar que Dios no hubiera respondido favorablemente a los pedidos de paz de ellos.

Santiago cambió de la voz media del verbo αἰτέω (*aiteō*, **pedís**) en 4.2b a la voz activa en la apertura de 4.3, y luego de nuevo al medio. El sentido que transmite la voz media en griego es sutil y, a menudo, es difícil captar la sutileza en la traducción a nuestro idioma. El griego usa la voz media cuando el sujeto del verbo actúa de una manera que se refleja en sí mismo. Un pronombre reflexivo en nuestro idioma a menudo captura la idea, como en «se lavó a sí mismo»; sin embargo, en muchos casos el pronombre reflexivo en nuestro idioma es incómodo e innecesario. A veces, el pasivo, «fue lavado» o el activo, «lavó», funciona bien. A veces, el contexto más amplio de una oración es capaz de captar la sensación de la voz media. Otras veces, la fuerza de la voz media simplemente se pierde en la traducción.

En 1.5, Santiago había usado un imperativo en tercera persona, «pídala», para asegurar a sus lectores que, para ser sabios, debían pedirle sabiduría a Dios, sin embargo, fue más allá. Dijo que debían pedir con fe. En 4.3, reconoció que, de hecho, habían pedido, sin embargo, Dios no había respondido a sus oraciones. Santiago conocía la razón. La forma de sus oraciones y su motivación era la equivocada. Los cristianos habían recurrido a la oración como si se tratara de un supermercado celestial. Iban a Dios para satisfacer deseos ego-céntricos. En 4.2b–3a, Santiago enfatizó el verbo «pedir» usándolo tres veces. La voz media en 4.2b contribuye a la acusación del autor de que sus lectores no estaban pidiendo de la manera correcta. Pedían para ellos mismos. En las palabras iniciales del versículo 3, Santiago cambió a la voz activa, **Pedís**. Luego regresó a la voz media, **pedís** (para vosotros mismos). La interacción de voces media y activa llamaba la atención sobre la forma de pedir. En caso de que no lo entendieran, se volvió más explícito: «Pedís», dijo, **para gastar en vuestros deleites**. Estaban pidiendo favores para poder recibir la mayor parte del beneficio para ellos. No tenían en cuenta los puntos de vista, las tentaciones y las necesidades de los demás, y menos de sus adversarios. Dios no había prestado atención a las oraciones ofrecidas con tal disposición.

Tanto el verbo «codiciáis» en 4.2a como el sustantivo «deleites» en 4.3b sugieren deseo. El primero (ἐπιθυμεῖτε, *epithumeite*, «codiciáis» o «deseáis») no tiene una connotación particularmente negativa. Se puede desear algo bueno. En el contexto actual, la NASB consigna «lujuria» porque los traductores han juzgado que el contexto le da un significado

negativo a la palabra. El sustantivo en 4.3 (ἡδονή, *hēdonē*, «deleite») de manera similar puede usarse para cosas buenas o de otra manera. En el Nuevo Testamento, la palabra aparece cinco veces (4.1, 3; Lc 8.14; Tit 3.3; 2ª P 2.13). En todos estos casos, el contexto sugiere placeres perversos. Quizás sea por esa razón que la palabra «hedonista» (derivada de la palabra griega) tiene connotaciones impías.

Santiago no sostuvo que a Dios le disgustaba cuando una persona pide algo o una circunstancia que le beneficiará. El autor mismo animaba a los cristianos a orar por sanidad y el perdón de pecados (5.14, 15). El estado de ánimo adecuado para la oración, como en muchos otros asuntos espirituales, requiere de un equilibrio entre los extremos. Por un lado, los creyentes han de expresar su fe y dependencia de Dios encomendándole peticiones para asuntos grandes y pequeños. La oración ha de ser con fe. El peticionario ha de confiar en que Dios escucha y responde según Su voluntad (1ª Jn 5.14). Por otro lado, la oración es más que pedirle a Dios que reparta dones y que lo haga lo más pronto posible. La falta de equilibrio es clara cuando Santiago dijo que sus lectores estaban pidiendo para poder gastarlo en sus propios «deleites».

**Versículo 4.** La palabra *μοιχαλίδες* (*moichalides*, «adúlteras») es vocativo en griego, un plural femenino. Santiago llamó **almas adúlteras** a sus lectores. No estaba sugiriendo que todas las personas inmorales de la iglesia fueran mujeres (la versión del autor consigna únicamente «adúlteras»); es poco probable que tuviera la intención de dar a entender que una parte considerable de ellas estaban siendo infieles a sus cónyuges. Su elección de la palabra se remonta a la larga historia de Israel y al canon de las Escrituras en el que los judíos del siglo primero buscaban autoridad religiosa. Según cualquier estimación, el homicidio y el adulterio encabezaban la lista de pecados atroces.

Para pecados sociales, los mandamientos sexto y séptimo del Decálogo eran el lugar de inicio para la moral: «No matarás» (Ex 20.13); «No cometerás adulterio» (Ex 20.14). Jesús citó cada uno de los mandamientos y los amplió. Airarse con un hermano era el comienzo del homicidio (Mt 5.21, 22); mirar a una mujer para codiciarla era el comienzo del adulterio (Mt 5.27, 28). Más adelante, acusó a fariseos y escribas por enfatizar lo externo descuidando el corazón y subrayó Sus palabras agregando: «Porque del corazón salen los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios...» (Mt 15.19). Jesús le citó el Decálogo a un joven

gobernante: «No matarás. No adulterarás» (Mt 19.18), aunque el homicidio y el adulterio no son los primeros mandamientos del Decálogo en sí. Santiago no fue cauteloso. Su elección de palabras llegó hasta lo profundo de los valores religiosos e historia de Israel. Santiago mismo había citado los mismos mandamientos del Decálogo en su carta, sin embargo, había invertido el orden en 2.11. Las palabras son una indicación, entre otras, de que Santiago le escribió a una audiencia compuesta por judíos conversos a Cristo.

A medida que el Nuevo Testamento fue copiado a mano durante siglos, la forma masculina de la palabra se deslizó en el texto para acompañar a la femenina. Algunos de los manuscritos antiguos dicen *μοιχοὶ καὶ μοιχαλίδες* (*moichoi kai moichalides*, «adúlteros y adúlteras»). Quizás algún escriba se sintió incómodo con la forma femenina por sí sola. Para su propia satisfacción, escribió *μοιχοί* (*moichoi*, «adúlteros»), posiblemente en el margen o encima del renglón. Un copista posterior, influenciado por la misma necesidad de redondear las palabras con una forma masculina, podría haber pensado que el escriba antes que él había omitido accidentalmente *moichoi*. Pensó que estaba corrigiendo el texto cuando lo incluyó.

Pese a que los traductores estaban convencidos de que originalmente Santiago solo escribía *moichalides*, querían que sus lectores entendieran que el autor no tenía nada en contra de las mujeres. La NEB y la REB incluyen ambos géneros en el texto con la traducción «criaturas infieles». La ESV consigna «ustedes personas adúlteras». Los traductores de la NRSV, aunque insatisfechos con términos específicos de género como «hijos» y «hermanos» en otros lugares, voluntariamente cambiaron el femenino en Santiago 4.4 a masculino. Consignaron *moichalides* como «adúlteros». Cuando un lector ocupa el lugar de Santiago y sus lectores, cuando se transporta al mundo antiguo, tales «correcciones» son innecesarias.

No hay nada específico en cuanto a género en el uso que hace Santiago de la palabra femenina «adúlteras». Es una forma general en que Santiago se refirió a la depravación moral. Aun así, el autor eligió deliberadamente la forma femenina. Su contexto fueron los profetas del Antiguo Testamento que describieron a Israel como la prometida de Dios. En lugar de ser fiel a su esposo, Yahvé, Israel había elegido servir a los dioses de sus vecinos (Jer 2.20; Os 4.13, 14; 5.3, 4, 7; 6.10; 9.1). La metáfora fue adaptada y trasladada al Nuevo Testamento,

donde la iglesia, que es el Israel espiritual, es la esposa de Cristo (2ª Co 11.2; Ef 5.22–33). En el análisis de Santiago 4.2, hemos sostenido que la palabra «matáis» podría tener un componente literal. No todos sus lectores eran homicidas, sin embargo, la opresión de los pobres por parte de los ricos (2.6; 5.1–6) bien podría haber terminado en homicidio. De manera similar, todos sus lectores no habían adoptado la inmoralidad que prevalecía en el mundo pagano, pero es probable que algunos de ellos sí.

Se ha argumentado que 4.4 resume y personifica toda la epístola. La **amistad del mundo** es el tema en cuestión. Cuando se comparte la amistad, hay una coincidencia de ideales, creencias, intereses y experiencias.<sup>2</sup> La palabra «mundo» en este caso quiere decir las disposiciones, valores, intereses, luchas, orgullo y «contención» (*eritheia*; 3.14, 16) del mundo. Entendido de esta forma, Santiago declaró que no hay compatibilidad entre **Dios** y el mundo. Es tan impensable que una higuera dé aceitunas (3.12) como lo es que un amigo de Dios también sea amigo del mundo.

La amistad con Dios exige enemistad con el mundo, donde el mundo es descrito como egocéntrico, egoísta y brutal. El elogio de la amistad en el mundo grecorromano se hacía a menudo en un contexto en el que se contrastaba con el halago. Los moralistas se han esforzado por distinguir a un «amigo» (φίλος, *philos*) de un «adulador» (κόλαξ, *kolax*).<sup>3</sup> La distinción no le importaba a Santiago. Más bien, su preocupación era el sistema de valores que guiaría a sus lectores.

Pablo habló de un tipo de ciudadanía conocida por los cristianos que trascendía el orden del mundo (Fil 1.27; 3.20). Profesar a Cristo es pertenecer a otra ciudad; es llevar la vida propia como parte de un relato diferente a los valores y objetivos del mundo. No se puede ser un verdadero amigo de Dios y al mismo tiempo un verdadero amigo de alguien que se opone directamente a todo lo que aprecia Dios. Juan escribió algo similar: «No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo. Si

---

<sup>2</sup> Luke T. Johnson, «Friendship with the World / Friendship with God: A Study of Discipleship in James» («La amistad con el mundo / la amistad con Dios: un estudio o del discipulado en Santiago»), en *Discipleship in the New Testament (Discipulado en el Nuevo Testamento)*, ed. Fernando F. Segovia (Philadelphia: Fortress Press, 1985), 166–83.

<sup>3</sup> Darian Lockett, *Purity and Worldview in the Epistle of James (Pureza y cosmovisión en la epístola de Santiago)*, Library of New Testament Studies, 366 (New York: T&T Clark, 2008), 178.

alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él» (1ª Jn 2.15).

**Versículo 5.** Previamente en su carta, Santiago había citado formalmente las Escrituras tres veces. En 2.8, etiquetó Levítico 19.18 como «la ley real». Dice: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo». En 2.11, citó dos mandamientos en el Decálogo: «No cometerás adulterio» (Ex 20.14) y «No matarás» (Ex 20.13). Finalmente, en 2.23, dijo que en Abraham «se cumplió la Escritura que dice: Abraham creyó a Dios, y le fue contado por justicia» (vea Gn 15.6).

Normalmente, cuando los autores del Nuevo Testamento citan las Escrituras, las palabras pueden rastrearse hasta un pasaje específico del Antiguo Testamento. Sin embargo, existen excepciones. Cuando Mateo, por ejemplo, escribió sobre la residencia de Jesús en Nazaret, dijo que sucedió «para que se cumpliera lo que fue dicho por los profetas» (Mt 2.23). No está claro qué pasaje o combinación de pasajes tenía en mente Mateo.

En 4.5, Santiago volvió a citar las Escrituras: **El Espíritu que él ha hecho morar en nosotros nos anhela celosamente.**<sup>4</sup> Lo que hace que este sea diferente de los demás es que las palabras no se acercan mucho a nada que se encuentre en el Antiguo Testamento. Quizás Santiago deseaba que sus lectores entendieran que la cita es una unión de varios pasajes. Era el sentido de la enseñanza del Antiguo Testamento. La dificultad con esta explicación es que muchos pasajes de Santiago reflejan el sentido de la enseñanza del Antiguo Testamento. ¿Por qué dijo, **¿O pensáis que la Escritura dice en vano...?** en este caso cuando no apeló explícitamente a las Escrituras en otros lugares? Quizás deseaba enfatizar su punto en esta coyuntura de una manera que no lo hizo en otros lugares. Es difícil encontrar una respuesta más satisfactoria.

Una vez que hemos observado la forma poco convencional en que Santiago citó las Escrituras en 4.5, surgen otras preguntas. Cinco de ellas son cruciales para determinar lo que el autor estaba alegando que afirmaban las Escrituras.

1. En 4.5, ¿usó el autor el verbo ἐπιποθέω (*epipotheō*) de manera positiva o negativa? Positivamente, significaría «anhelar» o «desear profundamente». Negativamente, significaría «lujuria» o «desear ilícitamente».

---

<sup>4</sup> N. del T.: La versión del autor consigna en 4.5: «Él desea celosamente el Espíritu que ha hecho morar en nosotros», razón del análisis que viene a continuación.

2. Relacionada con la primera pregunta está la segunda: ¿Usó Santiago el sustantivo φθόνος (*phthonos*, «envidia») positiva o negativamente? Normalmente *phthonos* es una cualidad indeseable; sin embargo, se podría envidiar la integridad de otra persona de una manera positiva. A medida que Dios o el Espíritu Santo observan los caminos pecaminosos del espíritu que hizo morar en las personas, podría desear para Sí mismo espíritus que no estén inclinados a la rebelión y al mal.

3. Surge una pregunta relacionada: ¿Usó Santiago la palabra «Espíritu» (πνεῦμα, *pneuma*) para referirse al Espíritu Santo, o se refiere a los espíritus humanos dentro de cristianos individuales?

4. Una pregunta gramatical dice: ¿Funciona «Espíritu» en la oración como el sujeto del verbo *epipothēō* o como el objeto directo del verbo?

5. Finalmente, surge una pregunta textual: ¿Usó Santiago el verbo κατόκησεν (*katōkisen*, «hacer morar») ο κατόκησεν (*katōkēsen*, un verbo intransitivo que quiere decir «morar»)? Algunos de los manuscritos antiguos leen el primero dando como resultado la traducción «... el espíritu que hizo morar en nosotros». Otros manuscritos tienen el último verbo que da como resultado «... el espíritu que mora en nosotros».

Las cinco preguntas enumeradas anteriormente están interrelacionadas. La respuesta a cualquiera de ellas afectará las respuestas a las otras cuatro. Sea que el lector interprete la declaración de Santiago como una afirmación positiva o negativa, depende en gran medida de cómo entiende que el autor usa la palabra *epipothēō*. Al igual que el verbo en nuestro idioma «deseo», una persona podría desear cosas buenas y nobles, o podría desear cosas despreciadas, pecaminosas y vergonzosas. Cuando el contexto le da a la palabra un sentido positivo, las traducciones la consignarán regularmente como «anhelar» o «añorar». Cuando los autores atribuyen connotaciones negativas a *epipothēō*, a menudo se traduce como «sentir lujuria». El tono que un lector le atribuye a *epipothēō* en 4.5, a su vez, depende de si considera que «Espíritu» es el sujeto del verbo o su objeto directo. La palabra *epipothēō* se usa a menudo en el sentido negativo de deseo ilícito, sin embargo, *phthonos* («envidia») y su verbo relacionado se usan siempre en el Nuevo Testamento con una fuerza negativa. Atribuir «envidia» a Dios o al Espíritu Santo, cualquiera que sea el calificativo, es exagerado. Concluimos tentativamente que *epipothēō* («lujuria») y *phthonos* («envidia») se usan de manera negativa. En

el contexto, el autor ha reprendido a sus lectores por comportamientos que no le agradaban a él ni a Dios.

Pasamos a la tercera pregunta: ¿Se refiere la palabra *pneuma* en 4.5 al espíritu humano dentro de cada persona, o se refiere al Espíritu Santo? Nuestra investigación de «anhela» (*epipothēō*) y «envidia» (*phthonos*) ya ha sugerido que *pneuma* aquí quiere decir el espíritu humano. Otras consideraciones apoyan esta conclusión. Cuando introducimos la carta de Santiago, hicimos notar la escasez de palabras y conceptos específicamente cristianos en el documento. El autor solo usó la palabra *pneuma* una ocasión más, en 2.26: «Porque como el cuerpo sin espíritu está muerto, así también la fe sin obras está muerta». Pocos sostendrían que *pneuma* en 2.26 se refiere al Espíritu Santo.

La escasez de terminología cristiana se evidencia aún más en el uso que hace el autor de «gracia» (χάρις, *charis*) dos veces en 4.6. Santiago empleó la palabra en el sentido de «favor», su significado común en la literatura griega contemporánea; difícilmente exploró la «gracia» en el sentido paulino (Ef 2.8). Además, el autor no mencionó la encarnación de Cristo, Su resurrección de entre los muertos o Su promesa de suministrar a los discípulos el poder habilitador del Espíritu Santo. Ya hemos sugerido que Santiago atribuyó algunas funciones del Espíritu Santo que mora en nosotros a la sabiduría (vea comentarios sobre 3.17).

A la luz del hecho de que Santiago hizo uso escaso de términos que definen la fe cristiana como tal, llegamos al uso de *pneuma* en 4.5. El autor citó las palabras entre comillas para respaldar una afirmación anterior. El versículo comienza diciendo: «¿O pensáis que la Escritura dice en vano...?». Inmediatamente antes, había escrito: «Cualquiera, pues, que quiera ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios» (4.4). ¿Cuáles son los indicios de que una persona se ha convertido en amiga del mundo? Eso sucede cuando el espíritu de un individuo, un espíritu que Dios ha hecho morar en nosotros, desea hasta el punto de la envidia. Después de 4.5, Santiago citó de Proverbios 3.34, que sirve como advertencia. Los lectores de la carta no habían de permitir que los espíritus que Dios había hecho morar en ellos sintieran envidia. La envidia y los celos los habían motivado a hacerse daño unos a otros (4.2). Todos los indicadores apuntan a una conclusión: el espíritu al que se refiere Santiago en 4.5 es el espíritu humano que Dios ha puesto en cada persona, no el Espíritu Santo.

Es difícil pensar que Santiago le atribuyera envidia al Espíritu Santo o a Dios. Es aún más difícil entender por qué Dios «anhelaría» el Espíritu Santo. Dios y el Espíritu Santo son una entidad divina. ¿Qué haría que Dios anhele el Espíritu Santo que mora en los cristianos? Todo lo anterior apunta a la conclusión de que *pneuma* es el espíritu humano y que el espíritu humano tiende a hacer el mal.

Nuestra pregunta gramatical ha sido respondida: El espíritu humano es el sujeto del verbo «anhelar», tomado en el sentido negativo de codiciar cosas que no agradan a Dios. En este caso, los espíritus dentro de los creyentes estaban convirtiendo los malos deseos en propósitos envidiosos.

Con respecto a la quinta pregunta, sea que se interprete o no el verbo que Santiago usó como *katōkisen* («hacer morar») o *katōkēsen* («morar») no influye mucho en el significado. Nos sometemos al peso de la evidencia textual: «El espíritu que Él hizo habitar en nosotros» es la traducción mejor sustentada.

La puntuación en el texto griego de las Sociedades Bíblicas Unidas aparentemente sugiere la traducción «¿No nos anhela celosamente [a nosotros] el Espíritu que Él ha puesto en nosotros y nos da mayor gracia?». La puntuación y la traducción resultante funcionan bien si se está dispuesto a ignorar el giro negativo que Santiago le dio a Proverbios 3.34. La intención de Santiago claramente era que el pasaje de Proverbios contribuyera a la crítica de los hábitos de sus lectores, hábitos que comenzó a hacer explícitos en 4.1. Los lectores de Santiago necesitaban una buena dosis de humildad.

Después de decirles a sus lectores que los pleitos vergonzosos y los deseos desenfrenados de placeres eran la fuente de confusión entre ellos, después de acusarlos de homicidio y adulterio, Santiago fue más allá. No era sorpresa que los cristianos hubieran actuado de manera egoísta. La raza humana siempre se ha comportado de esa manera. El relato de la Biblia es que los espíritus que Dios ha puesto en hombres y mujeres se han vuelto continuamente hacia el mal. La acusación que Santiago les lanzó a sus lectores es comparable a las acusaciones de Jesús contra los escribas y los fariseos por su hipocresía (Mt 23.13–33). Las palabras de Santiago 4.5 podrían servir como el «Amén» a la declaración de Pablo de que «todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios» (Ro 3.23).

**Versículo 6.** A diferencia de la cita en el versículo anterior, el pasaje del Antiguo Testamento

en el versículo 6 se reconoce fácilmente. Es una versión enmendada de Proverbios 3.34. Entre los paralelos entre Santiago y 1ª Pedro está la cita del mismo pasaje con las mismas variaciones (1ª P 5.5). Independientemente de cómo el lector interprete la cita de las Escrituras en 4.5, está bastante claro que Santiago pretendía que Proverbios 3.34 ampliara y quizás aclarara el punto planteado. **Pero él da mayor gracia** podría querer decir que, además de Su revelación de que los espíritus de las personas siempre se han inclinado hacia la envidia, Dios ha hablado más. La revelación adicional del autor es que Dios favorece a quienes se apartan de la envidia y otras manifestaciones de orgullo. La «mayor gracia» es la afirmación de que **Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes.**

Si 4.5 es una declaración sobre la antigua tendencia al pecado que se encuentra en los seres humanos, puede que Santiago haya citado el pasaje de Proverbios para demostrar que, si bien las personas han sido orgullosas y rebeldes desde el principio de la creación, siempre ha sido cierto que Dios se ha opuesto a los soberbios y ha dado gracia a los humildes. El hecho de que Dios humille a los soberbios constituye una prueba más del envidioso espíritu humano.

Proverbios 3.34 demuestra que dondequiera que pueda conducir la codicia lujuriosa del espíritu humano, la gracia de Dios en Cristo es suficiente para el perdón. Sin embargo, la suficiencia es para aquellos que dejarían de lado la altivez y se acercarían a Dios con mansedumbre y humildad. Santiago expresó un motivo que está profundamente arraigado en las Escrituras. Dios siempre está exaltando a los humildes y derribando a los poderosos y soberbios. El motivo está finamente arraigado en el relato de la caída (Gn 3) y los cánticos de Ana (1º S 2) y María (Lc 1).

Aquellos en la categoría de «humilde» [1.9], «pobres» [2.5] y «humildes» [4.6] son constantemente exaltados como ejemplos para los lectores de Santiago que, debido a su incapacidad para proveer para sí mismos, carecen de seguridad y subsistencia básica y, por lo tanto, dependen incondicionalmente de Dios.<sup>5</sup>

**«Acercas a Dios, y él se acercará a vosotros» (4.7–12)**

**<sup>7</sup>Someteos, pues, a Dios; resistid al diablo, y huirá de vosotros. <sup>8</sup>Acercas a Dios, y él se acercará a**

<sup>5</sup> Lockett, 110.

vosotros. Pecadores, limpiad las manos; y vosotros los de doble ánimo, purificad vuestros corazones. <sup>9</sup>Afligíos, y lamentad, y llorad. Vuestra risa se convierta en lloro, y vuestro gozo en tristeza. <sup>10</sup>Humillaos delante del Señor, y él os exaltará.

<sup>11</sup>Hermanos, no murmuréis los unos de los otros. El que murmura del hermano y juzga a su hermano, murmura de la ley y juzga a la ley; pero si tú juzgas a la ley, no eres hacedor de la ley, sino juez. <sup>12</sup>Uno solo es el dador de la ley, que puede salvar y perder; pero tú, ¿quién eres para que juzgues a otro?

**Versículo 7.** El modo de 4.1–6 ha sido establecido en el indicativo, el modo declarativo. Santiago acusó a sus lectores; expuso sus pecados en términos inequívocos. ¿Qué habían de hacer al respecto? El autor volvió al imperativo, y dio un mandamiento. Esperaba ser escuchado como una figura de autoridad. Su palabra de conexión inferencial οὖν (*oun*, «pues») cambia el modo (4.7a). **Someteos, pues, a Dios**, dijo Santiago. Diez imperativos más seguirán en 4.7b–12.<sup>6</sup> Si las iglesias a las que se dirigía habían de glorificar a Dios acercándose más a Él, los miembros tenían que hacer algunos ajustes serios de actitud. Los imperativos no eran opciones. En lugar de servir a sus propios placeres, estos creyentes tenían que someterse a una voluntad superior a ellos mismos.

El polo opuesto del imperativo «Someteos, pues, a Dios» es el mandamiento que lo acompaña: **resistid al diablo**. Es la única vez que Santiago mencionó al «diablo» de manera directa. Nunca llamó «Satanás» al diablo. Ambas palabras, «diablo» y «Satanás», son términos genéricos. Un «diablo» (διάβολος, *diabolos*) es un calumniador. Entre otras cosas, las γυναῖκες (*gunaiques*, «mujeres») en 1ª Timoteo 3.11 no debían ser διάβολοι (*diaboloι*), es decir, «calumniadoras». La palabra se usa de la misma manera en 2ª Timoteo 3.3 y Tito 2.3.

En el Antiguo Testamento, «Satanás» a veces aparece como un ser personal, como lo hace «diablo» en el Nuevo. En los dos primeros capítulos de Job, el nombre aparece catorce veces. Parece haber sido un ser angelical que se unió a «los hijos de Dios» en un concilio celestial. En Job, constantemente se le llama «Satanás». Es una palabra genérica en hebreo, שָׂטָן (*haśśatan*, «el adversario»).

La palabra que se traduce como «Satanás»

<sup>6</sup> Estos imperativos aparecen en 4.7b, 8 (3 veces), 9 (4 veces), 10, 11.

en Job se encuentra en otras partes del Antiguo Testamento, aunque no sea muy común. Cuando Salomón, por ejemplo, le pidió ayuda a Hiram, rey de Tiro, para construir el templo, le explicó que Dios le había dado descanso para que pudiera dedicar recursos a la construcción. Salomón le señaló a Hiram que él no tenía «adversarios [שָׂטָן, *śatan*] ni mal que temer» en su tierra (1º R 5.4[18]). «Satanás» aparece como un nombre propio una vez en 1º Crónicas 21.1, donde incitó a David a hacer un censo en Israel, y el término aparece tres veces en Zacarías (Zac 3.1, 2). Satanás no aparece más en el Antiguo Testamento. Es seguro concluir que las referencias a un ser sobrenatural empeñado al mal para la raza humana son escasas en el Antiguo Testamento.

*Diabolos* es una palabra griega. Aparentemente, es por esta razón que los traductores han consignado la palabra con una letra minúscula, «diablo», en el Nuevo Testamento. Por otro lado, han tomado la palabra hebrea, *śatan*, como un nombre propio y la han escrito con una letra mayúscula, «Satanás». En cualquier caso, tanto «diablo» como «Satanás» se usan mucho más comúnmente en el Nuevo Testamento que en el Antiguo. Contando las 14 apariciones en Job, el Antiguo Testamento usa la palabra «Satanás» solo 18 veces. En el Nuevo Testamento, el nombre propio «Satanás» aparece 36 veces. Además, «diablo» aparece 34 veces. A veces se le aplican otras denominaciones, como «el dios de este siglo» (2ª Co 4.4).

Los cristianos no creen en un dios maligno que opera en el mundo como un igual en ningún sentido al Dios bueno de la creación. Más allá de eso, para aquellos que quieran respaldar lo que dicen con revelación bíblica, es difícil decir mucho sobre el diablo. En el Nuevo Testamento, simplemente está ahí. En contraste con las opiniones populares, ni el Antiguo ni el Nuevo Testamento describen el origen de Satanás. La suposición de que es un ángel caído es razonable, sin embargo, la Biblia no lo dice en ninguna parte. Es el enemigo perpetuo que atrae a hombres y mujeres al pecado. Quiere que todas las personas se pierdan para siempre de Dios. En el Nuevo Testamento, es un poder personal (Mt 13.39; Ef 4.27). Santiago sugirió que cuando el cristiano resiste al diablo, se encuentra con el poder de apoyo de Dios. Sabiendo que Cristo lo ha vencido, el diablo huye. Someterse a Dios y resistir al diablo son parte del mismo proceso. El poder para resistir al diablo proviene de la sumisión a Dios.

**Versículo 8.** Los imperativos que comenzaron en 4.7 continúan. Con renunciar a las nociones de autosuficiencia, humillarse y acercarse a Dios, se participa de la gracia de Dios. Hemos de **[acercarnos] a Dios, porque él se acercará a [nosotros]**. El pecador tiene que llegar a mitad de camino. Aquellos que se acercan a Dios encontrarán que Dios es un socio en la resistencia a las maquinaciones del diablo. La bondad da como resultado la multiplicación de la bondad. El profeta Azarías le había advertido al rey Asa de Judá diciendo: «si le buscareis, será hallado de vosotros; mas si le dejareis, él también os dejará» (2º Cr 15.2). A medida que nos acerquemos a Dios, Dios se acercará a nosotros. La gracia abunda, sin embargo, Santiago no permitiría que sus lectores olviden que acercarse a Dios (como la fe) es imposible sin la disposición a andar por senderos de justicia.

La mano y el corazón tienen que estar comprometidos, no solo el corazón. La mano es el comportamiento real de una persona; el corazón es su disposición interior para con Dios. Santiago afirmó con claridad que el que comete pecado tiene que tomar medidas para apartarse de él. **Pecadores, limpiad las manos; y vosotros los de doble ánimo, purificad vuestros corazones.** Acercarse a Dios es incomprensible sin arrepentimiento, sin apartarse del pecado. No es posible purificar el corazón sin la limpieza de las manos. Como Santiago, Pedro citó Proverbios 3.34 y extrajo inferencias que son paralelas a Santiago en 1ª Pedro 5.5–8. Quizás la similitud en las dos cartas proviene del lenguaje compartido por Pedro y Santiago. No es imposible que Pedro conociera la carta de Santiago.

El hombre de doble ánimo desea estar cerca de Dios con el corazón mientras continúa viviendo en sus pecados con las manos. En 1.8, el doble ánimo tiene que ver con una disposición en la oración. En particular, se refiere a la oración acompañada de duda. En este versículo, ser de doble ánimo se refiere a deseos conflictivos, o incluso a la disposición de servir a la carne mientras se finge servir a Dios. Los dos imperativos aoristos son concisos: «Limpiad las manos» (*καθαρίσατε χεῖρας, katharísate cheiras*) y «purificad los corazones» (*ἀγνίσατε καρδίας, hagnísate kardias*).<sup>7</sup> Darian Lockett sostuvo persuasivamente que la pureza es más que un

<sup>7</sup> Entre otras cosas, la elección del tiempo verbal ilustra que el aoristo no se limita a actos que ocurren una vez y luego cesan. En ambos casos, Santiago mandó a los cristianos a vivir perpetuamente para que las manos estuvieran limpias y los corazones puros.

comentario de pasada para Santiago. Creía que es un tema que proporciona una guía para todo lo que Santiago estaba tratando de hacer en la carta.

La línea trazada por la pureza es parte integral de la preocupación de Santiago por desafiar a la comunidad contracultural a adherirse a la medida de la realidad de Dios fortaleciendo el límite entre ellos y los valores de la cultura ambiental que se están infiltrando en su pensamiento y comportamiento.<sup>8</sup>

Los imperativos ofrecen más que un desafío pasajero para la iglesia actual.

**Versículo 9.** Los responsables de los conflictos entre los cristianos tienen que reconocer el grave impacto de sus pecados. Jeremías había aconsejado a Judá y a Jerusalén diciendo: «Por esto, vestíos de cilicio, endechad y aullad; porque la ira de Jehová no se ha apartado de nosotros» (Jer 4.8). Si los maestros de las iglesias que estaban compitiendo por seguidores fueran la principal fuente de perturbación, ya no podrían fingir que sus propios intereses servían un noble propósito. Santiago vio el arrepentimiento como el único camino a seguir para la comunión de los cristianos, y el único camino a seguir si Dios había de ser glorificado. Santiago no ofreció otra opción a sus lectores excepto que se arrepintieran y lloraran por sus pecados. Si cambiaban sus caminos, Dios aún podría haberlos favorecido.

El verbo *ταλαιπώρεω* (*talaipōreō*, «soportar la tristeza / angustia, ser miserable»<sup>9</sup>) se usa solo aquí en el Nuevo Testamento, aunque Santiago usó un sustantivo relacionado (*ταλαιπωρία, talaipōria*, «miserias») en 5.1 y Pablo usó el mismo cuando citó Isaías 59.7 en Romanos 3.16. Pablo también usó una forma adjetiva de la palabra, que se traduce como «miserable» en la Reina-Valera (Ro 7.24). El significado de la palabra en Santiago 4.9 se superpone con los dos verbos que le siguen: **Afligíos, y lamentad.** La contienda, la arrogancia y la autocomplacencia no son asuntos triviales. El reino de paz se había transformado en campos en guerra. Los lectores de Santiago tenían que darse cuenta de que las ganancias que podían obtener a expensas de sus hermanos y hermanas eran solo temporales. Jesús es Salvador, pero también Juez.

<sup>8</sup> Lockett, 140.

<sup>9</sup> Walter Bauer, *A Greek-English Lexicon of the New Testament and Other Early Christian Literature* (Léxico griego-inglés del Nuevo Testamento y demás literatura cristiana primitiva), 3ª ed., rev. y ed. Frederick W. Danker (Chicago: University of Chicago Press, 2000), 988.

El pecado destruye la vida en este mundo y nos separa de Dios en la era venidera. El pecado nunca aporta ningún beneficio.

Como consecuencia del estado de tristeza al que los destinatarios de Santiago habían llevado a las iglesias, la respuesta apropiada de los culpables era que su **risa se [convirtiera] en lloro** y su **gozo en tristeza**. Las palabras «risa» (γέλως, *gelōs*) y «tristeza» (κατήφεια, *katēpheia*) —como *talaipōreō*, la primera palabra del versículo— aparecen solo aquí en el Nuevo Testamento. No era por el sufrimiento que los lectores habían de llorar y lamentar, aunque a veces es apropiado. El llanto que Santiago tenía en mente vendría de corazones contritos y confesos. Había de ir acompañado de una determinación a reformarse. Como los profetas que habían vivido siglos antes que él, Santiago no toleraría una mirada de reojo al pecado ni un guiño y asentimiento autoindulgentes. El arrepentimiento constituía el único camino a seguir. El autor utilizaría el mismo lenguaje, «llorad y aullad», cuando se dirigió a los ricos terratenientes (5.1).

**Versículo 10.** Cuando Job rompió el silencio y «maldijo su día» (Job 3.1), su amigo Elifaz el Temanita había sostenido que el pecado había alcanzado al patriarca. «Porque la aflicción no sale del polvo, ni la molestia brota de la tierra», dijo (Job 5.6). Era un axioma para Elifaz que el sufrimiento era el resultado de la rebelión contra Dios. Luego, usándose a sí mismo como ejemplo, el amigo de Job dijo: «Que pone a los humildes en altura, y a los enlutados levanta a seguridad» (Job 5.11). Dios bendeciría a Job, le aseguró Elifaz, si Job se arrepentía. El Libro de Job es un monumento al hecho de que el sufrimiento y el pecado no siempre están directamente relacionados.

La exigencia de arrepentimiento puede ser una púa que el farisaico arroja al que sufre sin haber hecho mal. Job no había hecho nada para traer sufrimiento sobre sí, sin embargo, los maestros a quienes Santiago enfrentó eran el problema. Eran la fuente de la confusión. Los destinatarios de Santiago no solo necesitaban cambiar sus caminos, también necesitaban cambiar su forma de pensar. **Humillaos delante del Señor**, instó Santiago. La humildad es una condición necesaria.

Con respecto a los humildes, Santiago aseveró que Dios los **[exaltaría]**. Más de seis siglos atrás, uno de los grandes profetas de Israel había dicho: «Sea exaltado lo bajo, y humillado lo alto» (Ez 21.26). Es un mensaje que se encuentra en toda la Biblia. Pedro, un amigo cercano y colaborador

de Santiago, había de escribir: «Humillaos, pues, bajo la poderosa mano de Dios, para que él os exalte cuando fuere tiempo» (1ª P 5.6). Visto desde cualquier perspectiva, la humanidad tiene pocos motivos para la vanidad. Santiago motivó a sus lectores para un cambio concreto apelando a una abstracción, a la humildad. La abstracción es digna de consideración por derecho propio.

Hay muchas voces a nuestro alrededor en la presente era electrónica que dan por sentado que los hombres y las mujeres no son más que una forma de vida entre muchas. El homo sapiens se caracteriza por convoluciones en la corteza cerebral, el pensamiento abstracto y pulgares oponibles. ¡Son criaturas extraordinarias! Hace más de cien años, William James, profesor de Harvard y «el padre de la psicología estadounidense», escribió lo siguiente:

Para el naturalismo, alimentado de recientes especulaciones cosmológicas, la humanidad se encuentra en una situación similar a la de un conjunto de personas que viven en un lago helado, rodeado de acantilados sobre los que no hay escapatoria, sin embargo, sabiendo que poco a poco el hielo se está derritiendo, y se acerca el inevitable día en que la última capa desaparecerá y ahogarse ignominiosamente será el destino de la criatura humana. Cuanto más alegre es el patinaje, más cálido y resplandeciente el sol durante el día, y más rubicundas las hogueras por la noche, más conmovedora es la tristeza con la que se tiene que asimilar el significado de la situación total.<sup>10</sup>

Sea alguien ateo, agnóstico o creyente, poco tiene de qué jactarse. Dios exaltará a los que reconocen la culpa, a los que transforman sus vidas, a los que se someten a Él con humildad.

**Versículo 11.** Habiendo confrontado a sus lectores con pruebas (1.2), algunas de las cuales eran producto de la conducta suscitada por sus propios deseos (4.1), Santiago había cambiado de tono. Había instado al arrepentimiento y la humildad como curas para las pruebas que surgen dentro del círculo de creyentes. Se había dirigido a sus lectores como «almas adúlteras» y «de doble ánimo», sin embargo, ahora era el momento de que el autor se moviera en otra dirección. Su carta es evidencia de que Santiago no estaba dispuesto a abandonar a sus lectores, porque eran sus hermanos.

El autor era consciente de dos factores que

---

<sup>10</sup> William James, *The Varieties of Religious Experience* (*Las variedades de la experiencia religiosa*) (New York: Modern Library, 1929), 139.

podrían debilitar a las iglesias e incluso provocar su caída. La primera era una disputa interna impulsada por la envidia y avivada por los celos amargos y la contención (3.14). Para que la situación mejorara, los creyentes tenían que hacer más que hablar. Tenían que actuar de acuerdo con su fe. Los cristianos tenían que dejar de hablar mal unos de otros. Necesitaban destruir la aspereza con gentileza, la contención con el respeto mutuo (3.17). Después de exhortar a sus lectores a que se humillaran, Santiago les aconsejó que demostraran humildad teniendo cuidado al hablar unos de otros.

Los comentaristas han tenido grandes dificultades para decidir cómo encaja 4.11, 12 en el diseño general de la carta. Martin Dibelius, por ejemplo, tomó los versículos como una serie de imperativos vagamente adjuntos a las advertencias anteriores y totalmente desconectados de la acusación de los ricos que sigue.<sup>11</sup> Luke Timothy Johnson, por otro lado, entendió 4.11, 12 como el comienzo de una acusación contra los ricos que continúa hasta 5.6. Así escribió:

Calumniar y juzgar al prójimo (4.11), jactarse pretenciosamente (*alazoneia / kauchēsis*) de que las actividades del mañana pueden asegurarse sin hacer referencia a Dios (4.13), vivir lujosamente sobre la tierra y al mismo tiempo condenar y darle muerte al inocente (5.5–6), son todas actividades que demuestran la arrogancia que según 4.6 rechaza Dios.<sup>12</sup>

Se puede dar la debida consideración a los casos presentados por ambos eruditos si 4.11, 12 funciona como una transición útil que va de la acusación de Santiago contra sus lectores por disensión interna a su trato de los ricos.

Los cambios tenían que provenir de lo interno de las iglesias, sin embargo, Santiago tenía una preocupación adicional. Los llamados en Cristo estaban siendo oprimidos legal y económicamente por judíos relativamente ricos y poderosos. Santiago escribió para escarmentar a sus lectores, pero también para alentarlos. No debían rendirse ante las presiones económicas; no debían darle la espalda a Cristo. En 4.11, 12, Santiago pasó de la amonestación al ánimo. La obediencia a Dios comienza con «la ley real» (2.8). Antes que nada, esa ley tenía que estar actuando entre ellos. Los

judíos ricos y poderosos les estaban haciendo la vida miserable. Santiago les recordó a los ricos que Dios los haría responsables. Una buena dosis de humildad modificaría el trato que les daban a los que estaban en Cristo.

El pensamiento vuelve a los pecados de la lengua. El material es colocado como en paréntesis entre 3.2, «Si alguno no ofende en palabra, éste es varón perfecto», y 4.11, **no murmuréis los unos de los otros**. Todo lo que se encuentra entre paréntesis —hablar maldad, sabiduría, contienda entre creyentes— se mantiene unido por el tema de la disensión interna de la iglesia. El pensamiento avanza a lo largo del material entre paréntesis: Palabras irreflexivas teñidas de malicia (3.9) daban como resultado la amargura y los celos (3.14), que, llevados a su conclusión, daban como resultado las guerras y los pleitos (4.1). La solución a la confusión interna era la mansedumbre, humillarse ante Dios (4.10). Cuando la humildad dominaba el espíritu, no habría murmuración los unos de los otros (4.11).

El cambio de los versículos anteriores en la manera de dirigirse a los hermanos es notable. Santiago comenzó en 4.4, diciendo: «¡Oh almas adúlteras!». En 4.8, continuó con «Pecadores, limpiad las manos; y vosotros los de doble ánimo, purificad vuestros corazones». Ahora volvió al familiar y afectuoso término **Hermanos** (ἄδελφοί, *adelphoi*). La alternancia entre formas severas de trato y palabras cálidas arraigadas en la confianza familiar ilustra la tensión entre los objetivos de un maestro como Santiago, que deseaba alentar y reprender al mismo tiempo. Está claro que Santiago estaba preocupado por la vida comunitaria entre los creyentes. También está claro que estaba afligido por las pruebas que estaban confrontando sus hermanos en la fe.

Santiago quería que su audiencia supiera que acoger a Cristo como Señor implicaba más que tener una relación personal con Él; también implicaba compartir la vida dentro de una comunidad. La búsqueda de faltas, la crítica y la calumnia socavaban la unidad entre Cristo y el cuerpo de creyentes (Mt 7.1–5; Ro 14.10). El presente imperativo con *mē* sugiere que los lectores de Santiago no se daban cuenta del impacto de sus palabras en la comunidad. Calumniar a otro es decir intencionalmente lo que no es cierto acerca de él para que parezca mentiroso, ladrón o algún otro malhechor. A los rabinos les agradaba señalar que la calumnia hiere a la persona a la que se le habla, a la persona de

<sup>11</sup> Martin Dibelius, *James (Santiago)*, rev. Heinrich Greeven, trad. Michael A. Williams, Hermeneia (Philadelphia: Fortress Press, 1975), 208.

<sup>12</sup> Luke Timothy Johnson, *The Letter of James (La carta de Santiago)*, The Anchor Bible, vol. 37A (New York: Doubleday, 1995), 292.

la que se habla y a la que habla. Santiago habría estado de acuerdo.

El autor de la carta personificó la ley y la equiparó con el hermano en Cristo. No había dejado completamente atrás el daño causado por el comportamiento inadecuado de cristianos, un daño que era interno en la iglesia. El hermano del que se hablaba era otro cristiano. Para Santiago, «prójimo» (2.8) y «hermano» (4.11) eran lo mismo. Si amar al prójimo como a sí mismo es fundamental para la obediencia a la ley, entonces se ha hablado en contra de la ley cuando ha mentido al hablar cruel e injustamente contra un hermano. El bienestar espiritual de la iglesia, su influencia en el mundo y la gloria que le da a Dios están todos agrupados en la unidad de la iglesia (Jn 17.21). Para subrayar un caso que había estado presentando a lo largo de la carta, Santiago escribió: **El que murmura del hermano y juzga a su hermano, murmura de la ley y juzga a la ley.** La «ley» en cuestión era la ley real, «amarás a tu prójimo como a ti mismo» (2.8).

Moisés usó prácticamente el mismo lenguaje empleado por Santiago. Aquel que envidiaba y repudiaba a su hermano hacía alarde de los mandamientos de la Ley (Lv 19.16). Al hacerlo, juzgaba que la Ley no tenía autoridad sobre él. Si ese fuera el caso, el calumniador se había puesto por encima de la Ley, eligiendo y decidiendo qué partes de la Ley quería obedecer. El repudio a un hermano era similar a la calumnia. Fue como dijo el sabio: «El que encubre el odio es de labios mentirosos, Y el que propaga calumnia es necio» (Pr 10.18).

Santiago y sus lectores estaban de acuerdo al respecto: Dios era el autor de la ley; las personas eran las hacedoras de la misma. Si fuera cierto que las personas hubieran escrito la ley, podrían reescribirla a voluntad y obedecerla cuando quisieran. Dado que Dios era el autor, la parte del hombre era ser **hacedor de la ley**. James Hardy Ropes probablemente tuvo razón al decir que «ley» para Santiago significaba «todo el código moral aceptado por los lectores».<sup>13</sup> Sea como sea, el entendimiento de Santiago y sus lectores era que la ley había sido dada por Dios. Cuando las personas se examinan unas a otras para hacer cumplir los mandamientos de Dios, se han erigido en [**jueces**] de la ley.

Por importante que sea que los cristianos no

---

<sup>13</sup> James Hardy Ropes, *A Critical and Exegetical Commentary on the Epistle of St. James (Comentario crítico y exegetico sobre la epístola de Santiago)*, The International Critical Commentary (New York: Charles Scribner's Sons, 1916), 274.

se difamen entre sí, la iglesia tenía la responsabilidad de mantener la santidad dentro de sus filas. Cuando se trata de los acontecimientos del día a día, a menudo es difícil mantener el equilibrio. Surgen tiempos en los que la iglesia tiene que disciplinar a sus miembros para mantener la santidad del cuerpo (1<sup>a</sup> Co 5.11; 2<sup>a</sup> Co 11.2). Aquí se está asumiendo un ejercicio de juicio. J. W. Roberts señaló la tensión que a veces surge entre la amonestación de Santiago de que los creyentes no se juzguen entre sí y la necesidad de la iglesia de insistir en una vida piadosa para aquellos que profesan a Cristo. El escribió:

Por supuesto, hay una línea muy fina en el Nuevo Testamento entre lo anterior y el reconocimiento del pecado en la vida de los demás y la amonestación y repreensión adecuadas de los que pecan. Ciertamente no debemos condonar el pecado ni ignorarlo. Sin embargo, tampoco hemos de actuar por sospecha o por mera apariencia o desagrado personal. Nuestra propia actitud para con los que han errado es por naturaleza crítica.<sup>14</sup>

Como en muchos asuntos de la vida cristiana, la conducta que honra al Señor difícilmente puede reducirse a reglas meticulosas.

**Versículo 12.** Cuando el cristiano presume de «murmurar» de otro cristiano, se ha dispuesto a ocupar el lugar de Dios. Dado que todos hemos pecado, dado que todos estamos sujetos a la enfermedad, la muerte y la ignorancia, ninguno de nosotros tiene derecho a emitir un juicio global sobre el valor, los motivos o el carácter de uno de nuestros semejantes. Además, la posición de liderazgo de los maestros podría hacer que adopten una posición de confrontación con otros maestros por razones personales. Al mismo tiempo, podrían desear que parezca que la fidelidad de sus adversarios a Dios es el problema. Puede que un cristiano condene y difame a su hermano para beneficio personal, incluso si eso signifique que la iglesia sufra en el proceso. Santiago les recordó a sus lectores: **Uno solo es el dador de la ley, que puede salvar y perder.** Nadie tiene derecho a juzgar a otro cristiano cuando es un hermano creyente que busca saber y hacer lo que agrada a Dios. Pablo lo expresó de la siguiente manera: «¿Tú quién eres, que juzgas al criado ajeno? Para su propio señor está en pie, o cae; pero estará firme, porque poderoso es el

---

<sup>14</sup> J. W. Roberts, *The Letter of James (La carta de Santiago)*, The Living Word Commentary (Austin, Tex.: Sweet Publishing Co., 1977), 136.

Señor para hacerle estar firme» (Ro 14.4). Jesús fue explícito sobre el tema: «No juzguéis, para que no seáis juzgados. Porque con el juicio con que juzgáis, seréis juzgados, y con la medida con que medís, os será medido» (Mt 7.1, 2).

Solo aquí en el Nuevo Testamento se le llama a Dios «dador de la ley» (νομοθέτης, *nomothetēs*), aunque se usa una forma verbal de la palabra para decir que Israel recibió la Ley de parte de Dios (He 7.11). El Nuevo Testamento presenta a Dios como un Padre amoroso, sin embargo, también lo presenta aquí y en otros lugares como un Juez riguroso. La tendencia de muchos cristianos hoy es proclamar en voz alta aquellos pasajes que hablan del amor de Dios, Su bondad o Su compasión, y pasar por alto prontamente las declaraciones que les recuerdan que Dios da leyes y que Él juzga Su creación mediante las leyes que Él da. El «dador de la ley» y juez, declaró Santiago, es el «que puede salvar y perder».

En su carta, Santiago usó dos veces la palabra «prójimo» (πλησίον, *plēsion*). 1) En 2.8, citó Levítico 19.18, «Amarás a tu prójimo como a ti mismo», y la denominó «la ley real». Este pasaje también se cita en la parábola del buen samaritano (Lc 10.25–37). Jesús había redirigido la pregunta del intérprete de la ley: «¿Y quién es mi prójimo?» (Lc 10.29). Había dicho que en lugar de trazar una línea entre prójimos y los que no lo eran, la pregunta más importante era «¿Quién, pues, de estos tres parece que fue el prójimo?» (Lc 10.36). Santiago se basó en las palabras del Señor cuando instó a sus lectores a cumplir la ley real sin hacer acepción de personas. 2) En Santiago 4.12, el autor usó **otro** como sinónimo de «hermano» en Cristo de 4.11. Si bien juzgar a los demás nunca es una actividad apropiada, es particularmente perturbador cuando un cristiano presume de juzgar a otro creyente.

### LOS PELIGROS DE LA RIQUEZA (4.13—5.6)

Las dos preocupaciones de Santiago que lo llevaron a escribir fueron 1) las pruebas internas resultantes de la discordia y la insistencia en la preeminencia, por un lado, y 2) las pruebas y persecuciones de parte de quienes ejercen el poder de las riquezas, por el otro. Después de una extensa sección (3.1—4.12) en la que el autor se dedicó a la primera preocupación, estaba listo para volver a la segunda. Sus amonestaciones relacionadas con la humildad servían como una transición útil y un antídoto para ambos. La humildad era

la cura para las disensiones dentro del cuerpo; la falta de humildad constituía una acusación contra quienes controlaban la riqueza y oprimían a los cristianos. La humildad daría como resultado que un hermano estuviera menos propenso a juzgar a otro. Era una cualidad que necesitaban quienes habían aceptado el papel de maestros.

En el mundo donde vivía Santiago (así como en el mundo actual), las personas se hacían ricas de dos maneras. Primero, se podía ser un emprendedor. Dado que la educación, los viajes y la ocupación de cargos gubernamentales estaban al alcance de unos pocos, solo los inteligentes y audaces podían ascender desde los peldaños más bajos de la sociedad para hacerse ricos. Aún así, un pequeño número podía unirse a las filas de los *nouveau riche*, los nuevos ricos. Comprar y vender, regatear al mejor precio y demás, estaba por debajo de la dignidad de quienes habían nacido con dinero. En la antigüedad, se despreciaba a los «nuevos ricos». En segundo lugar, se podía ser rico porque se nacía de padres ricos. En gran medida, aproximadamente la mayor parte del 5 por ciento que administraba el mundo romano heredaba su riqueza. Se les concedía mucho más prestigio y respeto a quienes habían nacido en familias nobles que a quienes ganaban riquezas con sus talentos.

En 4.13, el autor regresó al tema que había presentado en 1.9–11, el tema al que había regresado con vigor en 2.1–13. A los judíos convertidos a Cristo de sinagogas esparcidas por Judea, Galilea y Siria no les había ido bien. Los miembros más ricos de congregaciones judías eran conservadores, menos abiertos a nuevas ideas. Los elementos más pobres de las congregaciones judías se habían inclinado a acoger a Jesús como el Mesías prometido y esperado. Los ricos se habían opuesto a ellos a cada paso, por todos los medios posibles.

En 4.13—5.6, por tercera vez, Santiago dirigió su crítica contra los ricos. Entre los gentiles, era más probable que la riqueza proviniera de la herencia de tierras, sin embargo, era más probable que judíos en el imperio hubieran obtenido riqueza como mercaderes. Pocos judíos eran ricos terratenientes, sin embargo, las circunstancias obligaban a Santiago a dirigirse a ellos también. Cerca del final de su carta, el autor dirigió palabras de advertencia primero a los judíos no cristianos que eran empresarios, sin embargo, reservó sus críticas más severas para aquellos que poseían propiedades.

<sup>13</sup>¡Vamos ahora! los que decís: Hoy y mañana

iremos a tal ciudad, y estaremos allá un año, y traficaremos, y ganaremos;<sup>14</sup> cuando no sabéis lo que será mañana. Porque ¿qué es vuestra vida? Ciertamente es neblina que se aparece por un poco de tiempo, y luego se desvanece.<sup>15</sup> En lugar de lo cual deberíais decir: Si el Señor quiere, viviremos y haremos esto o aquello.<sup>16</sup> Pero ahora os jactáis en vuestras soberbias. Toda jactancia semejante es mala; <sup>17</sup>y al que sabe hacer lo bueno, y no lo hace, le es pecado.

**Versículo 13.** La sección vuelve a las preocupaciones de 2.1–7, donde Santiago había acusado a sus lectores de mostrar deferencia y favoritismo por los ricos. En el contexto inmediato, sus amonestaciones surgían de las exigencias de humildad en 4.6–12. Mercaderes y terratenientes ricos estaban unidos porque ambos grupos controlaban los recursos que les permitían explotar a los pobres. Muchos a los que se dirigía Santiago eran personas pobres. Con poca posición social o riqueza que perder, les habían creído a los predicadores que les habían contado las buenas nuevas: Dios se había acordado de Su pueblo y les había enviado al Mesías.

Tanto Santiago 4.13 como 5.1 comienzan con la frase ¡Vamos ahora! (ἄγε νῦν, *age nun*). Esta combinación de palabras griegas se usa únicamente en estos dos versículos en el Nuevo Testamento. Parece tener la fuerza de «¡Vamos! ¡Piénsalo un poco!». El autor unió a mercaderes y terratenientes porque pertenecían a clases que se resistían a la novedad de la confesión cristiana. El mundo grecorromano y los judíos que eran partícipes de ese mundo estaban muy divididos entre ricos y pobres. Lo que en occidente llamamos la «clase media» era prácticamente inexistente. Para Santiago, el gran pecado de los ricos mercaderes era su arrogancia y soberbia. A los terratenientes, por el contrario, se le acusaba de vivir lujosamente y de su injusticia para con los pobres. Tanto los mercaderes como los terratenientes protegían sus posiciones. Aquellos que adoptaban el estilo de vida cristiano eran, a su manera, una amenaza para el orden establecido.

Muchos judíos que vivían en la diáspora, es decir, que vivían fuera de Canaán, eran mercaderes. Puede que Lidia haya sido una prosélita del judaísmo, sin embargo, se ganaba la vida como comerciante. Cuando Lucas la llamó una piadosa «que adoraba de Dios» (Hch 16.14), usó una palabra (σεβομένη, *sebomenē*) que se usa a menudo para los gentiles que estaban poco apegados a las sinagogas, pero no habían abrazado completamen-

te todos los rituales del ley de Moisés. Ya fuera prosélita o nacida en la comunidad judía, Lidia probablemente era una minorista de productos de su propio taller. Cuando Pablo llegó a Corinto se asoció con mercaderes, una pareja de marido y mujer llamados «Aquila» y «Priscila», que «recién» habían «venido de Italia» (Hch 18.2). Pablo compartió un oficio con ellos. Trabajando con sus manos, participó en la empresa comercial de ellos. Grandes mercaderes (ἔμποροι, *emporoi*; vea Ap 18.15) se extendieron por todo el mundo mediterráneo haciendo negocios a gran escala. Además, muchos mercaderes locales (κάπηλοι, *kapēloi*, una palabra que no se usa en el Nuevo Testamento<sup>15</sup>) como Lidia, Aquila y Priscilla atendían puestos y vendían productos fabricados por ellos mismos y algunos empleados.

Ni los mercaderes ni los terratenientes, como pensaba Santiago, eran cristianos. Se burlaban de los cristianos y, a veces, los oprimían. El autor empleó un recurso literario llamado «apóstrofe», una digresión que se aleja de una audiencia inmediata para dirigirse a una presente en la imaginación (en este caso, los mercaderes). En apoyo de esta interpretación, Patrick J. Hartin hizo notar de manera razonable lo siguiente: «Es difícil imaginar que la comunidad cristiana de esa etapa inicial estuviera formada por personas de negocios. Esta forma de dirigírseles correspondería más a la forma en que los profetas señalaron a las naciones alrededor de Israel para su condenación».<sup>16</sup>

Los mercaderes servían como ejemplos apropiados de conducta donde la humildad no jugaba ningún papel. Santiago podría usarlos como contraste de humildad y, al mismo tiempo, ofrecerles a sus lectores aliento en medio de la opresión que enfrentaban a manos de los ricos. Los mercaderes resurgen en Apocalipsis. Juan describió a los mercaderes como aliados de «Babilonia la grande» y, por lo tanto, socios de la ciudad en el juicio. Una voz del cielo declaró:

Los mercaderes [οἱ ἔμποροι, *hoi emporoi*] de estas cosas, que se han enriquecido a costa de ella, se pararán lejos por el temor de su tormento, llorando y lamentando, y diciendo: ¡Ay, ay, de la gran ciudad, que estaba vestida de lino fino, de púrpura y de escarlata, y estaba adornada de oro, de piedras preciosas y de perlas! (Ap 18.15, 16).

<sup>15</sup> Sin embargo, el verbo relacionado *καπηλεύω* (*kapēleuō*) aparece una vez en 2ª Corintios 2.17.

<sup>16</sup> Patrick J. Hartin, *James (Santiago)*, Sacra Pagina Series, vol. 14 (Collegetown, Minn.: Liturgical Press, 2003), 223.

La arrogancia de los mercaderes fue manifiesta. Sin pensar en Dios, ni en la inevitabilidad del juicio, ni en la brevedad de la vida, hacían sus planes. **Hoy y mañana**, afirmaban sin pensar, **iremos a tal ciudad, y estaremos allá un año, y traficaremos, y ganaremos**. Durante siglos, mercaderes del mundo del Cercano Oriente tenían una reputación sórdida en el mejor de los casos. No era una súplica aleatoria por la honestidad lo que estaba detrás de este proverbio: «Abominación son a Jehová las pesas falsas, Y la balanza falsa no es buena» (Pr 20.23). La frase «comprador precavido vale por dos» era tan apropiada para el cliente en efectivo en Israel como para un mercado de pulgas moderno.

La honestidad no constituía tanto la preocupación de Santiago como sí la falta de atención de los mercaderes a los valores e ideales que al final del día no figuraban en la contabilidad. En el hombre rico que era el tema de la parábola de Jesús, la misma arrogancia lo llevó a pronunciar: «Alma, muchos bienes tienes guardados para muchos años; repósate, come, bebe, regójate». Dios respondió: «Necio, esta noche vienen a pedirte tu alma» (Lc 12.19, 20). La humildad (4.9, 10) era algo en lo que no pensaban los mercaderes judíos que seguían sus ganancias y despreciaban a los compatriotas étnicos que habían amenazado la paz de sus comunidades por acoger el Mesianismo de Jesús de Nazaret.

**Versículo 14.** La idea general del versículo es clara, sin embargo, aparecen ligeras diferencias de significado cuando se proporciona una puntuación. La puntuación se encuentra en algún lugar entre escasa e inexistente en los antiguos manuscritos griegos de Santiago. La KJV consigna: «Mientras que no sabéis lo que sucederá mañana. ¿Para qué es tu vida?». La NIV adopta un lenguaje más contemporáneo, sin embargo, los traductores utilizaron la misma puntuación: «Vaya, ni siquiera sabes lo que pasará mañana. ¿Qué es tu vida?». La NRSV y la ESV hacen lo mismo, sin embargo, la Reina-Valera incorpora la pregunta «¿Cuál es tu vida?» en una oración declarativa: **cuando no sabéis lo que será mañana**. Los manuscritos griegos antiguos no tienen signos de interrogación que correspondan con la puntuación moderna, sin embargo, el texto griego de Nestlé-Aland y de las Sociedades Bíblicas Unidas puntúan como lo hace la Reina-Valera. La variación en la puntuación marca únicamente una diferencia minúscula en el significado del versículo.

El mensaje de Santiago es claro: La vida es corta e incierta. Ni la sabiduría de Israel ni la de otros

pueblos dejan de aclarar este punto. «No te jactes del día de mañana, Porque no sabes qué dará de sí el día» (Pr 27.1). No es necesario ser morbosos ni preocuparnos por la muerte para reconocer que la brevedad de la vida hace que los sabios hagan que sus planes dependan de las bendiciones del Señor. Sin ninguna referencia a Dios, la vida, incluso para el mercader secular, **es neblina**, esto es, una voluta de humo que aparece y se desvanece o una niebla que promete lluvia sin embargo, se disuelve en la nada.

El autor les recordó a los que estaban preocupados por las ganancias que era el colmo de la arrogancia hacer planes como si Dios no tuviera parte en la vida. Santiago no podía haber olvidado que Salmos abundaba en el sentimiento:

He aquí, diste a mis días término corto,  
Y mi edad es como nada delante de ti;  
Ciertamente es completa vanidad todo hombre  
que vive (Sal 39.5).

Se acordó de que eran carne,  
Soplo que va y no vuelve (Sal 78.39).

Porque todos nuestros días declinan a causa  
de tu ira;  
Acabamos nuestros años como un pensamiento  
(Sal 90.9).

Una obra apócrifa conocida como «La sabiduría de Salomón», escrita en Alejandría en Egipto quizás cien años antes del nacimiento de Cristo, declara:

Corta y dolorosa es nuestra vida,  
y no hay remedio cuando una vida llega a su fin,  
y no se ha sabido de nadie que haya regresado  
del Hades....  
porque el aliento de nuestra nariz es humo,  
y la razón es una chispa que enciende el latido  
de nuestro corazón.<sup>17</sup>

Los necios ignoran la brevedad de la vida y se concentran solo en sus ganancias, riqueza y poder sobre los demás.

**Versículo 15.** Muchas veces en el curso de la enseñanza bíblica, las amonestaciones y los sentimientos hacen eco de los pensamientos de los sabios que no sabían nada del Dios de Israel. Es la naturaleza de los libros de sabiduría (como Proverbios, Job y Eclesiastés) que dependan poco de los pronunciamientos de la ley de Moisés. Los sacerdotes y los sacrificios no son de su dominio. Implícito en la sabiduría está la comprensión de que ninguna ley puede ser tan exhaustiva de modo

<sup>17</sup> Sabiduría de Salomón 2.1, 2 (NRSV).

que proporcione una regla para cada posible contingencia de la vida. La sabiduría reconoce que la vida constituye un asunto variado. Después de que se hayan examinado las leyes y se hayan delimitado los patrones, el adorador del Dios de Israel tiene que aplicar su propia razón y experiencias. Cuando es sabio, comparará sus conclusiones con las de los demás, incluidos los sabios que no comparten su fe, y aplicará la revelación de Dios a la situación actual.

Cuando Santiago les dijo a aquellos que arrogantemente hacían sus propios planes sin hacer referencia a Dios que **[debían] decir: Si el Señor quiere, viviremos y haremos esto o aquello**, no estaba introduciendo ningún pensamiento radicalmente nuevo en la humanidad. Las Escrituras repiten la esencia de este sentimiento muchas veces, y los escritos paganos dicen lo mismo. Por supuesto, los autores paganos creían que alguna deidad determinaba los eventos. Los griegos y romanos a menudo le atribuían al destino los giros y vueltas de la vida. El fatalismo, un pesimismo profundamente arraigado, caracterizaba a muchos que vivían en el mundo grecorromano.<sup>18</sup> Tanto el estoicismo como el epicureísmo (Hch 17.18) alentaban una resignación pesimista cuando la vida tomaba giros detestables, aunque llegaban a sus conclusiones por caminos diferentes. El mensaje cristiano era que Dios, actuando por medio de las decisiones que toman las personas, anula los azares del destino. Lo que hacen las personas efectivamente influye en el orden eterno de las cosas; influye en la salvación de las personas del pecado.

**Versículo 16.** Es ofensivo para Dios cada vez que se hacen planes y se llevan a cabo sin pensar en Aquel que da vida y señorea sobre ella. La soberbia y el orgullo son la base de todo lo que implica el pecado. Santiago hizo la siguiente observación: **Pero ahora os jactáis en vuestras soberbias. Toda jactancia semejante es mala.** C. S. Lewis ha escrito: «Según los maestros cristianos, el vicio esencial, el mayor mal, es el orgullo. La falta de castidad, la ira, la codicia, la borrachera y todo eso, son meras picaduras de pulgas en comparación». Lewis agregó: «El orgullo conduce a todos los demás vicios: es el estado mental completo anti-Dios».<sup>19</sup>

El uso que hace Santiago de la segunda persona del plural (καυχᾶσθε, *kauchasthe*, «os jactáis»)

probablemente no implica que esperaba que los mercaderes a los que se dirigía estuvieran entre sus principales lectores. Probablemente no estaba sugiriendo que fueran cristianos. Como hemos mencionado, Santiago usó el recurso literario llamado «apóstrofe», es decir, se dirigió a los mercaderes como un aparte, como si estuvieran presentes. El uso de la segunda persona del plural probablemente implica nada más que «mercaderes de este tipo que se jactan». La intención de Santiago, como en 1.10, era asegurarles a sus lectores que sus opresores responderían ante Dios. Hay pocas razones para creer que alguno de los primeros lectores de la carta estuvieran entre los grandes mercaderes del mundo.

**Versículo 17.** Normalmente, la palabra y (*oun*) es un indicador de que la siguiente afirmación es un resultado lógico de la anterior. En este caso, el vínculo de 4.17 con la acusación contra los mercaderes es incierto en el mejor de los casos. La declaración parece ser un dicho proverbial lanzado casi al azar. Santiago podría haber incluido la declaración para enfatizarles a los mercaderes de que habían pecado contra Dios cuando lo omitían de sus planes. Santiago 4.17 no es el único lugar en la Biblia donde se les recuerda a los seguidores de Dios que el pecado incluye las cosas que podrían dejarse de hacer. Job, por ejemplo, en su llamado «soliloquio» después de que los amigos habían hablado, trató de descubrir la causa de la ira de Dios. Entre otras cosas, sostuvo que su caridad para con los foráneos y los pobres proclamaba su inocencia. El patriarca dijo:

Si estorbé el contento de los pobres,  
E hice desfallecer los ojos de la viuda;  
Si comí mi bocado solo,  
Y no comió de él el huérfano (Job 31.16, 17).

Quizás Santiago daba a entender que los mercaderes no habían sido caritativos con los pobres; tal vez habían pasado de largo, como el sacerdote y el levita en la parábola de Jesús del buen samaritano (Lc 10.30–37). Sus pecados incluían actos que no habían realizado.

Santiago no había señalado específicamente los pecados evidentes de los que los mercaderes habían sido culpables debido a su negligencia. Sin embargo, la declaración del autor de que el pecado es tanto por omisión como por comisión sugiere que habían sido culpables de negligencia. Una gran cantidad de proverbios antiguos y modernos dicen  
(Continúa en la página 27)

<sup>18</sup> Dibelius, 233–34.

<sup>19</sup> C. S. Lewis, *Mere Christianity (Cristianismo puro)* (New York: Macmillan Publishing Co., 1960), 109.

# *Lecciones para hoy de Santiago 4*

## **Dios, no el destino, señorea en los asuntos humanos (Cap 4)**

A los filósofos estoicos y sus estudiantes les place contar el relato de un hombre que había viajado al mercado de una ciudad a treinta y dos kilómetros de distancia para comprar artículos para el hogar. Un perro le seguía. Después de llenar su carreta, el hombre temía que el perro se distrajera por los ruidos y vistas extrañas. Para mantener las cosas manejables, ató al perro a su carreta y se dirigió a casa. A medida que el estoico se metió en la mente del perro, dijo que el perro tenía dos opciones. 1) Podría afirmar su independencia. Humillado como estaba, el perro podía negarse a dar un paso. Podría asir sus patas al suelo y ser arrastrado, cayendo cabeza abajo. Al cabo de treinta y dos kilómetros, el perro estaría ensangrentado y magullado. 2) El perro tenía una segunda opción. Podía trotar alegremente detrás de la carreta.

El estoico señaló que al final del viaje, el perro estaría en el mismo lugar. No podía cambiar su destino. Todo lo que podía hacer era decidir cómo iba a llegar al final de su viaje. Los filósofos estoicos aconsejaban: «Trote detrás de la carreta. No se haga la vida más difícil. Acepte su destino, su lugar en la vida, con resignación».

Un hombre o una mujer podría haber estado en una ciudad conquistada por un ejército extranjero. La persona podría haber sido enviada y vendida como esclava. El destino era la esclavitud de la persona; no era su culpa. Algunos eran esclavos de segunda o tercera generación. El estoico aconsejaba al esclavo que doblara la espalda bajo el peso del destino. Resistirse era inútil.

Las reflexiones sobre el destino han seguido influyendo en nuestro mundo. En 1933, el novelista y dramaturgo inglés W. Somerset Maugham volvió a contar un cuento antiguo que se ha difundido

ampliamente. El hablante en la versión del relato de Maugham es Muerte. Él escribió:

Había un mercader en Bagdad que envió a su criado al mercado a comprar provisiones y al poco tiempo el criado regresó, pálido y tembloroso, y dijo: Maestro, justo ahora que estaba en el mercado me empujó una mujer en la multitud y cuando me volví vi que era Muerte la que me empujaba. Me miró e hizo un gesto amenazador, ahora, préstame tu caballo y me alejaré de esta ciudad y evitaré mi destino. Iré a Samarra y allí Muerte no me encontrará. El mercader le prestó su caballo, y el criado lo montó, y le clavó las espuelas en los flancos y tan rápido como el caballo pudo galopar se fue. Entonces el mercader bajó a la plaza del mercado y me vio parado entre la multitud y se acercó a mí y me dijo: ¿Por qué le hiciste un gesto amenazador a mi criado cuando lo viste esta mañana? Eso no fue un gesto amenazador, dije, fue solo un salto de sorpresa. Me sorprendió verlo en Bagdad, porque tenía una cita con él esta noche en Samarra.<sup>1</sup>

El sentimiento del relato de Maugham y del perro y la carreta está vivo en el mundo moderno. Un hombre que sobrevive a un accidente automovilístico en el que murieron otros suele decir: «Bueno, no me tocaba». Las implicaciones no son diferentes a las del hombre que tenía una cita en Samarra. Ninguna parte del mensaje cristiano es más importante que la confianza de que Dios es más grande que el destino. Dios ha concedido a hombres y mujeres la posibilidad de elegir entre el bien y el mal. Nadie está destinado a un momento en el que morirá. Las elecciones humanas influyen. Nadie está destinado o predestinado al cielo o al

---

<sup>1</sup> W. Somerset Maugham, «The Appointment in Samarra» («La cita en Samarra») ([www.k-state.edu/english/baker/english320/MaughamAS.htm](http://www.k-state.edu/english/baker/english320/MaughamAS.htm); Internet, consultado el 23 de febrero de 2016). Para una versión anterior del cuento, vea Talmud *Sukkah* 53a.

infierno desde el momento de su nacimiento. Él o ella puede elegir. Moisés dijo a Israel: «A los cielos y a la tierra llamo por testigos hoy contra vosotros, que os he puesto delante la vida y la muerte, la bendición y la maldición; escoge, pues, la vida, para que vivas tú y tu descendencia» (Dt 30.19).

Desde los primeros días de la iglesia, los predicadores del evangelio han llamado a hombres y mujeres a elegir. Cuando la audiencia de Pedro quiso saber qué hacer para ser salvos, no recibió una respuesta fatalista del apóstol. Se les dijo que se arrepintieran y se bautizaran (Hch 2.38). Tenían que tomar una decisión. La voluntad del Señor está muy activa en el mundo, sin embargo, las decisiones y elecciones de los mercaderes a los que se dirigió Santiago también constituían factores que influirían en el curso de los acontecimientos. Tanto el arrepentimiento como la oración dan testimonio de que Dios está dispuesto a producir cambios en el mundo basados en las decisiones que toman las personas. Duane Warden

#### **Resista al diablo; acérquese a Dios (4.7, 8)**

El diablo tiende a entrar en la vida de los cristianos y alejarlos de Dios en sus momentos más débiles. Santiago no dijo que cuando un cristiano resistía al diablo, dejaría al cristiano en paz. Dijo que el diablo huiría. Aparentemente, Santiago esperaba que el diablo se encogiera de miedo ante el creyente que se había puesto la armadura de Dios (Ef 6.13–17). Evidentemente, el diablo tiene muchas personas a las que puede guiar fácilmente. No quiere perder el tiempo con alguien que se resiste. ¿Cómo resistimos al diablo para que huya? Las siguientes son algunas sugerencias:

La resistencia al diablo comienza con *hacer de Dios un socio en todas las empresas de la vida*. En lo grande y en lo pequeño, Dios está cerca. Pablo dijo que todos «en él vivimos, y nos movemos, y somos» (Hch 17.28). Dios es un socio cuando las relaciones familiares son tensas o cuando amenaza la muerte, sin embargo, también es un amigo en los pequeños asuntos de la vida. Cuando un niño está enfermo, Dios escucha los llamados de Su pueblo. El diablo huye de aquel cuya vida está sintonizada con Dios.

El cristiano resiste al diablo cuando *da y recibe aliento de la familia de Dios*. El cristiano tiene sus resguardos en posición para resistir al diablo cuando se alinea con otros que comparten sus convicciones. Los hermanos cristianos escuchan los males de

los demás y se regocijan por grandes y pequeños triunfos. Pablo lo dijo en negativo: «Las malas conversaciones corrompen las buenas costumbres» (1ª Co 15.33); sin embargo, lo contrario también es cierto. La buena conversación es un recurso para la resistencia al mal.

La resistencia al diablo incluye *llenar nuestras vidas con cosas buenas*. Dios les dio a los primeros representantes de la familia humana la oportunidad de ser inocentes en el Edén. La rechazaron; todos la hemos rechazado. Por medio de Cristo, los creyentes obedientes pueden tener sus pecados lavados de sus vidas. En Cristo, se puede volver a la inocencia. La ingenuidad está a solo un paso de la inocencia. Para vergüenza de la humanidad, muchos prefieren tener el conocimiento de primera mano del pecado que arriesgarse a ser ingenuos. Aquellos que no quieren tener nada que ver con los sórdidos asuntos del pecado, que están dispuestos a arriesgar la inocencia y la ingenuidad, encuentran que el diablo no tiene ninguna ventaja en sus vidas. Dios desea la santidad de Su pueblo, no la sofisticación que proviene de vivir en espacios reducidos con el pecado. La resistencia al diablo consiste en ser bondadosos con el prójimo, escuchar a una persona solitaria a la que otros han olvidado o ayudar a una familia desamparada. Duane Warden

#### **«Si el Señor quiere» (4.13–17)**

La mayoría de nosotros hemos aprendido que «siempre» es una palabra que ha de usarse con precaución. Pocas cosas son «siempre». Dios es «siempre». Es inmutable y eterno en Su Ser, sin embargo, cuando hemos dicho eso, es posible que no se nos ocurran muchas otras cosas que son «siempre».

Quizás el lugar donde podemos decir «siempre» con confianza es cuando decimos que las cosas siempre cambian. Además, la dirección del cambio es impredecible. No tenemos el control. En Santiago 4.14, el autor notó algo que todos sabemos que es cierto, pero algo que tendemos a olvidar. Ninguno de nosotros puede predecir con seguridad lo que sucederá de un día a otro. A pesar de eso, hacemos planes como si el futuro fuera seguro. Santiago protestó: «... cuando no sabéis lo que será mañana. Porque ¿qué es vuestra vida? Ciertamente es neblina que se aparece por un poco de tiempo, y luego se desvanece» (4.14).

Una de las peculiaridades del comentario de Santiago es que no contiene nada que exija fe en

Dios. Todos —ateos, musulmanes, judíos, cristianos tibios, cristianos devotos— todos saben que la certeza sobre el mañana es imposible. Donde Santiago era diferente del ateo es que tenía una solución. Santiago quería que las personas acogieran a Dios con fe. Santiago sabía que Dios desea ser un socio en la vida de cada hombre y mujer. Dios conoce el mañana. Después de que Dios dio el quinto mandamiento, agregó una promesa. «Honra a tu padre y a tu madre», Moisés escribió, «... para que te vaya bien sobre la tierra que Jehová tu Dios te da» (Dt 5.16). Más adelante, el legislador le dijo a Israel que si amaban a Dios y andaban en Sus caminos, «[vivirían] y [serían] multiplicados» y el Señor su Dios los bendeciría (Dt 30.16). Aquellos que hacen de Dios un socio al obedecerle y servirle descubren que la vida es mejor para ellos.

*Los peligros de dejar fuera a Dios.* En el contexto, Santiago se dirigió a los mercaderes, concentrados en sus ganancias, sin preocuparse por Dios. Sin embargo, los mercaderes no pertenecen a ninguna categoría por sí mismos. Muchas personas hacen sus planes sin pensar en Dios. La persona secular que tiene la intención de obtener ganancias y acumulación no quiere interferencia de Dios ni de la iglesia mientras sigue su búsqueda. Muchos son como el rico necio. Se consuelan diciendo: «Alma, muchos bienes tienes guardados para muchos años; repósate, come, bebe, regocíjate» (Lc 12.19). La ironía es que el necio tenía bienes para muchos años, sin embargo, no el aliento para durar la noche. Santiago se dirigió a aquellos que no consideran si sus planes son o no lo que Dios deseaba para ellos. Nunca le hablan a Dios de sus planes ni le piden ayuda y dirección. Ellos excluyen a Dios, lo cual será su perdición.

¿Es inteligente hacer planes como si se tuviera el control total cuando no se puede estar seguro de nada? ¿No es prudente hacer planes que tengan en cuenta a Dios y que estén de acuerdo con la voluntad de Dios? Santiago continuó diciendo: «Vamos ahora! los que decís: Hoy y mañana iremos a tal ciudad, y estaremos allá un año, y traficaremos, y ganaremos» (4.13). No tenía nada en contra de hacer planes. Es la forma en que las personas tienden a hacer planes lo que le molestaba. ¿Cómo pueden las personas hacer planes con tanta seguridad cuando la vida es tan incierta?

Hace más de quinientos años, cuando Cristóbal Colón partió de España, comenzó el viaje sin saber a dónde se dirigía. Cuando vio tierra en el nuevo mundo, no sabía dónde estaba; y cuando

regresó con Fernando e Isabel en España, no sabía dónde había estado. Pensó que sabía adónde iba, sin embargo, se había equivocado. Es probable que muchos de los planes que hacen las personas y los resultados que se derivan de ellos resulten tan inciertos como lo fueron las aventuras de la Niña, la Pinta y la Santa María.

En una audiencia de cualquier tamaño, encontraríamos una cantidad de personas que enfrentan decisiones importantes. Algunas decisiones podrían posponerse, pero muchas no. Tenemos que tomarlas en un mundo variante y cambiante. Los resultados son precarios. Las consecuencias de lo que hacemos pueden durar muchos años. Las elecciones importantes jamás se detienen. Santiago estaba tan actualizado como el último dispositivo electrónico cuando, en esencia, preguntó: «Cuando no sabes lo que trae el mañana, ¿es prudente planificar sin Dios?».

Lo que es evidente es que para la mayoría de las cosas que suceden en la vida de las personas hoy, Dios es irrelevante. En contraste, las personas del mundo antiguo jamás hacían nada sin consultar a sus dioses. Desde el siglo sexto al quinto a.C. hasta el período del Nuevo Testamento, uno de los sitios más famosos del mundo de habla griega fue Delfos, Grecia. Allí estaba un oráculo del dios Apolo. La oráculo misma era una anciana, sin embargo, operaba por medio de un sacerdocio que daba consejos a reyes y ciudades sobre guerra, colonias, proyectos de construcción, cualquier cosa de importancia. En nuestro mundo, consultar a Dios a veces se hace como una cuestión de formalidad, sin embargo, Dios tiene poco que ver con la mayor parte de lo que sucede en la vida de las personas.

Nuestra generación está lejos de ser la primera en pensar que no necesitamos a Dios. Es el relato del Edén y de Babel. Es el mensaje sobre la sabiduría que se encuentra en Job 28. Imagínese el orgullo de los ingenieros que construyeron la pirámide. Su orgullo podría haber sido nada menos que el orgullo de quienes construyen rascacielos modernos. Cuando tenemos tanques y bombas y grandes universidades y rascacielos y conexiones comerciales en todo el mundo, ¿por qué necesitamos a Dios? El profeta Isaías vivió en un mundo diferente al nuestro de muchas maneras, sin embargo, con pequeños cambios, sus advertencias siguen siendo relevantes:

¡Ay de los que descienden a Egipto por ayuda, y confían en caballos; y su esperanza ponen en carros, porque son muchos, y en jinetes, porque

son valientes; y no miran al Santo de Israel, ni buscan a Jehová! (Is 31.1).

«*Considerare su vida*». Santiago tenía una reprimenda y una advertencia para aquellos que no sienten necesidad de Dios. Básicamente dijo: «Considerare su vida. Como todos sus padres y madres murieron, usted también morirá». Dado que la muerte nos reclamará a todos, no tiene sentido apartar a Dios de nuestros planes y vidas. Santiago no necesitaba mirar al juicio futuro. Tenía poco que decir sobre el cielo o el infierno. Todo lo que necesitaba decirles a las personas era que miraran a su alrededor. «... cuando no sabéis lo que será mañana. Porque ¿qué es vuestra vida? Ciertamente es neblina que se aparece por un poco de tiempo, y luego se desvanece» (4.14).

En vista de que todos estamos bajo sentencia de muerte, podríamos considerar qué tipo de personas desea Dios que seamos. Uno de los relatos más apreciados de la vida de Jesús es la vez que visitó la casa de María y Marta. Marta era la ocupada y distraída con todos los preparativos. En contraste, María estaba enfocada en lo espiritual; todo lo que quería hacer era sentarse y escuchar a Jesús. Cuando Marta se quejó de que María no la ayudaría, Jesús respondió: «Marta, Marta, afanada y turbada estás con muchas cosas. Pero sólo una cosa es necesaria; y María ha escogido la buena parte, la cual no le será quitada» (Lc 10.41, 42).

La mayoría de nosotros tendemos a sentir simpatía por Marta, sin embargo, Jesús no estaba elogiando a María porque fuera perezosa. Estaba diciendo que lavar la ropa y preparar la comida, ir a trabajar el lunes por la mañana y ganar mucho dinero no son las únicas cosas que hacen que la vida valga la pena. Ciertamente no son las cosas que darán como resultado la redención, el perdón y la promesa de vida eterna.

Cuando Santiago dijo que nadie sabe qué traerá el mañana, ¿estaba sugiriendo que Dios sí? ¿Estaba acaso diciendo que Dios tiene un plan para la vida de cada persona? No estoy seguro qué quiere decir una persona cuando dice: «Dios tiene un plan para mi vida». ¿Están diciendo esas personas que Dios ha predeterminado todo lo que sucederá? Si es así, por lo que puedo ver, no deja espacio para la toma humana de decisiones, no deja espacio para la libertad.

Quizás quieren decir que Dios desea que todos le obedezcan y sean salvos. Es cierto que Dios desea que todas las personas sean salvas, sin embargo,

no es lo mismo que decir que Dios tiene un plan que define con quién se casará cada individuo o qué debe hacer cada quien para ganarse la vida. No sé de ningún lugar en la Biblia que sugiera que Dios tiene un plan detallado para la vida de cada persona. Dios desea que todos seamos salvos. Esa es Su voluntad, sin embargo, no me atrevo a ir más allá. Algunas personas actúan como si encontrar la voluntad de Dios para sus vidas fuera como resolver un rompecabezas. Usted tiene que averiguar cuál es la voluntad de Dios; y si puede hacerlo, Él estará contigo. Es cierto que algunas parejas coinciden en lo espiritual mejor que otras. Además, algunos tipos de trabajos serían mejores espiritualmente que otros. Sin embargo, dicho lo anterior, hay una serie de caminos que una persona puede seguir en la vida y serle fiel a Dios. Por lo que puedo ver, leemos mal la Biblia si suponemos que por cada decisión en la vida hay un camino que es una elección clara para Dios.

*Cuando incorporamos a Dios en nuestros planes.* Santiago quería que incorporáramos a Dios en las decisiones que tenemos que tomar en la vida. Quería que supiéramos que Dios se involucra en los asuntos humanos. Dios les ha revelado a los sabios que ha dado a sus criaturas decisiones a tomar. Como muchas personas hoy, las del pasado a veces hicieron a un lado a Dios. Santiago quería que siguieran otro camino: «En lugar de lo cual deberíais decir: Si el Señor quiere, viviremos y haremos esto o aquello. Pero ahora os jactáis en vuestras soberbias. Toda jactancia semejante es mala» (4.15, 16). Cuando hacemos planes, Santiago quería que supiéramos que Dios puede tener otros planes. Dios podría imposibilitar lo que deseamos hacer. Puede que interfiera porque sabe qué es mejor para nosotros. Incluso puede dejar que el mal siga su curso. Ninguno de nosotros conoce la forma en que Dios gobierna el mundo. Quiere decir que ninguno de nosotros puede realizar sus planes como si pudiera controlarlo todo. Proverbios 27.1 advierte: «No te jactes del día de mañana, porque no sabes qué dará de sí el día». Jesús cedió Su propia voluntad a la voluntad de Dios. En Getsemaní, dijo: «Padre, si quieres, pasa de mí esta copa; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya» (Lc 22.42). Pablo y otros cristianos primitivos pensaron de manera similar (Hch 18.21; 21.14).

Santiago parece haber dicho que es un insulto para Dios planificar el futuro y dejarle fuera de escena. Hacer así es arrogancia, y tal jactancia es mala.

Duane Warden

### La lucha por el control (4.1–10)

Como estudiante en el International Bible College (ahora Heritage Christian University) en Florence, Alabama, recuerdo que durante el devocional un día escuché a un predicador muy conocido, y que había viajado mucho, decir: «El problema número uno que tenemos en la iglesia es que no sabemos cómo llevarnos bien con los demás». Esa declaración me influyó por varias razones. Primero, los viajes y contactos del hombre que hizo la declaración me impresionaron. Luego, el hecho de que existan tantas divisiones dentro de las iglesias de Cristo me impactó. Finalmente, recordé haber oído hablar de iglesias vibrantes y en crecimiento que se paralizaban a sí mismas con algún desacuerdo o división real. Veremos en nuestro texto, 4.1–10, que es solo un síntoma del problema y no el problema en sí.

Estamos descubriendo de lo escrito por Santiago que los cristianos de sus días no eran muy diferentes de los cristianos de hoy. Sus vidas estaban plagadas de problemas internos y externos. Tenían dificultades para relacionarse adecuadamente con los demás, especialmente con los de otra clase económica. Muchos no estaban permitiendo que sus creencias influyeran en su forma de comportarse. Algunos estaban hablando demasiado: discutían, criticaban o se promocionaban a sí mismos. Ahora vemos que estos primeros cristianos eran como nosotros de otra manera: en lugar de mantener un clima de paz necesario para la generación de justicia (3.18), estaban viviendo en una atmósfera de constantes «guerras y [...] pleitos» (4.1).

Santiago los confrontó (y a nosotros) con la razón por la que no podían llevarse bien entre ellos.

*El conflicto.* Inmediatamente (4.1), Santiago quería que supieran el origen del problema de ellos, la fuente de sus «guerras y [...] pleitos». Santiago estaba hablando con cristianos profesantes. Usó la frase «entre vosotros». No estaban llevándose bien como seguidores de Cristo. Para nuestra sorpresa, cuando se examinan algunas de las iglesias del Nuevo Testamento, descubrimos que tenían algunos desacuerdos. Los miembros de la iglesia de Corinto estaban yendo a juicio y competían entre sí en la asamblea (1ª Co 6.1–8; 14.23–40). Se sabía que los creyentes de Galacia se «[mordían] y [comían] unos a otros» (Ga 5.15). Incluso la amada iglesia de Pablo en Filipos tenía dos mujeres que no se llevaban bien (Fil 4.2, 3). Santiago estaba abordando un problema que existía en la iglesia primitiva y continúa existiendo hoy.

Es abrumador considerar la fuerza de las palabras usadas por Santiago para describir el problema. En 4.1–3, Santiago usó el lenguaje de la guerra de manera metafórica; sin embargo, solo porque Santiago estaba usando metáforas, no minimizamos la fuerza de sus palabras y el horror que deberían causar en nuestros corazones. Debido a los avances de los medios de comunicación en el siglo veintiuno y los informes diarios de guerras físicas en todo el mundo, nuestros sentidos se han endurecido. Nosotros, de entre todas las generaciones, probablemente somos los menos capaces de sentir un sentimiento de indignación personal y moral por el vocabulario de la guerra. Necesitamos despertar nuestra sensibilidad ante lo que estaba diciendo Santiago. Eligió palabras de guerra para expresar controversias, riñas, animosidades y malos sentimientos entre los cristianos porque no había otra forma de expresar el horror de la misma, no porque no hubiera otra forma de decirlo. Vio, y quiere que veamos, las relaciones dentro de la iglesia local mediante los ojos de Dios.

Como un cirujano experto, Santiago abrió los corazones de los cristianos para revelar el cáncer que estaba destruyendo el cuerpo. La razón por la que los cristianos en los días de Santiago (y en el siglo veintiuno) no podían llevarse bien es que estaban siendo gobernados y controlados por sus propias pasiones y deseos (4.1b). Hay una lucha constante dentro de los cristianos por el control. Santiago usó un lenguaje gráfico para describir la lucha interior del creyente. La lucha es por la elección que hacemos entre una vida egoísta o una vida desinteresada.

Cuando los hermanos tomaban la decisión equivocada, ese deseo personal incontrolado estaba tomando control de las actitudes y acciones de un cristiano para con otro (4.2). Obviamente, las relaciones se estaban destruyendo en la iglesia local. Un cristiano deseaba el respeto que se sentía hacia otra persona y haría cualquier cosa para conseguirlo. Su situación se había deteriorado; incluso sus oraciones estaban siendo corrompidas por sus deleites (4.2, 3).

¿Tenemos este problema hoy? ¡Sí! La mayoría de los problemas de la iglesia surgen de la pregunta «¿Quién va a estar a cargo?». Este tipo de problemas se alimentan de nuestros propios deseos egoístas que Santiago describió en el capítulo anterior como «celos amargos y contención». Nos convencemos de que tenemos todas las respuestas y no entendemos por qué las personas no buscan liderazgo

en nosotros. Cuando no nos miran, manipulamos situaciones y a personas para que sea a nosotros a quienes acudan.

El problema es que el lenguaje que usó Santiago suena tan extravagante y tan exagerado que creemos que tenemos que rechazar positivamente que nuestros pequeños desacuerdos y disputas ocasionales merezcan tal descripción. Si aceptamos esta línea de razonamiento, solo mostramos cuán imperfectamente han sido llevados cautivos nuestros pensamientos a la obediencia de Jesús. En Mateo 5.21, 22, ¿estaba Jesús exagerando cuando dijo que cualquiera que se enojara con su hermano estaría sujeto a juicio? ¿Estaba Juan exagerando en 1ª Juan 3.11, 12 cuando dijo que cualquiera que no amara a su hermano era como Caín? Somos los que hemos disminuido la importancia de las relaciones correctas en la iglesia local. Como que sonreímos, con el tipo de tolerancia equivocado, ante un hermano o hermana susceptible que no se lleva bien con nadie. Nos encogemos de hombros cuando dos miembros se pelean y no intentan llevarse bien entre ellos. Será mejor que aprendamos a nunca ser tolerantes con las «guerras» o encogernos de hombros ante los «pleitos».

*La condena del egoísmo.* Nuestro propio egoísmo está destruyendo la paz que produciría una cosecha de justicia. Por lo tanto, Santiago desciende con fuerza en 4.4. Nuestro egoísmo no solo ha destruido nuestras relaciones con los demás; nos ha separado de Dios. Para entender lo que decía Santiago, tenemos que darnos cuenta de que en el Nuevo Testamento se describe al pueblo de Dios como Su esposa. Serle leal a cualquier deseo que no sea la voluntad de Dios equivale a cometer adulterio espiritual. Ser controlado por la actitud egoísta del mundo es totalmente incompatible con la lealtad a Dios. Se tiene que elegir uno o el otro. Tiene que ser Dios o el yo en control; ambos no pueden ser prominentes.

Santiago 4.5 dice: «¿O pensáis que la Escritura dice en vano: El Espíritu que él ha hecho morar en nosotros nos anhela celosamente?». Este es un pasaje difícil para el exégeta y el expositor. En este versículo aparecen un par de problemas. Primero, las palabras «la Escritura dice» crean la expectativa de que algún pasaje está a punto de ser citado, o al menos aludido; sin embargo, la expectativa no se cumple. En segundo lugar, los eruditos no pueden ponerse de acuerdo sobre cómo debería traducirse la última mitad del versículo. Las diversas traducciones consignan lo siguiente: «El

espíritu que habita en nosotros codicia la envidia» (KJV); o «Él anhela celosamente el espíritu que ha hecho habitar en nosotros» (RSV). Incluso sin poder resolver estos problemas, parecería lógico pensar que nuestro Dios es un Dios celoso; Él le ha dado Su Espíritu al creyente y no puede ver a ningún espíritu rival con nada más que celos. Dios anhela toda la devoción individual de cada corazón.

Este Dios celoso es un Dios misericordioso. Santiago 4.6 dice: «Pero él da mayor gracia. Por esto dice: Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes». Ya sabemos que el ideal de Dios es el compromiso total. Todos tendríamos que admitir que ha habido ocasiones en las que hemos abandonado al Señor para buscar lo que deseamos. El Señor hace grandes exigencias y da mayor gracia para cumplirlas. La elección es obvia para los creyentes. Pueden humillarse y recibir la gracia de Dios o continuar en su actitud egoísta y experimentar la resistencia de Dios.

*La elección.* Para librar sus vidas del egoísmo y dejar que Dios tenga el control, Santiago les dijo a los cristianos que no se rindieran a sus deseos, sino que: «Someteos, pues, a Dios» (4.7a). La palabra «someteos» es principalmente un término militar y quiere decir «clasificar por debajo». Para curarse del egoísmo, el cristiano debe ponerse bajo las órdenes del Señor.

La sumisión es uno de esos temas difíciles de la Biblia. A veces, cuando vemos el término, nos detenemos y preguntamos: «¿Qué quiere decir?» o «¿Cómo lo hago?». ¡Ese no es el problema en Santiago! Santiago completó el cuadro de la sumisión del creyente enumerando los pasos de esa sumisión.

«... resistid al diablo, y huirá de vosotros» (4.7b). El diablo no tiene más poder sobre el cristiano que la habilidad de hacer que el mal parezca atractivo. Santiago prometió que el diablo huirá de nosotros una vez dejemos atrás el atractivo exterior y resistimos sus encantos.

«Acercaos a Dios, y él se acercará a vosotros» (4.8a). Nuestro pecado y egoísmo nos han separado de Dios. Para que nuestro egoísmo sea sanado, tenemos que regresar a una relación íntima con el Señor.

«Pecadores, limpiad las manos; y vosotros los de doble ánimo, purificad vuestros corazones» (4.8b). Santiago sabía que cuanto más nos acercamos al Señor, más repugnante se vuelve el pecado en nuestras vidas. El egoísmo ha contaminado la vida y se necesita purificación. Con las palabras

«manos» y «corazones», estaba diciendo que necesitamos ser purificados por dentro y por fuera.

«Afligíos, y lamentad, y llorad. Vuestra risa se convierta en lloro, y vuestro gozo en tristeza» (4.9). Haciendo eco de las palabras de Jesús (Mt 5.4), Santiago dijo que si realmente nos sometemos a Dios, entonces tenemos que arrepentirnos verdaderamente.

«Humillaos delante del Señor, y él os exaltará» (4.10). Tenemos que darnos cuenta de que somos los creados y Yahvé es el Creador. Cuando lo comprendemos así, podremos tener un estado de ánimo propicio para la obediencia. Logramos comprender el papel de servidores que llevan a cabo, no nuestra propia voluntad, sino la voluntad de nuestro Padre que está en los cielos. Ser sumiso a Dios conduce a grandes bendiciones espirituales. La exaltación sobre la que escribe Santiago es la de una vida más elevada. La imagen que retrató Santiago era una persona postrada ante un monarca, suplicando piedad. El monarca se inclina desde el trono y levanta el rostro del peticionario del suelo. La persona se levanta con gran gozo, sabiendo que el rey ha concedido su pedido.

*Conclusión.* ¿Vemos la importancia de lo que Santiago estaba diciendo en este texto? ¿Nos damos cuenta de que las «guerras y [...] pleitos» entre hermanos son un asunto serio? ¿Vemos que esas «guerras y [...] pleitos» son causados por deseos egoístas? La única forma en que podemos deshacernos de estos deseos egoístas es sometiéndonos totalmente a Dios.

Bill Hooten

### **Dios y el chisme (4.11, 12)**

Seamos realistas. La mayoría de las veces, los cristianos hablan de otros cristianos. Si uno de los nuestros comete un terrible error, la noticia viaja como pólvora. Todos sabemos de personas que dejaron de asistir a los servicios de adoración por completo o cambiaron de una congregación a otra debido a alguna historia que se había difundido. ¿Por qué nos deleitamos en saber y contarnos algo malo sobre unos y otros?

Santiago, en su misión de hacer que los cristianos vivan como creen, puso ante nosotros la demanda de que no debemos hablar unos contra otros. Nuevamente, se centró en un punto crucial: El cristiano, debido a lo que cree, tiene que ser diferente a las personas del mundo. Santiago no solo dio el mandamiento de no murmurar, también dio varias razones.

*La regulación.* Santiago comenzó de una manera

simple y directa: «Hermanos, no murmuréis los unos de los otros» (4.11a). Con este sencillo mandamiento, se regula la conversación de un cristiano con otro. El idioma original da la implicación de que estaba teniendo lugar una calumnia y que los hermanos habían de detenerse.

Dios nunca ha tenido una alta opinión de los que hablan de otros (Pr 20.19; 26.20; Ro 1.29, 30; 1ª Co 6.10). ¿Por qué, entonces, somos tan propensos a involucrarnos en algo tan desagradable a los ojos de Dios? Puede ser que nos sintamos mejor con nosotros mismos cuando sabemos algo malo de otra persona. Esa parece ser la única razón lógica para los chismes.

Antes de pasar a las razones por las que no hemos de hablar unos contra otros, veamos algo importante. A veces nos sentimos justificados al hablar de un hermano si lo que decimos es verdad. ¡Eso no es lo que estaba diciendo Santiago! No permitió calificadores en ese mandamiento. Santiago dijo claramente, hablando por inspiración del Espíritu, que los cristianos no han de hablar unos contra otros.

*Las razones para el mandamiento.* La primera razón por la que no deberíamos hablar unos contra otros es por *el respeto que deberíamos tener unos por otros*. Dentro de este texto, es evidente un énfasis en la «fraternidad». Santiago 4.11 dice: «*Hermanos, no murmuréis los unos de los otros. El que murmura del hermano y juzga a su hermano...*» (énfasis añadido). Los hermanos están unidos por un amor que está simbolizado por la pertenencia a una familia (Ro 12.10; Ga 6.10). Las Escrituras dicen que si sabemos algo de nuestro hermano, en lugar de decírselo a cualquiera, hemos de acudir a él. No es lo más cómodo ni lo más fácil de hacer, sin embargo, nuestro amor y preocupación por el alma de ese hermano nos impulsa. En segundo lugar, no solo nuestro respeto por nuestro hermano debe impedirnos hablar de él, también debería hacerlo *nuestro respeto por la ley*. Inmediatamente, cuando leemos: «El que murmura del hermano y juzga a su hermano, murmura de la ley y juzga a la ley; pero si tú juzgas a la ley, no eres hacedor de la ley, sino juez», queremos saber, «¿Qué ley?». Obviamente, Santiago no estaría haciendo referencia a la antigua ley. Por el contexto, parece referirse a la «ley real» (2.8) y la «ley de la libertad» (2.12). Quería que viéramos las implicaciones de lo que estamos haciendo. Estamos quebrantando la ley que se supone debíamos obedecer, y nos erigimos por encima de la ley. La ley dice: «Ámense los unos

a los otros», sin embargo, con nuestras acciones decimos que está equivocada, que debería haber dicho: «Crítiquense y calúmnien los unos a los otros». Estamos diciendo, en efecto, que sabemos más de lo que Dios sabía cuando le dio la ley al hombre.

En tercer lugar, no debemos hablar unos de otros debido a *nuestro respeto por Dios*. Santiago dijo: «Uno solo es el dador de la ley, que puede salvar y perder» (4.12). Dios es el único Legislador, y solo Él tiene el derecho de cambiar o anular la ley que Él ha dado. Nuestras acciones no cambian la ley; solo la quebrantan. Sería presuntuoso de nuestra parte pensar que sabemos más que Dios, que dio la ley. Dios no solo es el único Legislador, también es el único Juez. Él es el único con las calificaciones para juzgar. Él conoce todos los hechos, está libre de las manchas del pecado y nos conoce porque Él nos hizo. Por supuesto, la implicación de lo que estamos diciendo es que, cuando hablamos en contra de nuestro hermano, estamos haciendo juicios. Dios es el único que puede hacer tales juicios.

Cuarto, no debemos hablar en contra de nuestro hermano por *nuestro respeto por nosotros mismos*. La Reina-Valera podría ser débil en 4.11, sin embargo, realmente golpea con toda su fuerza aquí: «pero tú, ¿quién eres para que juzgues a otro?» (4.12). Con todas nuestras luchas, problemas y pecados, ¿quiénes somos para hablar de nuestro hermano? Debemos tener temor de que Jesús nos mire, vea la forma en que actuamos y la forma en que hablamos de otro, y diga: «¡Hipócritas!».

*Conclusión.* Probablemente consideramos el «chisme» como un pequeño pecado. «Es insignificante en comparación con otros», decimos. De hecho, el mundo lo ha elevado a una forma de arte, con columnas de chismes e incluso programas de chismes de televisión. ¿Es así como Dios lo ve? Es un pecado cuando quebrantamos la relación familiar de los creyentes. Transgredimos la ley real. Nos ponemos en la posición de Dios y no nos damos cuenta de nuestra propia pecaminosidad. Resolvamos «no [murmurar] los unos de los otros».

Bill Hooten

---

(Viene de la página 19)

lo mismo. Los sabios no se quedan atrás. A Edmund Burke se le atribuye la siguiente observación: «Lo único necesario para el triunfo del mal es que los hombres buenos no hagan nada».<sup>20</sup> En la Mishná, se cita a Simeón el Justo diciendo: «Por tres cosas se sostiene el mundo: por el [estudio de] la ley, mediante la adoración y las obras de caridad».<sup>21</sup> Las tres cosas que citó Simeón el Justo fueron cosas hechas al servicio de Dios. La fidelidad a Dios no se puede sostener por las cosas que los cristianos no hacen. No es suficiente que los cristianos se nieguen a robar lo que pertenece a sus prójimos. El seguidor de Cristo alimenta al hambriento y viste al desnudo (Mt 25.34–46). Más importante que la negativa a mentir es la declaración de que la verdad gobierne en el reino de Dios; **... y al que sabe hacer lo bueno, y no lo hace, le es pecado.**

Santiago acusó a los mercaderes ricos de una especie de ateísmo práctico. No eran culpables porque hubieren rechazado explícitamente a Dios. Cuando no se hace lo correcto, a menudo se hace a un lado a Dios cuando se toman decisiones. Los mercaderes rechazaron a Dios con indiferencia. La Ley decía que el pueblo de Dios no debe «que- darse de brazos cruzados cuando la vida de su prójimo está en juego» (Lv 19.16; NAB). Quedarse de brazos cruzados cuando se necesita una buena acción es desobedecer a Dios. Dios acusó a los que no ofrecieron alivio a los necesitados ni justicia a los oprimidos. Si el ateísmo práctico caracterizó a una clase de personas en el mundo antiguo, en el siglo veintiuno se ha convertido en una forma de vida para la cultura occidental. Para muchos, Dios es una especie de dispositivo de emergencia a quien los irreligiosos acuden para alivio, pero no en otro momento. Mientras el mundo no esté derrumbándose, muchos relegan a Dios a una distancia segura.

---

<sup>20</sup> John Bartlett, *Familiar Quotations (Citas conocidas)*, 15ª ed., ed. Emily Morison Beck (Boston: Little, Brown and Co., 1980), 374.

<sup>21</sup> Mishná *Aboth* 1.2.

## El triunfo de la fe

### LOS PELIGROS DE LA RIQUEZA (4.13—5.6) (CONTINUADO)

Los cinco capítulos de Santiago contienen 108 versículos. Dispersos en cuatro de los capítulos hay 27 versículos (1.9–11; 2.1–13; 4.13–17; 5.1–6) que describen la opresión dirigida contra los cristianos de mano de los ricos o la respuesta del cristiano a aquellos que controlaban las riquezas. Es aproximadamente el 25 por ciento de la carta. La presión ejercida contra los cristianos de parte de quienes controlaban la riqueza constituía una gran preocupación para Santiago. La cantidad de espacio que le dio al tema, la pasión en sus palabras y su repetido regreso al tema apuntan a la centralidad del tema en la carta.

La opresión de los ricos no es una categoría amplia de comportamiento generalizado que desafía a los cristianos a hacer las mejoras necesarias. Las amonestaciones de Santiago iban dirigidas a los ricos no cristianos y eran directas y contundentes. El comportamiento de los ricos no era un tema que afectara a todos como afectarían, por ejemplo, la fe, el amor y el arrepentimiento. Incluso la fe motivada por obras o el uso y mal uso del don del habla se referían a grados de maldad. Todos sus lectores necesitarían las amonestaciones sobre las obras o el uso de la lengua, incluso si algunos necesitarían la reprimenda implícita más que otros. En contraste, la opresión de los cristianos pobres por parte de quienes controlaban la riqueza abordaba una situación social específica. Es difícil creer que Santiago eligió abordar los problemas de la riqueza y la opresión al azar.

La interacción de los cristianos con los que controlan la riqueza es un tema tratado con una intensidad en Santiago que no se encuentra en ninguna otra parte del Nuevo Testamento. La siguiente reconstrucción de las condiciones de vida

de los cristianos a los que se dirigía Santiago tiene en cuenta la difícil situación de los pobres:

El dominio del mercado por parte del gran propietario mediante la manipulación económica, tanto en los años normales como en los pobres, le impedía al pequeño agricultor obtener suficientes ganancias para atender las necesidades básicas de su hogar.... El propietario endeudado se veía obligado a venderse como esclavo al rico terrateniente o a sucumbir al nivel de un jornalero.

Esos jornaleros eran los segadores y cosechadores con quienes Santiago se solidarizaba....<sup>1</sup>

Las acusaciones contra los ricos en las primeras partes de la carta habían sido relativamente leves. Como el florecimiento de la hierba, desaparecerían (1.10). La vida de un comerciante poderoso que hacía planes con confianza era como neblina que se desvanecía (4.14). Las palabras del autor habían sido más críticas cuando dijo que los ricos arrastraban a los cristianos a los tribunales y blasfemaban el buen nombre que llevaban (2.6, 7). Sin embargo, nada de lo que había dicho anteriormente en la carta coincide con el fervor de las acusaciones en 5.1–6.

La indignación que mostró Santiago no estaba fuera de lugar para aquellos que eran celosos del Señor. Jesús se indignó cuando vio el templo de Jerusalén convertido en un emporio. Juan registró el incidente al principio de su Evangelio: «... y halló en el templo a los que vendían bueyes, ovejas y palomas, y a los cambistas allí sentados. Y haciendo un azote de cuerdas, echó fuera del templo a todos...» (Jn 2.14, 15). En algún punto, la profanación de lo alto y santo, o el abuso de los humildes y desamparados, hace que la ira estalle

<sup>1</sup> Pedrito U. Maynard-Reid, *Poverty and Wealth in James (Pobreza y riqueza en Santiago)* (Maryknoll, N.Y.: Orbis Books, 1987), 90.

en los corazones de los justos.

Pocos cristianos, si es que hubo alguno, a los que se dirigía Santiago eran ricos; sin embargo, parecen haber sido complacientes y envidiosos de la riqueza. Cedían sus asientos a los ricos; tenían preferencia por ellos (Lc 2.1–3). Si bien Santiago había tratado de dirigir a los lectores a otros valores, por ejemplo, cuidar de los huérfanos y las viudas (1.27) y proporcionarles comida a los hambrientos (2.15, 16), no podía olvidar el precio económico y social que sus lectores pagaban por ser pobres. Los ricos pensaban poco en el sufrimiento y las privaciones de los pobres. El autor consideró necesario regresar para una advertencia final del juicio de Dios sobre los ricos indiferentes. Santiago guardó su lenguaje más fuerte para su tratamiento final del tema.

**<sup>1</sup>¡Vamos ahora, ricos! Llorad y aullad por las miserias que os vendrán. <sup>2</sup>Vuestras riquezas están podridas, y vuestras ropas están comidas de polilla. <sup>3</sup>Vuestro oro y plata están enmohecidos; y su moho testificará contra vosotros, y devorará del todo vuestras carnes como fuego. Habéis acumulado tesoros para los días postreros. <sup>4</sup>He aquí, clama el jornal de los obreros que han cosechado vuestras tierras, el cual por engaño no les ha sido pagado por vosotros; y los clamores de los que habían segado han entrado en los oídos del Señor de los ejércitos. <sup>5</sup>Habéis vivido en deleites sobre la tierra, y sido disolutos; habéis engordado vuestros corazones como en día de matanza. <sup>6</sup>Habéis condenado y dado muerte al justo, y él no os hace resistencia.**

**Versículo 1.** Es difícil creer que Santiago hubiera acusado a los **ricos** usando un lenguaje tan severo —**Llorad y aullad por las miserias que os vendrán**— de haber habido una parte notable de la iglesia que estuviera entre los ricos. Es igualmente poco probable que el autor, sin más explicaciones, hubiera escrito sobre cristianos ricos en una parte de la carta, pero sobre no cristianos ricos en otra. Es seguro concluir que Santiago esperaba que hubiera solo unos pocos cristianos ricos entre sus lectores, si es que los hubo.

Las dos fuentes de conflicto y pruebas (1.2, 3) que plagaban las iglesias a las que se dirigía Santiago continuaban dictando la dirección de las amonestaciones y reprimendas de la carta. Externamente, las pruebas para las iglesias a las que se refiere Santiago provenían de los ricos,

probablemente judíos ricos que estaban resentidos porque algunos de sus iguales judíos se habían hecho cristianos. La segunda fuente de juicios provenía de la disensión interna causada por la competencia generada por quienes aspiraban a ser maestros. Puede que algunos maestros se inclinaran más favorablemente hacia aquellos que pensaban que el cristianismo era una secta de los judíos (Hch 15.1) que a los que no pensaban así.

En su preocupación por la justicia social, Santiago retomó el papel de Amós y Miqueas. Aquellos con recursos moderados podrían ocasionalmente darles algún dinero a los pobres, sin embargo, la justicia social no es asunto de un poco de dinero para caridad. Es empoderar a los trabajadores pobres para que puedan tener voz y voto en la proporción de bienes y servicios de la sociedad que provengan de su propia labor. Usando el recurso literario llamado «apóstrofe», como en 4.13–17, se dirigió a los ricos como si estuvieran presentes, como si quisieran comprender su riqueza desde la perspectiva de Dios, quien los llamaría a rendir cuentas.

Para los pobres, Santiago tenía un mensaje diferente. Se basó no solo en profetas como Amós y Miqueas, sino también en las palabras reflexivas de Salmos:

Guarda silencio ante Jehová, y espera en él.  
No te alteres con motivo del que prospera en  
su camino,  
Por el hombre que hace maldades.  
Deja la ira, y desecha el enojo;  
No te excites en manera alguna a hacer lo malo  
(Sal 37.7, 8).

Santiago dejó claro que la justicia económica es más que actos individuales de caridad. Las instituciones de la sociedad podrían estar conformadas de tal manera que los pobres no tengan la posibilidad de un grado razonable de participación de los frutos de su propia labor. «La justicia no se logra simplemente “dando limosna” o, como decimos, dando a organizaciones benéficas; se logra empoderando a los oprimidos para que puedan participar plenamente en la sociedad».<sup>2</sup> «La preocupación por la justicia social, por la convicción de que los seres humanos no pueden ser medidos simplemente por sus contribuciones a la economía, sigue siendo una preocupación central de todos los que seguirían a

<sup>2</sup> Bernhard W. Anderson, *Out of the Depths: The Psalms Speak for Us Today (Fuera de las profundidades: los salmos hablan por nosotros hoy)*, 3ª ed. (Louisville: Westminster John Knox Press, 2000), 73.

Jesús». <sup>3</sup> Santiago dirigiría a los cristianos a cambios estructurales en la sociedad y en la economía para que los pobres pudieran tener voz.

La acusación que Santiago tenía para los terratenientes ricos servía de advertencia a los que habían oprimido a los cristianos (comparar con 2.6, 7), y servía de consuelo a los oprimidos. A éstos se les aseguraba que Dios juzgaría. El Señor de los ejércitos recordaría los males que habían sufrido. El juicio estaba cerca. Sophie Laws explicó: «Con repetir acusaciones familiares en las Escrituras, está presentando a los ricos como los enemigos tradicionales de Dios y de su pueblo inocente: por lo tanto, el juicio contra ellos tiene que ser seguro; y por tanto, también de ellos se debe desconfiar». <sup>4</sup> En el juicio, el orgullo y el privilegio se convertirán en testigos de la acusación.

Santiago forzó una paradoja. Los ricos sabían poco de la miseria de la vida y los pobres sabían mucho de ella. Santiago les aseguró a los ricos y tranquilizó a los pobres en cuanto a que el juicio traería miserias a los ricos que oprimían a los pobres. Era de la misma opinión que se encuentra en la versión de Lucas de las bienaventuranzas: «Bienaventurados los pobres, porque vuestro es el reino de Dios» (6.20); «Mas ¡ay de vosotros, ricos! porque ya tenéis vuestro consuelo» (6.24). Santiago insinuó tanto bendiciones como aflicciones, sin embargo, sus palabras tenían la intención de ser más un mensaje de consuelo para los sufrientes que una advertencia para los ricos. Santiago quería que sus lectores dejaran de ver la riqueza de aquellos a quienes admiraban y vieran la injusticia que había resultado de la riqueza.

**Versículo 2.** La base de la arrogancia y el poder de los ricos estaba en las cosas que poseían. Santiago imaginó las posesiones de los ricos como consumidas por los elementos, pudriéndose y volviéndose inútiles. **Vuestras riquezas están podridas, y vuestras ropas están comidas de polilla.** Job reconoció: «Y mi cuerpo se va gastando como de carcoma, Como vestido que roe la polilla» (Job 13.28). El lenguaje es un vívido recordatorio de que la vida terrenal es transitoria; el juicio de Dios es

de duración eterna. En el Sermón del Monte, Jesús emitió una advertencia similar, diciendo:

No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen, y donde ladrones minan y hurtan; sino haceos tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el orín corrompen, y donde ladrones no minan ni hurtan (Mt 6.19, 20).

«Riquezas» (πλοῦτος, *ploutos*) es un término genérico que Santiago parece haber usado para la riqueza de todo tipo. Si el autor hubiera tenido en mente a los mercaderes, probablemente se habría referido primero al oro y la plata, sin embargo, una parte considerable de las riquezas para los propietarios de grandes propiedades estaba comúnmente en silos y contenedores donde almacenaban sus cosechas. El oro y la plata no se «pudren» (σήπω, *sēpō*), una palabra que solo se encuentra aquí en el Nuevo Testamento. Las cosechas de los terratenientes ricos se pudrirían.

Además, los terratenientes probablemente estarían más acostumbrados al prestigio que otorga la vestimenta lujosa. En una época en la que la confección de telas finas era difícil y costosa, los hombres ricos podrían haber invertido una parte considerable de su riqueza en «ropas». Como artículos de riqueza, las vestiduras aparecen con frecuencia en la Biblia (vea, por ejemplo, Jue 14.12, 13; 2º R 5.5; Pr 31.24; Ez 27.24). Las prendas teñidas de púrpura o escarlata eran especialmente valiosas por el costo del tinte o por el simbolismo de los colores (Hch 16.14). Independientemente del valor de las casas, las posesiones o la ropa, los recursos de los ricos no les darían ninguna ventaja cuando se presentaran ante Dios para rendir cuentas.

**Versículo 3.** Santiago escribió sobre los eventos como si ya hubieran sucedido. **Vuestro oro y plata están enmohecidos**, dijo. El oro y la plata, propiamente hablando, no se enmohecían. La plata, por supuesto, se descolorará e incluso el oro perderá algo de su brillo si se almacena durante un período prolongado. En lugar de «enmohecidos», algunas versiones consignan «corroídos» (NAB; NIV; NKJV; REB; ESV). El verbo *κατιώω* (*katioō*), que solo aparece aquí en el Nuevo Testamento, quiere decir «oxidarse, empañarse, corroerse». <sup>5</sup> Lo que Santiago quería enfatizar era que toda la riqueza terrenal es temporal. Como otras cosas

<sup>3</sup> Kenneth L. Cukrowski, Mark W. Hamilton, y James W. Thompson, *God's Holy Fire: The Nature and Function of Scripture (El fuego sagrado de Dios: la naturaleza y función de las Escrituras)* (Abilene, Tex.: ACU Press, 2002), 117.

<sup>4</sup> Sophie Laws, *A Commentary on the Epistle of James (Comentario sobre la epístola de Santiago)*, Harper's New Testament Commentaries (San Francisco: Harper & Row, 1980), 197.

<sup>5</sup> Walter Bauer, *A Greek-English Lexicon of the New Testament and Other Early Christian Literature (Léxico griego-inglés del Nuevo Testamento y demás literatura cristiana primitiva)*, 3ª ed., rev. y ed. Frederick W. Danker (Chicago: University of Chicago Press, 2000), 534.

materiales, ni la cosecha de los campos, ni los vestidos costosos, ni el oro y la plata ofrecen seguridad para la era venidera. Llegaría el momento en que el grano de los terratenientes se pudriría y las ropas serían comidas por la polilla. De manera similar, el oro y la plata habrían perdido su brillo, su grandiosidad, su capacidad para proporcionar seguridad y su poder adquisitivo.

En lugar de que su oro y plata sean para la seguridad de los ricos, afirmó Santiago, **su moho testificará contra vosotros**. El pronombre en dativo (ὁμῖν, *humin*) podría interpretarse como un objeto indirecto ordinario, «para vosotros»; o puede ser un dativo de desventaja, «contra vosotros». Ambos usos son comunes en el Nuevo Testamento. Si «para vosotros» es correcto, Santiago estaba advirtiéndoles a los ricos que incluso en esta vida el deslustre del oro y la plata testificaba de la naturaleza transitoria de su riqueza. El mensaje para quienes dependían de la riqueza para su seguridad era que debían arrepentirse. Sin embargo, el contexto favorece «contra vosotros», un dativo de desventaja. Santiago quería direccionar a los ricos indiferentes hacia un día de juicio. [**Habían acumulado tesoros para los días postreros**. Un «día de matanza» estaba ante ellos (5.5); la venida del Señor estaba cerca (5.8).

Santiago les advirtió además a los ricos recordándoles que el óxido de su oro y plata [**devoraría del todo [sus] carnes como fuego**]. Quizás Santiago usó la semejanza del fuego para subrayar la brevedad y violencia de la vida humana. «Antes de que te des cuenta», podría haber estado diciendo el autor, «verás que el dinero es más un obstáculo para una vida pacífica, significativa y gratificante que una bendición. Te consumirá como un fuego aquí en la tierra». Sin embargo, parece que Santiago estaba más preocupado por la manera en que los ricos se encontrarían con Dios en el juicio final que por los inevitables problemas que el dinero trae a las personas. El fuego es probablemente un presagio de la consumación de la era. La puntuación influye de alguna manera en el significado de «como fuego» en el versículo 3. Si la frase va con la anterior, «devorará [...] vuestras carnes» (como dice el texto griego de las Sociedades Bíblicas Unidas), el óxido devoraría metafóricamente a los ricos en esta vida. Si va con «acumulado tesoros», el óxido los consumiría «como fuego» cuando Dios juzgue a la familia humana. Por medio de la lujuria y la codicia, los ricos, sin saberlo, amontonaban tesoros que los consumirían como fuego.

No debe pasarse por alto que el acaparamiento de riquezas era «para los días postreros» (ἐν ἐσχάταις ἡμέραις, *en eschatais hēmerais*), no «en el día postrero». Los autores del Nuevo Testamento distinguieron entre el singular, «el día postrero» (Jn 6.39–44; 11.24), «el tiempo postrero» (1ª P 1.5), y el plural, «los postreros días» (Hch 2.17; 2ª Ti 3.1; He 1.2; 2ª P 3.3), «los postreros tiempos» (1ª Ti 4.1; 1ª P 1.20). El singular se refiere al final de la era cuando Jesús reunirá a todos ante Él para juicio (2ª Co 5.10). El plural se refiere al tiempo entre la primera venida de Cristo y Su segunda aparición. Los cristianos del Nuevo Testamento se entendían a sí mismos como viviendo en los postreros días. Cuando la iglesia nació, habían llegado los postreros tiempos. El autor de Hebreos reveló que «en estos postreros días [Dios] nos ha hablado por el Hijo» (He 1.2). Pablo tranquilizó a Timoteo recordándole que las advertencias de Dios se estaban cumpliendo. El apóstol escribió: «... en los postreros días vendrán tiempos peligrosos» (2ª Ti 3.1). A partir de ahí, pasó a enumerar algunas de las cosas que Timoteo estaba experimentando y que daban testimonio de que había sido partícipe de los postreros días (2ª Ti 3.2–5). Un pasaje similar en 1ª Timoteo 4.1–3 razona de manera muy similar a 2ª Timoteo 3.1–5; sin embargo, en lugar de decir «postreros días», el pasaje de 1ª Timoteo dice «postreros tiempos». Tomamos «postreros días» y «postreros tiempos» como expresiones equivalentes.

Los dos pasajes que parecen romper el patrón son 1ª Juan 2.18 («último tiempo») y Judas 18 («postrer tiempo»). Juan usó el singular para argumentar que él y sus lectores vivían en los últimos tiempos, no que el fin de la era había llegado. La evidencia de que vivían en el «último tiempo» fue la presencia de «muchos anticristos». De manera similar, Judas sostuvo que él y sus lectores vivían en el «postrer tiempo». Como prueba, señaló la presencia de burladores que estaban provocando divisiones. A menos que el contexto exija lo contrario, los autores del Nuevo Testamento entendieron que los «postreros días» son el tiempo entre la primera aparición del Señor y Su segunda aparición al final de los tiempos. Los «postreros días» en Santiago 5.3 no se refieren al juicio al final de los tiempos. La frase se refiere a la época actual en la que los ricos estaban acumulando tesoros por los que responderían en el día postrero. Ocasionalmente, los autores del Nuevo Testamento usaron el singular, «último tiempo» o «día final» para referirse a la era actual (como en

los pasajes citados anteriormente de Juan y Judas), sin embargo, tal uso está definido por el contexto.

**Versículo 4.** La retención de salarios por parte de grandes propietarios tiene una larga historia entre los pueblos del Cercano Oriente y otros lugares. Se condena completamente en la ley de Moisés y en los escritos judíos posteriores. Moisés le dijo a Israel: «No oprimirás al jornalero pobre y menesteroso, [...] En su día le darás su jornal, y no se pondrá el sol sin dárselo» (Dt 24.14, 15). En los apócrifos, Tobías le advirtió a su hijo: «No te quedes de la noche a la mañana con el salario de ningún hombre que trabaje para ti, sino que págale inmediatamente». <sup>6</sup> Ben Sirach escribió: «La oración de labios de un pobre es escuchada de inmediato, y se le concede justicia rápidamente». <sup>7</sup> Luego agregó: «Mata a su prójimo el que lo priva de su sustento; derrama sangre quien niega al trabajador su salario». <sup>8</sup> La parábola de Jesús en Mateo 20.1–16 ilustra la forma en que a veces se contrataban a los trabajadores pobres por día o parte del día. Un hombre rico podría, por alguna razón, retener el salario, a pesar de que la ley había prohibido la práctica (Lv 19.13; Dt 24.14, 15).

El poder y el privilegio tienden a estar del lado de la riqueza tanto en el mundo antiguo como en el mundo actual. Los primeros lectores de Santiago no tenían tribunales de justicia donde su llamado fuera escuchado con imparcialidad. Hay algo de verdad en las palabras de Ben Sirach: «Las presas del león son los asnos salvajes del desierto; así también los pobres alimentan a los ricos». <sup>9</sup> Santiago, al igual que Amós y Miqueas antes que él, se enojaba cuando una persona se aprovechaba de alguien que estaba indefenso y no tenía defensor. La Ley dice: «No maldecirás al sordo, y delante del ciego no pondrás tropiezo» (Lv 19.14). En otras palabras, no atormentarás a otro ni te aprovecharás de su impotencia. Sin embargo, va más allá de eso. Los creyentes tienen la responsabilidad no solo de actuar con justicia para con los pobres, sino también de ser sus defensores. Jeremías escribió: «Así ha dicho Jehová: Haced juicio y justicia, y librad al oprimido de mano del opresor» (Jer 22.3).

Las razones para la justicia en tratar con los pobres tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento es que Dios se preocupa por igual por los ricos y los pobres. El trasfondo en las palabras

de Santiago es amenazante: **He aquí, clama el jornal de los obreros que han cosechado vuestras tierras, el cual por engaño no les ha sido pagado por vosotros.** Si los terratenientes tenían el poder de retener salarios debido a su posición en la sociedad, debían considerar que el amigo de los pobres era **el Señor de los ejércitos.** «Señor de los ejércitos» es una designación común para Dios en el Antiguo Testamento, sin embargo, en el Nuevo Testamento, Santiago es el único autor que deliberadamente eligió la frase como un nombre para Dios. <sup>10</sup> Lo que el nombre quiere decir es otro asunto. La idea podría ser que Él es el Señor de las huestes celestiales, en cuyo caso la creación es el tema subyacente; o puede que Él sea el Señor de las huestes humanas (ejércitos), en cuyo caso Su liberación por muchos o por pocos es el tema. Lo que Santiago quería dejar claro era que el Dios que dirigía los asuntos más allá del control humano podía hacer Su voluntad en la tierra.

La dignidad del trabajador para recibir su salario es un hecho respetado por Dios y los hombres (Lc 10.7; 1ª Co 9.7–14; 1ª Ti 5.17, 18). El hecho de que los judíos se encontraban entre los grandes terratenientes que tenían el poder de retener salarios a su propio placer es evidente en algunas de las parábolas que narró Jesús (Mt 18.23–35; 20.1–16). Algunos de los judíos de la diáspora en la gran Siria romana habrían estado lo suficientemente bien establecidos como para controlar grandes propiedades. Santiago dirigió su carta a comunidades judías entre las que los cristianos habían hecho incursiones. Los cristianos estaban sufriendo a manos de los ricos que compartían su herencia étnica, pues dice: **... y los clamores de los que habían segado** había llegado a oídos de Dios Todopoderoso.

Es difícil para cristianos que se encuentran entre los privilegiados de una sociedad confesar que sus posesiones y el poder que los acompaña son algo menos que el producto de sus propias habilidades y sabiduría. Aquellos en posiciones privilegiadas a menudo no comprenden que el sistema económico del que se benefician es la causa de la opresión para muchos. Dios exige que su pueblo haga más que ejercer la caridad individual. Las personas en los días de Isaías preguntaron: «¿Por qué, dicen, ayunamos, y no hiciste caso;

<sup>6</sup> Tobit 4.14 (NAB).

<sup>7</sup> Eclesiástico 21.5 (NAB).

<sup>8</sup> Eclesiástico 34.22 (NAB).

<sup>9</sup> Eclesiástico 13.18 (NAB).

<sup>10</sup> Pablo habló de Dios como «Señor de los ejércitos» en Romanos 9.29, sin embargo, era parte de la cita que hizo el apóstol de Isaías 1.9.

humillamos nuestras almas, y no te diste por entendido?». Dios respondió: «He aquí que en el día de vuestro ayuno buscáis vuestro propio gusto, y oprimís a todos vuestros trabajadores» (Is 58.3). La idea no es diferente a la expresada en Santiago.

**Versículo 5.** Santiago tenía una serie de cuatro acusaciones contra los ricos. Los criticó por las decisiones personales que habían tomado y por la forma de vida que habían adoptado. 1) Los ricos habían acumulado riquezas que serían un testimonio en su contra. 2) Los salarios que habían retenido a los que trabajaban en sus campos clamaban por justicia. 3) Habían vivido en lujo y la autocomplacencia. 4) Los ricos habían condenado a los justos y les habían dado muerte. Santiago dejó claro que los símbolos de su prestigio y poder en la tierra serían como un lastre cuando el Señor de los ejércitos llamara a los ricos para dar cuenta de lo que habían hecho.

Los cargos presentados contra los ricos eran por una vida de lujo e injusticia. Por implicación, Santiago los acusó por no compadecerse de los pobres y por su falta de obras de caridad. **Habéis vivido en deleites sobre la tierra, y sido disolutos**, escribió Santiago. Su posesión de riquezas **[había] engordado [sus] corazones como en día de matanza**. Santiago acusó a los ricos de ser despiadados con los pobres; sin embargo, al mismo tiempo, la difícil situación de los pobres era sistémica. La injusticia no podía ser borrada únicamente con pequeños actos de caridad. Santiago no solo elogiaba a personas que realizaban actos individuales de bondad; dio a entender que era necesario cambiar el sistema para que los pobres pudieran recibir un trato justo.

Judíos más ricos tendían a pertenecer tanto a la clase mercantil como a la clase terrateniente. En Judea eran bastante común los terratenientes ausentes como para que Jesús contara parábolas sobre ellos sin necesidad de explicaciones. Contó una parábola sobre un terrateniente que «se fue lejos» y alquiló su tierra a arrendatarios (Mt 21.33). Otra parábola trataba de un amo que le dio la responsabilidad de llevar la contabilidad a uno de sus siervos (Mt 24.45).

Los ricos acusados por Santiago arrastraban a los cristianos ante los tribunales y blasfemaban el «buen nombre» por el que habían sido llamados (2.6, 7). Al parecer, eran partícipes de las comunidades a las que se dirigía Santiago en cuanto eran judíos, sin embargo, no estaban entre los que confesaban que Jesús era el Cristo de Dios.

Cuando Santiago se dirigió a los mercaderes ricos y luego a los terratenientes ricos, estaba separando dos formas en que los ricos hacían sus riquezas. Aquellos que obtenían riqueza en cualquiera de las formas estaban entre aquellos a quienes los cristianos pobres mostraban preferencia (2.2, 3), y estaban entre los que perseguían a los que eran «ricos en fe» (2.5). La carta de Santiago refleja la situación clásica en la que los pobres de una comunidad están más dispuestos a escuchar un mensaje nuevo que los ricos.

**Versículo 6.** La declaración **Habéis condenado y dado muerte al justo** sugiere tribunales (vea 2.6). Los ricos habían recurrido a procedimientos legales para mantener a raya a los pobres. Entre otras cosas, alguien que es «justo» es una persona vindicada ante los ojos de la ley. Es inocente; hace lo correcto. Se comete una injusticia cuando un «justo» es «condenado» y se le ha «dado a muerte» (*φονεύω*, *phoneuō*, «homicidio»). Santiago indicaba que los ricos podían hacer que los gobiernos actuaran contra cristianos inocentes. Usando sus posiciones privilegiadas para controlar las instituciones sociales, los ricos impedían que los pobres fueran partícipes de manera equitativa de los frutos de su labor. En efecto, era dar muerte a los pobres, sin embargo, puede que Santiago haya tenido algo más literal en mente. En algunos casos, es probable que los cristianos pobres hayan sido llevados a los tribunales por cargos falsos. En su inocencia, habían muerto. La misma palabra fuerte (*phoneuō*), con sus matices emocionales, se encuentra en 4.2. Los judíos cristianos seguían formando parte de comunidades judías más grandes, sin embargo, las tensiones estaban forzando una brecha. En poco tiempo, las comunidades cristianas ya no se considerarían parte de una comunidad judía más grande.

La frase final podría ser una declaración, y **él no os hace resistencia**, o una pregunta, «¿Acaso él os hace resistencia?». En cualquier caso, la frase constituye una adición extraña a la declaración anterior. Ambas traducciones asumen que el antecedente de «él» es «el pobre», sin embargo, hay otra posibilidad. Es posible que tengamos que volver a 4.6 para obtener el antecedente. En tal caso, deberíamos traducir las palabras finales como una pregunta retórica, «¿No te resiste Dios?». <sup>11</sup> La

---

<sup>11</sup> Ésta es la sugerencia de Luke Timothy Johnson, *The Letter of James (La carta de Santiago)*, The Anchor Bible, vol. 37A (New York: Doubleday, 1995), 305.

similitud del tema tanto aquí como en 4.6 hace que la sugerencia sea atractiva, sin embargo, es un largo camino para retroceder en la carta y poder descubrir que el sujeto del verbo es Dios. Es difícil entender por qué el autor habría esperado que sus lectores hicieran la asociación cuando podría haberse aclarado usando la palabra «Dios» en lugar del pronombre.

#### EXHORTACIONES FINALES (5.7–20)

Los lectores podrían estar seguros de que Santiago pretendía que su instrucción y exhortación específicamente fuera para aquellos judíos que habían confesado que Jesús era el Cristo cuando insertó los términos «hermanos» (4.11; 5.7, 9, 10), y «Hermanos míos» (1.2; 2.1, 14; 3.1, 10, 12; 5.12, 19), y «Amados hermanos míos» (1.16, 19; 2.5). Santiago regresó a un vocabulario cariñoso repetidamente durante la última parte de su carta. Al mismo tiempo, concluyó su carta resumiendo y extrayendo conclusiones apropiadas. El autor usó dos veces la palabra «Por tanto» (5.7, 16) para señalar las persuasiones que siguieron a partir de argumentos previamente hechos. Además, introdujo personajes del Antiguo Testamento con el fin de reforzar las conclusiones que había extraído. Algunas de sus exhortaciones al final de la carta se basan en lo que había escrito anteriormente, y algunas de ellas son una colección variada de observaciones y advertencias que se relacionan solo tangencialmente con el material anterior.

Los temas que son importantes al final convergen en torno a un conjunto de palabras: palabras como «paciencia», «sufrimiento» y «oración». La forma en que los cristianos han de vivir está teñida en todo momento por reflexiones sobre el final de los tiempos, el tiempo en que el Señor regresará. La paciencia es importante porque el final está cerca. Las persecuciones son tolerables porque serán de corta duración. La confesión y la oración son para el consuelo del cristiano mientras espera la aparición del Señor. Ni Santiago ni otros autores del Nuevo Testamento permitieron que la frustración y el temor evocados por el sufrimiento eclipsaran su esperanza. Santiago no vio la necesidad de especular sobre las señales que advertirían a la iglesia sobre Su inminente regreso. Como en todas partes del Nuevo Testamento, la escatología sirvió a la moral. Esperar pacientemente el regreso del Señor implicaba llevar vidas piadosas.

A lo largo de su carta, Santiago les había presentado dos temas generales a sus lectores.

Primero, quería que soportaran el sufrimiento con paciencia. Habían de esperar pruebas. No habían de repudiar a sus torturadores. En lugar de ello, habían de dejar la venganza al Señor. En segundo lugar, Santiago quería que la iglesia se ocupara de los suyos con bondad y respeto mutuo. Habían de observar «la ley real», amarse unos a otros (2.8). Un corolario de la ley real era que no habían de hacer acepción de personas para con el rico. Habían de hablar bien el uno del otro; habían de confesar sus pecados y orar unos por otros.

#### Tengan paciencia para la venida del Señor (5.7–11)

**<sup>7</sup>Por tanto, hermanos, tened paciencia hasta la venida del Señor. Mirad cómo el labrador espera el precioso fruto de la tierra, aguardando con paciencia hasta que reciba la lluvia temprana y la tardía. <sup>8</sup>Tened también vosotros paciencia, y afirmad vuestros corazones; porque la venida del Señor se acerca. <sup>9</sup>Hermanos, no os quejéis unos contra otros, para que no seáis condenados; he aquí, el juez está delante de la puerta. <sup>10</sup>Hermanos míos, tomad como ejemplo de aflicción y de paciencia a los profetas que hablaron en nombre del Señor. <sup>11</sup>He aquí, tenemos por bienaventurados a los que sufren. Habéis oído de la paciencia de Job, y habéis visto el fin del Señor, que el Señor es muy misericordioso y compasivo.**

**Versículo 7.** «Por tanto» (*oun*) es la palabra clave que une las partes finales de la carta de Santiago con lo anterior: **Por tanto, hermanos, tened paciencia.** El tema del juicio sobre los impíos (4.13—5.6) continúa; sin embargo, para sus lectores cristianos, Santiago anuló el hilo del juicio con su consuelo de unidad con el Señor. Cuando fueran confrontados con la opresión de los ricos mercaderes y terratenientes, y la de sus propios compatriotas, Santiago les recordó a los pobres que no tendrían que esperar mucho más. El final era inminente. Tanto los cristianos pobres como los ricos opresores vivían en los últimos días (5.3). Santiago exhortó a sus lectores a ser pacientes y esperar a que Dios actuara a Su debido tiempo. Mientras esperaban, habían de ser guiados por «la sabiduría que es de lo alto» (3.17). De manera similar, Pablo había instado a sus lectores en Romanos 12.17–21 a nunca buscar venganza contra sus torturadores. También para Santiago, la venganza era una prerrogativa de Dios. Los cristianos

habían de devolver bien por mal y esperar a que Dios diera fin a la presente era.

El día en que el Señor apareciera sería de manzanza para aquellos que habían «vivido en deleites sobre la tierra» (5.5); sin embargo, para Santiago y su familia espiritual, sería un momento para gozar de los frutos de su labor. Sobre todo, el autor instó a la paciencia de sus lectores. Si el Señor demoraba Su venida más allá del tiempo de la expectativa de ellos, habían de continuar con sus labores.

«Paciencia» en el uso griego y en nuestro idioma no es exactamente lo mismo. Las similitudes y diferencias entre las palabras en español y griego para «paciencia» les añaden elementos interesantes a las traducciones. Para la mayoría de los occidentales, la paciencia sugiere una respuesta pasiva y suave cuando prevalecen el caos y la incertidumbre. Aún así, no es un concepto del todo negativo. Una persona paciente mantiene la calma en medio de la confusión. Sin embargo, «paciencia» en nuestro idioma puede tener un sentido completamente diferente. A veces quiere decir perseverancia frente a las abrumadoras probabilidades. Al ser paciente, una persona aprende lo suficiente para ser concertista de piano. La paciencia en este sentido surge a menudo en los emprendimientos científicos. Gracias a que es paciente, un científico continúa hasta que encuentra el antídoto para un veneno, quizás, o para alguna temida enfermedad.

El griego tiene dos palabras diferentes para los dos conceptos en nuestro idioma. El sustantivo *hupomonē* quiere decir «persistencia». Santiago usó la palabra en 1.3, 4 y 5.11 («paciencia» en la Reina-Valera). Además, usó la forma verbal ὑπομένω (*hupomenō*, «resistir, perseverar») dos veces (1.12; 5.11). La segunda palabra, μακροθυμία (*makrothumia*), está más cerca de la idea de calma bajo estrés. Santiago usó la palabra en 5.10. La forma del verbo es μακροθυμέω (*makrothumeō*, «espera con calma»). Usó el verbo en 5.7 y 5.8. Si bien hay cierta superposición en las dos familias de palabras, Luke Timothy Johnson hizo bien en señalar que *makrothumia* es paciencia en un sentido más pasivo, mientras que *hupomonē* es más activo.<sup>12</sup> A la luz de lo anterior, el lector habría esperado que Santiago usara el verbo *hupomenō* en 5.7, 8. La paciencia que alentó el autor parece estar en el sentido activo de «persistencia». En cambio, Santiago usó *makrothumeō*. Quizás el uso por parte del autor de una forma en lugar de la otra

<sup>12</sup> Johnson, 312–13.

sea solo con fines estilísticos, sin embargo, quizás eligió *makrothumeō* por una razón. Es posible que Santiago haya estado instando a sus lectores a ser pacientes con Dios mientras Él determina cuándo llamará al mundo a juicio. Dicho en negativo, puede haber estado recordándoles a sus lectores que Dios actuará a Su manera y en Su tiempo. A ellos les correspondía servirle y esperar.

En algunos lugares de su carta, Santiago claramente usó «Señor» para referirse a Dios (3.9; 5.4, 10), sin embargo, es igualmente claro que en otros casos «Señor» quiere decir Jesús (1.1; 2.1). En algunos casos, no está claro si el autor quiso referirse a Dios el Padre o a Jesús el Hijo cuando escribió «Señor» (1.7; 4.10, 15; 5.11, 14). En este caso (5.7), hay pocas dudas. Santiago usó **Señor** con la palabra técnica que los cristianos habían adoptado para el segundo advenimiento, la palabra *parousia* (**venida**, «aparición»). Por lo tanto, en este contexto, «Señor» probablemente se refiere a Jesús. En la carta, Santiago usó la palabra *parousia* solo dos veces, en 5.7 y nuevamente en 5.8. Sería en la aparición de Jesús al final de esta era cuando los cristianos cosecharían los preciosos frutos de sus labores.

La imagen del terrateniente en 5.1–6 cambió a la del labrador. El propietario vivía en lujos; el labrador pobre esperaba las lluvias con paciencia. **Mirad cómo el labrador espera el precioso fruto de la tierra, aguardando con paciencia.** El autor veía a los terratenientes ausentes de manera negativa. En contraste, usó palabras cálidas para las personas que cultivaban la tierra con sus propias manos. La vida del labrador estaba en armonía con Dios, en contraste con el rico terrateniente que retenía el pago adeudado a los que laboraban en sus campos. Las metáforas agrícolas son comunes en la Biblia. Las riquezas a menudo estaban atadas a la tierra. La referencia a **la lluvia temprana y la tardía** no necesitaba más explicación para los lectores de Santiago. Los patrones climáticos peculiares de la gran Siria-Palestina normalmente traían lluvias en el otoño (tempranas) y primavera (tardías). Además, la primavera y el otoño estaban separadas por un verano abrasador y caluroso (1.11). Su uso de terminología apropiada para el Levante<sup>13</sup> parece ubicar al autor y sus primeros lectores dentro de la misma región agrícola general.

<sup>13</sup> «Levante» o «El Levante» es un término geográfico que se refiere a la costa oriental del Mar Mediterráneo y las islas cercanas. A veces se usa en referencia a los reinos de Israel, Amón, Moab, Judá, Edom y Aram.

**Versículo 8.** La expectativa del regreso del Señor les daba a los primeros lectores de Santiago fuerza para soportar la injusticia y la pobreza; también les daba paciencia para soportarse unos a otros. Por segunda vez, el autor utilizó un imperativo del verbo *makrothumeō* (**Tened [...] paciencia** o «sed sufridos»). Sin duda, Santiago y sus lectores creían que el regreso del Señor era inminente. La creencia en el inminente regreso del Señor ha sido fundamental para la doctrina cristiana desde la primera proclamación de que ha venido un Salvador. No es solo que regresará, sino también que regresará pronto (1ª Co 7.29; Fil 4.5; 1ª P 4.7; Ap 3.11; 22.7, 20). Hay una diferencia considerable entre creer que el Señor regresará en abstracto y esperararlo en cualquier momento. Vivir como cristiano conlleva una urgencia. El pecado no puede descartarse hasta que sea conveniente arrepentirse. El Señor está a la puerta.

Santiago instó a sus lectores, diciendo: **afirmad vuestros corazones**. El corazón es el asiento metafórico de las emociones, la mente y la voluntad. Santiago eligió otro imperativo, una forma de *στηρίζω* (*stērizō*, «estar comprometido interiormente, firmes»). Los cristianos habían de afrontar el futuro con una determinación firme. La obstinación no es algo malo cuando es aplicada a propósitos e ideales que Dios ha puesto en movimiento.

Ningún cristiano sabe cuándo regresará el Señor (Mt 24.36); sin embargo, mientras tanto, todo cristiano ha de vivir esperándole. Su venida está a la vuelta de la esquina. Los creyentes reciben fuerza para soportar la injusticia, y reciben poder para tener un corazón firme, perseverar, arrepentirse y transformar sus vidas por su confianza en que el Señor regresará.

Depende del Señor decidir precisamente cuándo la administración de Su universo requiere el fin de la era presente y el juicio de la humanidad; lo que al cristiano le corresponde es estar listo cuando llegue el momento. La **venida** [*parousia*] **del Señor se acerca**, dijo Santiago.

**Versículo 9.** Los creyentes han de evitar murmurar juicios unos contra otros. La palabra *στανάζω* (*stenazō*), que se traduce como **quejéis** en la Reina-Valera, se usa solo otras cinco veces en el Nuevo Testamento. La Reina-Valera la traduce como «gemimos» en Romanos 8.23 y 2ª Corintios 5.2, 4. En Marcos 7.34, el mismo verbo aparece cuando se dice que Jesús «gimió» cuando sanó a un hombre que era sordo y mudo. La única otra ocurrencia está en Hebreos 13.17. El autor instó a

los cristianos a llevar una vida piadosa para que los líderes de la iglesia pudieran rendir cuentas con gozo y no «quejándose». La palabra *stenazō* en Santiago 5.9 no es tan común ni tan colorida como la palabra *γογγύζω* (*gonguzō*, «quejarse»),<sup>14</sup> una palabra onomatopéyica que tiene su significado en su sonido, sin embargo, quiere decir aproximadamente lo mismo.

En 5.9, Santiago regresó a un tema analizado en 4.11, 12. No fue solo debido a la opresión de los ricos que los lectores de Santiago necesitaban paciencia. Las pruebas a lo interno del cuerpo suelen ser más sutiles que las que vienen de afuera, no obstante, son difíciles de soportar. Los chismes, las quejas y las murmuraciones pueden desanimar a los creyentes y privarles de vitalidad espiritual. Centrar la atención en las debilidades de quienes comparten la misma fe es un pasatiempo mortal. El hermano del Señor sugirió que a los cristianos les va bien cuando interpretan lo dicho por los demás de la mejor manera posible y soportan debilidades irritantes (Mt 7.1–5). Santiago parece haber estado diciendo algo parecido al «amor [que cubre] multitud de pecados» de Pedro (1ª P 4.8). Cuando los pecados son abiertos y manifiestos al mundo, la iglesia tiene que enfrentarlos. Los cristianos tienen que disciplinar a sus propios miembros (1ª Co 5.11), sin embargo, las irritaciones personales y las diferencias de juicio no han de ser objeto de chismes y quejas.

El que se queja contra otro puede ser objeto de juicio, sin embargo, ¿el juicio de quién? ¿Es el juicio de Dios o el juicio de aquellos contra quienes se ha quejado? La cláusula final del versículo sugiere que se está considerando el juicio de Dios. Santiago dijo: **he aquí, el juez está delante de la puerta**. La declaración es equivalente a «el Señor se acerca» (5.8). Una pregunta similar surge en el Sermón del Monte (Mt 7.1–3). ¿Se refiere al juicio de Dios o al juicio de hermanos y hermanas? Después de amonestar: «No juzguéis para que no seáis juzgados», Jesús continuó hablando de quitar una paja del ojo de un hermano mientras una viga estaba alojada en el propio. Aparentemente, el Señor quiso decir que la persona estrictamente crítica recibirá un juicio más estricto de parte de su prójimo.

Por segunda vez en esta sección, Santiago usó

<sup>14</sup> *Gonguzō* se usa ocho veces en el Nuevo Testamento (Mt 20.11; Lc 5.30; Jn 6.41, 43, 61; 7.32; 1ª Co 10.10 [dos veces]).

la palabra ἰδοὺ (*idou*, «he aquí»). Cuando aparece el Señor, Dios juzgará. «He aquí» subraya la certeza e inminencia del evento. Es una palabra común en el Nuevo Testamento; Santiago la había usado tres veces antes de 5.7–11 (3.4, 5; 5.4). La palabra es una interjección. Le dice al lector, «Note lo siguiente de cerca. Vea cómo subraya el asunto en cuestión». Los traductores a veces descartan la palabra, juzgando que contribuye poco al significado en nuestro idioma. En 5.7, Santiago escribió: «Mirad cómo el labrador espera...». La espera del agricultor es análoga a la forma en que los creyentes han de esperar la recompensa de sus esfuerzos. Al usar «he aquí» en 5.9, el autor enfatizaba que nadie está en posición de juzgar el corazón y los motivos de los demás. El Señor, el Juez, está a la puerta. Deje que Él juzgue. «He aquí» se usa por tercera vez en 5.11.

**Versículo 10.** De una manera general, Santiago apeló a la paciencia, es decir, a la longanimidad de los profetas. Al igual que los lectores de Santiago, Dios comisionó a los profetas para que continuaran en sus tareas, no solo cuando confrontaran la idolatría entre los no israelitas, sino también cuando enfrentaran la indiferencia u oposición de sus compatriotas. Como ejemplo **de aflicción y de paciencia**, Santiago instó a sus lectores a considerar **a los profetas que hablaron en nombre del Señor**.

Serán útiles tres breves observaciones sobre el pasaje. Primero, «aflicción» y «paciencia» no son términos estrictamente paralelos. Para usarlos juntos, Santiago recurrió a una figura retórica llamada «hendíadis». Por ejemplo, se podría describir un banquete de reyes diciendo: «Bebieron de copas y oro». Es una forma colorida para decir «copas de oro». De manera similar, Santiago usó un segundo sustantivo para que funcionara como un adjetivo, dando el significado resultante «aflicción paciente». Para el intérprete es fundamental tener una idea de la forma en que el lenguaje emplea las hendíadis y otras figuras retóricas. Ni la paciencia ni el sufrimiento implican necesariamente el otro, sin embargo, la paciencia es con frecuencia un ingrediente que ayuda a una persona a afrontar bien su aflicción.

En segundo lugar, «paciencia» en este contexto quiere decir un comportamiento firme y constante frente a cualquier dificultad que pueda surgir. No supone indiferencia pasiva.

En tercer lugar, la referencia a «profetas» no quiere decir necesariamente profetas del Antiguo Testamento. Es cierto, por supuesto, que las difi-

cultades de profetas como Isaías, Jeremías, Amós y Miqueas fueron legendarias. Sin embargo, los profetas fueron parte de la compañía que llevó el evangelio al mundo grecorromano. También soportaron dificultades. Judas y Silas, por ejemplo, fueron profetas que acompañaron a Pablo y Bernabé a Antioquía (Hch 15.32). Silas acompañó a Pablo en su segunda gira de predicación (Hch 15.40, 41). Pablo testificó de la importancia de la obra de los profetas en la iglesia (1ª Co 12.28; Ef 4.11). Si «Señor» en la frase «los profetas que hablaron en nombre del Señor» quiere decir el Señor Jesús, los profetas que Santiago tenía en mente podrían haber sido hombres inspirados que hablaron por Cristo en las iglesias (1ª Co 14.3).

**Versículo 11.** Al igual que Jesús (Mt 5.10), Santiago pronunció una bendición sobre aquellos que sufrían persecución. El paralelo entre el cristiano y el labrador es que ambos no esperaban recompensas inmediatas. Cada uno esperaba pacientemente, en el primer caso el regreso del Señor, y en el segundo, la producción de grano o fruto en los campos. La eficacia de la ilustración no disminuye porque el labrador normalmente no sufre mientras espera. Por tercera vez, Santiago pidió a sus lectores que prestaran atención usando la interjección «He aquí» (5.7, 9, 11). **He aquí, tenemos por bienaventurados a los que sufren**, dijo. La palabra que se traduce como «sufren» es ahora la palabra más activa *hupomenō* («perseverar, mantenerse firme, persistir»).

Santiago pasó de la idea de resistir constantemente los errores al concepto relacionado de una resistencia obstinada. Escribió: **Habéis oído de la paciencia de Job**. Job no fue «paciente», si con la palabra se refiere a una aceptación tranquila y resuelta de los juicios del Señor. Sus quejas fueron estridentes y sus llamados a la justicia eran persistentes (vea, por ejemplo, Job 16.12; 19.7). Job se quejó, sin embargo, también se mantuvo firme. Nunca abandonó su integridad. El nombre de Job aparece solo aquí en Santiago en el Nuevo Testamento, aunque el Libro de Job se cita o alude varias veces en otros lugares.<sup>15</sup>

Es difícil saber cómo quería Santiago que sus lectores entendieran la declaración **habéis visto el fin del Señor**. El autor luego agregó: **el Señor es muy misericordioso y compasivo**.

Quizás hemos de tomar las palabras como una

---

<sup>15</sup> Por ejemplo, Job 5.13 se cita en 1ª Corintios 3.19, y la esencia de Job 41.11 se encuentra en Romanos 11.35.

explicación de la bienaventuranza pronunciada en las palabras iniciales, «Bienaventurados los que perseveran [...] porque el Señor es compasivo y misericordioso». Siendo ese el caso, «el fin del Señor» es paralelo a «la paciencia de Job». Cada uno siguió su curso respectivo; cada uno confiaba en que Dios cumpliría Su voluntad y reivindicaría los propósitos sobre los que cada uno había afirmado su vida.

Otra posibilidad es que las palabras «fin del Señor» se refieran al propósito de Dios. Cuando la terrible experiencia de Job llegó a su fin, Dios tenía la intención de devolverle al patriarca todo lo que había perdido. Los lectores de Santiago sabían que los propósitos de Dios se cumplieron cuando actuó con compasión y misericordia restaurándole a Job su prosperidad anterior. La compasión y la misericordia de Dios son recordatorios de 1.5, a saber: el Dios que da sin reproche.

Otra posibilidad más es que «el Señor» en ambos casos se refiere a Jesús. El fin del Señor será Su regreso en juicio, una aparición donde Su compasión y misericordia serán evidentes.

Es difícil decidir entre estas tres posibilidades, sin embargo, «la paciencia de Job» y «el fin del Señor» parecen ser en cierto sentido paralelos. La primera de las posibilidades es el significado probable.

### **Hablar con sinceridad; los juramentos son innecesarios (5.12)**

**<sup>12</sup>Pero sobre todo, hermanos míos, no juréis, ni por el cielo, ni por la tierra, ni por ningún otro juramento; sino que vuestro sí sea sí, y vuestro no sea no, para que no caigáis en condenación.**

**Versículo 12.** A pesar de la palabra de conexión *δέ* (*de*, «y, pero»), no es evidente ninguna conexión entre la idea de este versículo y la del anterior. A pesar de eso, a los comentaristas se les ha dificultado mucho encontrar una conexión. En medio de amonestaciones sobre la perseverancia, el autor escribió: **Pero sobre todo, hermanos míos, no juréis, ni por el cielo, ni por la tierra, ni por ningún otro juramento.** La prohibición de jurar parece ser una idea interpuesta al azar, una técnica no infrecuente en la literatura sapiencial o en la carta de Santiago.

Si bien hacer un voto es un acto verbal, la similitud de pensamiento entre 5.12 y otras advertencias que tienen que ver con el habla (1.26;

3.1–12) es leve. Más que el control de la lengua, un tema urgente en la carta, en 5.12 a Santiago le preocupaba la integridad del cristiano. Sin trucos ni engaños, les mandó a los creyentes que dijeran la verdad. El autor no citó a Jesús directamente aquí ni en ningún otro lugar de la carta, sin embargo, sí incorporó las palabras de Jesús con frecuencia. De todas las alusiones a las declaraciones de Jesús, el presente versículo es el que más se acerca a ser una cita palabra por palabra (Mt 5.34–37). Si lo hubiera precedido con «Como dijo el Señor», o palabras en ese sentido, la cita directa seguramente habría agregado autoridad adicional a su mandamiento.

Como Jesús, Santiago prohibió los juramentos. En la ley de Moisés, no hay prohibición contra prestar juramentos. La preocupación de Moisés era que se hicieran juramentos en el nombre de Yahvé, no en otro dios (Dt 6.13; vea Sal 63.11). Además, el dador de la ley dejó claro que, si se hace un juramento en el nombre de Yahvé, no hacer lo que él o ella prometió era provocar la ira de Dios. Tomar el nombre de Dios en vano era un asunto serio.

Las responsabilidades vinculadas al uso del nombre de Dios podrían haberse extendido incluso a las abstracciones. Por ejemplo, si un israelita maltrataba a una persona pobre e indefensa, ese acto impío podría haber sido incluido bajo el título de tomar el nombre de Dios en vano. Llevar el santo nombre de Dios, sea como israelita o cristiano, quiere decir adoptar una forma de vida digna de Él. Reducir el uso del nombre de Dios a un juramento verbal es trivializar al Dios de la creación.

Una consideración adicional es que la prohibición de tomar el nombre de Dios en vano se había convertido, para algunos, en una licencia para mentir. Si se falla en afirmar la verdad de lo que se dijo invocando el nombre de Dios, se suponía que se tenía la libertad de engañar al prójimo. No todos los judíos, por supuesto, consideraban que honrar a Dios era solo una cuestión de adoptar una fórmula de juramento, sin embargo, algunos lo hicieron así. Jesús parece haberse enfrentado a tal mentalidad en Mateo 5.34–37. Si bien los votos y los juramentos no estaban prohibidos por la Ley, había cierto aprensión en ellos. Los sabios entre los judíos se dieron cuenta de que confiar en los juramentos para confirmar la palabra expresada podía conducir a la deshonestidad. Ben Sirach, por ejemplo, advirtió contra hacer juramentos de manera perpetua. Hacerlo invitaba la ira de Dios.<sup>16</sup>

<sup>16</sup> Eclesiástico 23.7–11 (NAB).

En lugar de hacer juramentos, Santiago amonestó la veracidad por parte de aquellos que poseían el nombre de Cristo. La veracidad tiene un valor inherente a sí misma. Decir la verdad era una cuestión de principios. El autor dijo: ... **que vuestro sí sea sí, y vuestro no sea no, para que no caigáis en condenación.** La integridad del cristiano estaba en juego. Una afirmación dada no tenía más probabilidades de ser verdad si un creyente garantizaba su verdad jurando por los cielos que si simplemente decía «Sí» o «No». «... que vuestro sí sea sí, y vuestro no sea no». No se es una persona íntegra porque se haya articulado hábilmente la fórmula correcta; la integridad del creyente es parte de su carácter.

A juzgar por el uso mismo, es poco probable que Jesús o Santiago hubieran prohibido una afirmación solemne para decir la verdad cuando el contexto era apropiado. En muchas ocasiones, por ejemplo, Pablo pidió a Dios que garantizara la verdad de lo que decía. A los romanos les dijo: «Porque testigo me es Dios, a quien sirvo en mi espíritu [...] de que sin cesar hago mención de vosotros siempre en mis oraciones» (Ro 1.9). En otra parte escribió: «Mas yo invoco a Dios por testigo sobre mi alma, que por ser indulgente con vosotros no he pasado todavía a Corinto» (2ª Co 1.23). Afirmaciones similares ocurren en otros pasajes (2ª Co 11.11; Ga 1.20; Fil 1.8; 1ª Ts 2.5, 10). Jesús mismo parece haber afirmado el juramento que le impuso el sumo sacerdote (Mt 26.63, 64).

Si pedirle a Dios que garantice la verdad de lo que se dice es aceptable, ¿por qué Jesús y Santiago prohibieron hacer juramentos? Aparentemente, querían enfatizar que para alguien que dice la verdad como cuestión de práctica, prestar juramento es innecesario. Tanto Jesús como Santiago exigieron que los cristianos fueran personas de tal integridad que nunca se les ocurriera mentir. Aquel que encuentra menos importante decir la verdad cuando no ha invocado el nombre de Dios, cae «en condenación». Pedirle a alguien que preste juramento, fuera del marco estrictamente formal de la sala de un tribunal, es sugerir que hay alguna razón para dudar de él. Santiago y Jesús se refirieron a la interacción diaria entre las personas cuando prohibieron hacer juramentos.

Probablemente no haya una aplicación directa de este versículo ni de Mateo 5.34–37 a la práctica moderna en un tribunal de justicia de afirmar que se está diciendo la verdad. Algunos que se sienten incómodos diciendo «Lo juro...» reemplazan esas

palabras con «Afirmo solemnemente...». Sin embargo, ambas declaraciones son del mismo tipo. Requerir tales palabras buscan una fórmula en lugar de basar la verdad en el carácter.

### **La oración sustenta la determinación cristiana (5.13–18)**

La insistencia de Santiago en que el comportamiento cristiano (hablar con sinceridad) está incrustado en nuestra integridad probablemente conduce a la última parte de la carta. La oración, la petición, el canto, la adoración, la confesión y todos esos asuntos tienen que surgir del corazón del cristiano. Son el producto de haber nacido de nuevo del agua y el Espíritu (Jn 3.5; 1ª P 1.22, 23). Seguramente Pablo estaba hablando de la misma transformación espiritual cuando escribió: «Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva» (Ro 6.4). La transformación espiritual, no la adherencia a las palabras de la fórmula y los juramentos, explica el comportamiento de un seguidor del Cordero de Dios. Las complejidades de ser cristiano requieren el compromiso de los creyentes como socios responsables con Dios para que un creyente «[ande] en vida nueva» (Ro 6.4).

La coyuntura del sufrimiento y la humilde sumisión a la voluntad de Dios introduce uno de los conceptos más difíciles y profundos con los que luchan los cristianos. Los estudiantes de la Biblia le han dado un nombre al concepto. La palabra técnica para el estudio de la justicia y la bondad de Dios en los asuntos humanos en relación con la existencia del mal en el mundo se ha denominado «teodicea». Santiago introdujo asuntos relevantes para la teodicea en la última parte de su carta. Es un tema que surge en Génesis 3, en las experiencias de Job, en varios de los Salmos y en el Nuevo Testamento. De una forma u otra, el tema se encuentra detrás de una gran cantidad de enseñanzas bíblicas. La carta romana es una demostración de que Dios ha mantenido Su bondad frente al pecado, la maldad y el sufrimiento enviando un Salvador en la persona de Su Hijo. Visto de esta manera, Romanos resuelve la cuestión de la teodicea.

Durante el curso del ministerio de Jesús, la teodicea entra explícitamente en la narración en dos ocasiones. En un momento dado, los que estaban con Jesús plantearon un asunto que les había preocupado. Mientras algunos galileos habían

estado adorando a Dios, el gobernador romano Pilato los había masacrado; mezcló su sangre «con los sacrificios de ellos» (Lc 13.1). ¿Cómo podría un Dios bueno permitir que eso sucediera? Quizás estos galileos en particular habían albergado pecados secretos. Quizás Dios hizo justicia cuando permitió, o incluso predeterminó, que Pilato les diera muerte. Conociendo sus pensamientos, Jesús respondió: «¿Pensáis que estos galileos, porque padecieron tales cosas, eran más pecadores que todos los galileos? Os digo: No; antes si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente» (Lc 13.2, 3). Jesús rechazó implícitamente la noción de que el sufrimiento en los asuntos humanos constituía el largo brazo de justicia de Dios en acción. Independientemente de cómo habían de resolverse las interrogantes de la teodicea, declaró Jesús, esta no era la forma. El Libro de Job afirma lo mismo.

En otra ocasión, Jesús y Sus discípulos caminaban por las calles de Jerusalén cuando se encontraron con un ciego. Los discípulos le hicieron una pregunta a Jesús. «Rabí», le preguntaron, «¿quién pecó, éste o sus padres, para que haya nacido ciego?». Jesús respondió: «No es que pecó éste, ni sus padres». Su sufrimiento fue por una razón diferente. Era «para que las obras de Dios se manifiesten en él» (Jn 9.2, 3). La teodicea gira en torno a la interrogante de cómo puede ser Dios todopoderoso y todo bueno al tiempo que existe el mal en el mundo. Los escépticos han sostenido que si Él es *todo* poderoso, Dios podría haber creado cualquier tipo de mundo que Él eligiera; podría haber hecho uno donde la justicia perfecta y la bondad perfecta coexistieran. El hecho de que no lo hizo así quiere decir que no es todopoderoso o que no es del todo bueno. Los desafíos de la teodicea presentan serias preguntas para los creyentes. Cualquiera que no vea su enormidad simplemente no comprende los problemas. Los incrédulos han sacado provecho del tema desde mucho atrás en la historia.

Santiago y sus lectores sabían que las personas que han puesto su fe en Dios continuaban sufriendo de todas maneras. Además del sufrimiento debido a enfermedades y accidentes que siempre han asolado la raza humana, parte de su sufrimiento es consecuencia directa de su conversión al cristianismo. Para Santiago, la confesión y la oración contribuían en gran medida a resolver los problemas planteados por la teodicea. A Dios le interesa Su pueblo; responde la oración. El sufrimiento humano está relacionado de alguna

manera con el pecado, sin embargo, la ecuación directa del pecado individual con el sufrimiento individual es errónea.

<sup>13</sup>¿Está alguno entre vosotros afligido? Haga oración. ¿Está alguno alegre? Cante alabanzas. <sup>14</sup>¿Está alguno enfermo entre vosotros? Llame a los ancianos de la iglesia, y oren por él, ungiéndole con aceite en el nombre del Señor. <sup>15</sup>Y la oración de fe salvará al enfermo, y el Señor lo levantará; y si hubiere cometido pecados, le serán perdonados. <sup>16</sup>Confesaos vuestras ofensas unos a otros, y orad unos por otros, para que seáis sanados. La oración eficaz del justo puede mucho. <sup>17</sup>Elías era hombre sujeto a pasiones semejantes a las nuestras, y oró fervientemente para que no lloviese, y no llovió sobre la tierra por tres años y seis meses. <sup>18</sup>Y otra vez oró, y el cielo dio lluvia, y la tierra produjo su fruto.

**Versículo 13.** Estas palabras introducen el comentario más extenso sobre la oración en Santiago, aunque el tema se ha analizado desde 1.5–8. **¿Está alguno entre vosotros afligido? Haga oración.** El sufrimiento podría ser el resultado de circunstancias externas provocadas por la interacción con otros o por accidentes de la naturaleza. Si bien hay más en la oración que pedir ayuda y hacer peticiones, la oración también sirve ese propósito. Llevar nuestras necesidades a Dios es confesar que Él es el Señor de la creación. Él puede lograr lo que desee. Además, la oración frente al sufrimiento es confesar que Dios responde a las peticiones que le hace Su pueblo.

La oposición a los cristianos puede provenir de la sociedad que los rodea, de familiares o conocidos, o incluso de quienes son cristianos. Si los creyentes no tienen cuidado, pueden caer víctimas de la autocompasión. Al tiempo que tenía en cuenta el sufrimiento, Dios ha dejado claro que la vida que prescribe es una vida de bondad y gozo. Moisés le dijo a Israel que el pueblo debía guardar los mandamientos de Dios para «que vivas y seas multiplicado, y Jehová tu Dios te bendiga» (Dt 30.16). Pablo declaró que el fruto del Espíritu incluye «amor, gozo, paz» (Ga 5.22). Santiago preguntó: **¿Está alguno alegre? Cante alabanzas.** En gran medida, la vida cristiana está marcada por el gozo y la alegría. Cuando todo va bien, los buenos tiempos ofrecen ocasiones para alabar a Dios.

«Cantar alabanzas» traduce la palabra griega ψάλλω (*psallō*). El mismo verbo se traduce como

«cantando» en Efesios 5.19. Algunos han sostenido que la palabra quiere decir cantar con el acompañamiento de un instrumento de cuerda. En la LXX (c. 250 a.C.), la palabra, de hecho, tiene con frecuencia esa connotación. Sin embargo, para el período del Nuevo Testamento, su significado había cambiado. Patrick J. Hartin, un erudito católico romano, reflejó un consenso cercano entre los estudiantes de la lengua griega en el período del Nuevo Testamento cuando escribió: «Con el paso del tiempo, la conexión con un instrumento musical disminuyó y la palabra se usó para designar la voz humana o el corazón humano que canta alabanzas a Dios sin ningún acompañamiento».<sup>17</sup> Durante siglos, las iglesias cantaban alabanzas sin acompañamiento instrumental, como indica el término latino *a cappella* («de acuerdo a la manera de la iglesia»).

**Versículo 14.** Los accidentes y las enfermedades son aflicciones comunes para la humanidad, se haya o no encontrado redención en Jesucristo. Los cristianos antiguos y modernos a veces tienden a creer que Dios tiene el deber de proteger a Su pueblo del sufrimiento en el que incurren los pecadores, los no creyentes. Los juicios a los que se enfrentaban los destinatarios de Santiago (1.2) incluían pruebas forzadas sobre ellos desde fuera de su comunidad, sin embargo, los juicios también incluían las adversidades de la vida. Santiago no se tomó el tiempo para sostener lo obvio: Vestirse de Jesús no nos elimina las dificultades que soportan todas las personas. Sin embargo, los cristianos que padecían enfermedades no estaban en la misma posición que los no creyentes. El cristiano tenía el recurso de la oración. Cuando Santiago hizo la pregunta **¿Está alguno enfermo entre vosotros?** la respuesta era relevante para la relación del cristiano con el Dios que señorea sobre todos los asuntos terrenales.

Cuando los creyentes se enfermaban o estaban tratando de recuperarse de un accidente, habían de **[llamar] a los ancianos de la iglesia**. En lugar de «ancianos», alguien que había leído 1<sup>a</sup> Corintios podría haber esperado que Santiago animara a sus lectores a llamar a un creyente que había recibido el poder de «dones de sanidad por el mismo Espíritu» (1<sup>a</sup> Co 12.9, 28). El Nuevo Testamento indica que ser elegido como anciano implicaba la responsabilidad de guiar a los miembros de una

iglesia por caminos piadosos. Como observó el escritor de Hebreos acerca de los líderes espirituales, «ellos velan por vuestras almas» (He 13.17). La Biblia no da ninguna indicación de que ser elegido como anciano necesariamente, o incluso con regularidad, incluye el poder milagroso de sanar. Los cristianos judíos a los que se dirigió Santiago aparentemente adoptaron la terminología judía al llamarles «ancianos» a sus líderes. Santiago no los llamó «obispos» (Fil 1.1; 1<sup>a</sup> Ti 3.2) ni «pastores» (Ef 4.11), aunque las formas de los tres términos se usan indistintamente en otros lugares (Hch 20.17, 28; 1<sup>a</sup> P 5.1, 2).

Algunos cristianos del período del Nuevo Testamento, incluidos apóstoles como Pablo, fueron dotados milagrosamente por el Espíritu para sanar. Pedro y Juan, por ejemplo, sanaron a un cojo en el recinto del templo (Hch 3.6, 7); sin embargo, no todas las sanidades de enfermedades fueron milagrosas, incluso en el Nuevo Testamento. Dios fue parte de la recuperación de cualquier manera. Pablo dijo que su compañero Epafrodito «estuvo enfermo, a punto de morir; pero Dios tuvo misericordia de él» (Fil 2.27). Se recuperó, sin embargo, Pablo no dio indicios de que lo había sanado milagrosamente, le había puesto las manos encima, lo había ungido con aceite o algo por el estilo. Sin embargo, fue Dios quien tuvo misericordia de él.

¿Sugirió Santiago que se llame a los ancianos para que puedan realizar un milagro y sanar al enfermo? Incluso cuando el autor dijo en el siguiente versículo que «la oración de fe salvará al enfermo», no señaló ningún milagro. Cada vez que un cristiano se recupera de una enfermedad o accidente, la oración y las bendiciones de Dios podría ser parte del proceso de recuperación. La oración por recuperación siempre está dentro de los límites de la voluntad de Dios (1<sup>a</sup> Jn 5.14). A veces, la persona enferma no se recupera; sin embargo, la oración es ofrecida con fe en que Dios es capaz y que, de acuerdo con Su voluntad, entrará en la historia humana y sanará. Santiago no parece ofrecer ninguna garantía de que los ancianos en todos los casos llevarán a la persona enferma a recuperarse. Santiago instó a que se llamara a los ancianos, no porque Dios favorezca sus oraciones, sino porque el conocimiento, experiencia y guía espiritual de ellos pueden ser de ayuda en tiempos de crisis personal. Nuestra relación con Dios es siempre una preocupación cuando una enfermedad grave amenaza la vida. La presencia de líderes espirituales es un consuelo, sin embargo, no es

<sup>17</sup> Patrick J. Hartin, *James (Santiago)*, Sacra Pagina Series, vol. 14 (Collegeville, Minn.: Liturgical Press, 2003), 266.

más probable que Dios escuche la oración de un anciano que la oración de cualquier cristiano fiel.

Los ancianos han de orar por el enfermo, **ungiéndole con aceite en el nombre del Señor**. ¿Tiene la unción con aceite algo que ver con la respuesta de Dios a la oración? La palabra que se traduce como «aceite» es ἔλαιον (*elaion*). Los ancianos no han de ungir con cualquier aceite, sino con «aceite de oliva». El aceite de oliva y la recuperación de enfermedades están asociadas en otras partes de la Biblia. Marcos dice que cuando Jesús envió a los Doce y les dio «autoridad sobre los espíritus inmundos», «echaban fuera muchos demonios, y ungían con aceite a muchos enfermos, y los sanaban» (Mr 6.7, 13). Podría decirse que la unción con aceite era parte integral de la sanidad, sin embargo, el versículo podía leerse de otra manera. En todo caso, en la parábola de Jesús cuando el samaritano encontró a un hombre golpeado, sofocado por el calor con magulladuras y heridas endurecidas, derramó aceite y vino sobre las heridas (Lc 10.34). No se estaba gestando ninguna sanidad milagrosa. El aceite tenía cualidades medicinales. Fuentes judías y gentiles dan fe de los poderes medicinales del aceite de oliva.<sup>18</sup>

Seguramente Santiago no quería que sus lectores entendieran que había algún poder espiritual infundido en los enfermos por medio del aceite de oliva. Santiago difícilmente habría pensado en el aceite de oliva en términos de sus poderes mágicos. El aceite suavizaría la piel dura de las heridas y tiene un efecto calmante en el cuerpo de otras formas. El hecho de que la unción fuera «en el nombre del Señor» no indica que Santiago esperaba que Dios interviniera milagrosamente y sanara. Todo lo que hace el cristiano ha de ser «en el nombre del Señor» (Col 3.17). La unción ha de ser en el nombre del Señor porque Él puede sanar, porque Él es soberano en asuntos donde los humanos están indefensos. Santiago parecía estar diciendo que los ancianos deben hacer todo lo posible para brindar tratamiento médico a los enfermos y, además, deben ofrecer súplicas al Señor, quien es el Sanador supremo.

Sólo una vez en su carta Santiago usó la palabra «iglesia» (*ekklēsia*). Desde la perspectiva del enfermo, los ancianos habrían sido obispos de la iglesia de la que él era miembro. No había

---

<sup>18</sup> Laws enumeró una serie de fuentes antiguas en las que se entendía que el aceite de oliva tenía cualidades curativas. (Laws, 227.)

ancianos independientes en las iglesias del Nuevo Testamento, con la posible excepción de Pedro (1ª P 5.1). Incluso Pedro podría haberse entendido a sí mismo como un anciano en Jerusalén o en la iglesia romana. Santiago se refirió a la «iglesia» en un sentido abstracto. «Iglesia» quiere decir «asamblea», sin embargo, el autor no tenía en mente una asamblea. Los primeros discípulos se veían a sí mismos como parte de las iglesias porque se reunían regularmente para adorar. Con el tiempo, el término se usó para el cuerpo de creyentes, sea que estuvieran reunidos o no. Después de eso, la palabra «iglesia» pasó a ser utilizada para la gran compañía de creyentes dondequiera que vivieran, sin ninguna referencia particular a la asamblea.

Santiago usó «iglesia» para el cuerpo local de creyentes, sea que estén reunidos o no. La estrecha asociación de las iglesias con las comunidades judías en las que vivían es evidente cuando Santiago se refirió a la iglesia reunida como una *sunagōgē* (que se traduce como «congregación» en 2.2). La intercambiabilidad de los términos «iglesia» y «congregación [“sinagoga”; NASB]» probablemente da testimonio de la fecha temprana de la carta (vea comentarios sobre 2.2a). El hecho de que Santiago esperaba que las iglesias tuvieran ancianos puede decir algo sobre el tiempo que habían existido, aunque no siempre era el caso que se requiriera un largo período antes de que se nombraran ancianos. Cuando Pablo y Bernabé nombraron ancianos en las iglesias de Galacia (Hch 14.23), los ancianos no podrían haber sido cristianos por mucho tiempo.

Es difícil decir si la palabra «Señor» en 5.14, 15 es una referencia a Jesús o a Dios el Padre. En la mayoría de las catorce apariciones de «Señor» en Santiago, la palabra parece referirse a Dios. Las excepciones están en 1.1; 2.1 y 5.7, 8. En ninguna de las apariciones de la palabra excepto en 1.1 y 2.1 se refiere inequívocamente a Jesús. Las dos referencias explícitas (1.1; 2.1) permiten la posibilidad de que «en el nombre del Señor» en 5.14 quiere decir «en el nombre de Jesucristo». Apoyando esa conclusión está la referencia al «buen nombre que fue invocado sobre vosotros» (2.7). El «buen nombre» es aparentemente el nombre del Cristo.

**Versículo 15.** Santiago les aseguró a sus lectores que Dios no era indiferente a sus sufrimientos. **Y la oración de fe, dijo, salvará al enfermo.** Para enfatizar el punto, el autor agregó: **y el Señor lo levantará.** Que el enfermo por quien oraran los ancianos fuera restaurado y levantado se refiere

al mismo evento. El Señor resucitará a los muertos cuando regrese (Jn 5.28, 29); sin embargo, la promesa de Santiago de que Dios levantara al enfermo no se relaciona con el último día, el fin de los tiempos.

¿Quiso decir Santiago que en todos los casos la persona enferma por la que oraban los ancianos se recuperaría? Hacer tal argumento sería sostener que es posible evadir la muerte. Es poco probable que Santiago hubiera sostenido esa idea. La afirmación de Santiago es doble: 1) Dios tiene en Sus manos la soberanía sobre los asuntos humanos. Puede extender la vida de alguien que hubiere muerto si no hubiera habido oración. 2) Dios escucha las oraciones de los que le invocan. La oración tiene peso en la vida de las personas. El futuro no está oculto gracias al gobierno soberano de Dios.

Cuando Santiago aseveró que «la oración [...] salvará al enfermo», parece haber estado afirmando que era cierto en la medida en que concuerde con la voluntad divina y misteriosa de Dios. Detrás de la oración de fe de los ancianos u otros creyentes fieles está la confianza de que Dios actúa sobre la base de las oraciones que escucha. Santiago no alegó que se pueda repetir una fórmula mágica con el resultado de que Dios pueda ser manipulado. Dios no será puesto en una posición en la que no pueda hacer nada más que sanar. En última instancia, las personas mueren físicamente, independientemente de las oraciones que se ofrezcan por ellas. Santiago no ofreció ninguna garantía de que la sanidad siempre llegará a aquel por quien se ofrecen oraciones. Su garantía es que Dios escucha y que Dios puede sanar.

Si Santiago se hubiera limitado a la oración, el pasaje habría sido sencillo, sin embargo, su declaración adicional **y si hubiere cometido pecados, le serán perdonados**, coloca otro giro inesperado en su mensaje. Parece que Santiago entendía que había una conexión entre la enfermedad que padecía un creyente y los pecados que había cometido. Para Santiago, la relación entre el pecado y el sufrimiento, a primera vista, parece ser tan universalmente aplicable como la promesa de que la oración es eficaz. ¿Entendía Santiago, a diferencia de Jesús (Lc 13.2, 3; Jn 9.2, 3), el sufrimiento individual como el resultado de pecados específicos cometidos por la persona enferma?

La relación entre el sufrimiento individual y los pecados que la víctima había cometido tiene muchas ramificaciones. En algunos casos, la conexión entre el sufrimiento y el pecado es innegable.

Por ejemplo, en el caso de un paralítico, Jesús perdonó pecados en el camino a la sanidad física (Mt 9.2–8; Mr 2.3–12). En otra ocasión, instruyó a quien fue sanado: «No peques más, para que no te venga alguna cosa peor» (Jn 5.14). En el Antiguo Testamento, el rey Ezequías en un momento estuvo bajo sentencia de muerte. Gracias al arrepentimiento y oración de ellos, Dios agregó quince años a Ezequías. El rey escribió una oración de alabanza y acción de gracias después de haber sido sanado. En ella agradeció a Dios por llevarlo a reconocer los pecados e inspirarlo a apartarse de ellos: «He aquí, amargura grande me sobrevino en la paz, mas a ti agradó librar mi vida del hoyo de corrupción; porque echaste tras tus espaldas todos mis pecados» (Is 38.17).

Si bien el ejemplo de Ezequías demuestra que los pecados de las personas y sus sufrimientos a veces se relacionan, en el mejor de los casos es precario emitir el juicio universal en cuanto que los sufrimientos de las personas y sus pecados siempre están directamente relacionados. La elocuente defensa de Job de su propia justicia demuestra el error de la suposición detrás de las preguntas de Elifaz:

Recapacita ahora; ¿qué inocente se ha perdido?  
Y ¿en dónde han sido destruidos los rectos?  
(Job 4.7).

De hecho, la historia está repleta de ejemplos en los que los inocentes han sufrido. El amigo de Job se equivocó. Cuando Santiago agregó la frase condicional «si hubiere cometido pecados», no afirmó que el sufrimiento de un individuo pudiera explicarse por pecados específicos que había cometido.

Santiago no hizo una declaración inequívoca en el sentido de que el sufrimiento físico sea resultado directo de pecados personales. Los discípulos parecen haber pensado que ese era el caso cuando le preguntaron a Jesús: «¿Quién pecó, este o sus padres...?» (Jn 9.2). Santiago no dijo: «Los pecados del enfermo han provocado su sufrimiento. Cuando Dios lo sane, también lo perdonará». Más bien, Santiago escribió de manera condicional: «Si hubiere cometido pecados...». Santiago solo dejó abierta la posibilidad de que los sufrimientos del enfermo eran el resultado de pecados personales que había cometido.

Santiago parecía decir que la enfermedad no es una indicación necesaria de pecado; sin embargo, en los casos en que la persona enferma tiene pecados no perdonados, Dios puede traer y traerá

sanidad espiritual junto con la sanidad física. Santiago vivía en un mundo donde a menudo se asumía la influencia directa de los pecados de una persona en sus sufrimientos. Esta comprensión del sufrimiento sigue siendo una opinión común *de facto* en el mundo actual. El autor de Santiago aparentemente no quería tomarse el tiempo para explorar las implicaciones de tal punto de vista, sin embargo, estaba dispuesto a reconocer la posibilidad de que el pecado pudiera traer sufrimiento. Basta con considerar el sufrimiento auto infligido de un alcohólico o un adicto a las drogas para saber que tenía razón. Si una persona que sufre implora al Señor por sanidad, si pide las oraciones de sus iguales cristianos, Dios puede sanar. De acuerdo con Su voluntad, debido a que las personas oran, Dios sanará. Debido a la gracia de Dios en Cristo, Él puede y hará más que sanar. Dios perdonará a los pecadores arrepentidos que hayan cometido pecados. Santiago podía decir todo lo anterior sin dar a entender que el sufrimiento de un individuo era el resultado directo de pecados personales que había cometido.

**Versículo 16.** Cuando Dios escucha las oraciones, la implicación es que el peticionario se ha arrepentido. La confesión y el arrepentimiento son dos caras de la misma moneda. Se confiesan los pecados y se pide perdón cuando se ora. Ambos forman el telón de fondo de la oración que Dios escucha y la sanidad de los enfermos. **Confesaos vuestras ofensas unos a otros, y orad unos por otros, para que seáis sanados**, escribió el autor. Es poco probable que Santiago amonestara la confesión abstracta de pecados diversos. Probablemente quiso decir que cuando alguien ha hecho daño a otro, sea que haya ofendido a Dios o al prójimo, debe acudir a él y confesar lo que ha hecho, trayendo así paz.

Las peticiones del cristiano a Dios y las respuestas de Dios vienen en el contexto de la confesión y el perdón. Los salmistas abordaron el tema más de una vez. En uno de los salmos atribuidos a David, el autor confesó:

Mi pecado te declaré, y no encubrí mi iniquidad.  
Dije: Confesaré mis transgresiones a Jehová;  
Y tú perdonaste la maldad de mi pecado (Sal 32.5).

Bajo la Ley se esperaba la confesión a Dios de pecados en privado (Lv 5.5). La confesión del pecado a Dios fue aparentemente el pensamiento de Juan: «Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y

justo para perdonar nuestros pecados» (1ª Jn 1.9). Santiago vinculó la sanidad tanto con la oración de fe como con la confesión de pecados por parte de los enfermos. La iglesia muestra su mejor rostro cuando aquellos que son partícipes de Cristo son abiertos con sus necesidades, cuando se confiesan unos a otros.

Confesar es reconocer que ser cristiano es vivir la vida en compañía de otros. Se puede ser ateo en soledad, pero jamás cristiano. La confesión en el sentido más amplio, como «la confesión cristiana de fe», y en el sentido más estricto, «confesarse los pecados unos a otros», están vinculados por las declaraciones que los cristianos se hacen entre sí. En el primer caso, los cristianos se declaran unos a otros y al mundo su creencia común de que Jesús de Nazaret es el Cristo de Dios y las ramificaciones que emanan de su fe. En el segundo caso, los creyentes se confiesan unos a otros sus luchas con el pecado, y buscan el aliento unos de otros para vivir según el modelo de vida que demostró Jesús. Cuando judíos arrepentidos acudieron a Juan el Bautista en el desierto, la confesión de pecados fue un paso importante hacia el bautismo (Mt 3.6; Mr 1.5).

En cierto sentido, la confesión de pecados es un asunto privado. En oración, los cristianos abren sus corazones a Dios. Reconocen sus pecados y buscan el poder del Espíritu para resistir los encantos de la carne (Ef 3.16; Fil 1.19). Tan importante como podría ser la confesión a Dios para apartarse del pecado y adoptar la conducta de Cristo, Santiago no se refirió a la confesión a Dios. Llamó a los creyentes a confesarse unos con otros. La naturaleza recíproca de la confesión entre quienes comparten la vida en el cuerpo de Cristo aparece solo aquí en el Nuevo Testamento. Santiago sostuvo que los creyentes encuentran poder y resuelven apartarse del pecado cuando pueden conversar sus debilidades con otra persona que pueda estar teniendo las mismas luchas.

**La oración eficaz del justo puede mucho**, agregó Santiago. El «justo» cuya oración es eficaz no es una referencia a un tipo especial de cristiano, que es más santo que el resto. Es el creyente que se toma en serio los imperativos éticos de la confesión cristiana. Es un pecador que necesita confesarse; y al mismo tiempo, es la persona justa cuyas oraciones Dios escuchará. La insistencia de Santiago en el poder de la oración de un «justo» plantea preguntas. ¿Por qué es que el justo debe esperar sufrimiento, de hecho, considerarlo un gozo

cuando puede sufrir? (1.2, 12). Si Dios escucha sus oraciones, podría esperar algo mejor. ¿No escucha Dios la oración de los justos pidiendo liberación de la tentación? (Mt 6.13). Si Dios escucha su oración, si su oración es eficaz, ¿por qué tiene que sufrir incluso cuando es inocente? Estas preguntas no parecen haber ocupado la mente de Santiago. Quizás los consideraba irrelevantes.

Decir que la oración es «eficaz» no es lo mismo que decir que se requiere que Dios responda la oración de la forma y cuando el que ora lo crea mejor. La oración es eficaz, sin embargo, todas las peticiones están sujetas a los propósitos y diseños más importantes de Dios. Santiago no dudó en prometer que la oración del justo «puede mucho». Eso no les asegura a los creyentes que todo lo que pidan se cumplirá. El entendimiento humano sigue los caminos de Dios solo con limitaciones.

**Versículo 17.** Así como Job sirvió como ejemplo de perseverancia (5.11) y Abraham sirvió como ejemplo de cómo la fe se perfecciona en las obras (2.21–24), también Elías sirvió como ejemplo de la eficacia de la oración. **Elías era hombre sujeto a pasiones semejantes a las nuestras.** Cuando se ha leído la narración sobre Elías en Reyes, la vida de oración del profeta no es prominente. Invocó a Dios no más que David, Ezequías, Isaías u otros hombres piadosos. Sin embargo, fue algo extraordinario cuando incluso la naturaleza misma respondió a la orden del profeta, pues dice: ... **y oró fervientemente para que no lloviese, y no llovió sobre la tierra por tres años y seis meses.** La narración en 1° Reyes 17 no dice del todo que no hubo lluvia durante tres años y medio. Sin embargo, después de la estancia del profeta con la viuda en Sarepta, se dice que la palabra de Dios le llegó «en el tercer año» (1° R 18.1). Presumiblemente, este era el tercer año después de su pronunciamiento en 1° Reyes 17.1: «no habrá lluvia ni rocío en estos años, sino por mi palabra». De ahí a la afirmación de que los cielos fueron cerrados durante tres años y medio es un pequeño paso. Jesús, como Santiago, había dicho que los cielos no dieron lluvia durante «tres años y seis meses» en los días de Elías (Lc 4.25).

Santiago quería que sus lectores supieran que Elías, aunque fue un gran profeta de Dios, era un hombre de carne como todos ellos.<sup>19</sup> Si Dios res-

<sup>19</sup> La palabra griega ὁμοιοπαθής (*homoioopathēs*) está detrás de la frase «pasiones semejantes a las nuestras». La palabra aparece otra vez en el Nuevo Testamento, en Hechos 14.15, cuando Pablo y Bernabé intentaron convencer a la gente de Listra de que no los adoraran como dioses.

pondría con grandes hechos a la oración de Elías, haría cosas igualmente maravillosas en respuesta a la de ellos. En cierto sentido, Elías no era alguien especial, al menos entre los escogidos de Dios. El Dios que escuchó a Elías todavía escucha las oraciones de Su pueblo. Cuando Dios responde a la oración de los ancianos de la iglesia, restaura la salud de un hombre enfermo y perdona sus pecados, el evento es tan extraordinario como la respuesta de Dios a Elías.

**Versículo 18.** Santiago razonó que Elías **otra vez oró** porque el profeta había dicho que volvería a llover sólo por su palabra (1° R 17.1). El hecho de que Elías «otra vez oró» es inherente al relato del Antiguo Testamento, sin embargo, el Libro de Reyes nunca menciona la oración que dio como resultado la lluvia. Después de la contienda con los sacerdotes de Baal, la Biblia dice que «Elías subió a la cumbre del Carmelo, y postrándose en tierra, puso su rostro entre las rodillas» (1° R 18.42). Santiago aparentemente entendía que era una posición para orar. Sólo entonces llegó la lluvia en abundancia. En circunstancias normales, nadie controla el ir y venir de las lluvias. Fue un evento digno de mención, incluso para el profeta que derrotó a los seguidores de Baal.

El hecho de que Elías hiciera volver las lluvias dejó evidente que la sequía no había sido un accidente de la naturaleza. El profeta oró, **y el cielo dio lluvia, y la tierra produjo su fruto.** Con la llegada de las lluvias, la tierra se volvió verde nuevamente y el pueblo de Israel pudo gozar del fruto que produjo. La hambruna llegó a su fin. Santiago quería que sus lectores supieran que Dios escucharía sus oraciones tal como escuchó las oraciones de Elías. El curso de los acontecimientos en la tierra cambia porque los cristianos oran.

### **Salva un alma de la muerte (5.19, 20)**

<sup>19</sup>**Hermanos, si alguno de entre vosotros se ha extraviado de la verdad, y alguno le hace volver, <sup>20</sup>sepa que el que haga volver al pecador del error de su camino, salvará de muerte un alma, y cubrirá multitud de pecados.**

**Versículo 19.** La iglesia tiene que enseñarles a los perdidos sobre el pecado y la obra redentora de Jesucristo. La iglesia también tiene la tarea de cuidarse unos a otros y alentarse unos a otros en la fe. Santiago había comenzado la carta refiriéndose a las pruebas y la prueba de la fe. Terminó

expresando preocupación por quienes no pasaron la prueba. Como Judas su hermano, Santiago quería «a otros [salvar], arrebatándolos del fuego» (Jud 23). Cuando un cristiano se aparta de la verdad, sus hermanos y hermanas se preocupan. Le alienan y persuaden para llevar al errante de regreso al Señor. Dios reservó una bendición para el que **le hace volver**.

Cuando Santiago escribió: **Hermanos, si alguno de entre vosotros se ha extraviado de la verdad**, daba a entender que la verdad estaba disponible y podía conocerse. Que un discípulo se apartara de la verdad era apartarse de Cristo. A la inversa, estar en Cristo era estar en la verdad. Seguir las enseñanzas de los apóstoles era estar en la verdad. Ocupar un lugar en el cuerpo de Cristo era estar en la verdad. Nos apartamos de la verdad cuando no practicamos la fe que alegamos tener, cuando dejamos de funcionar en la iglesia o cuando seguimos alguna enseñanza que compromete el mensaje del evangelio. Debido a que un discípulo podría divagar, Santiago escribió sobre la necesidad de «hacerle volver» al señorío de Jesús. Como Jesús, Santiago no dudó en hablar de «la verdad». Se podría «[mentir] contra la verdad» (3.14). En 1.18, Santiago había escrito sobre el nuevo nacimiento «por la palabra de verdad».

La verdad marcaba los límites que distinguían a los que estaban en Cristo de los que no. Estar en Cristo requería más que una experiencia emocional ocasional; también requería que se estuviera en la verdad. Comenzando con los Evangelios y pasando por el resto del Nuevo Testamento, el significado del discipulado es un tema importante. Durante el tiempo que el Señor pasó con Sus discípulos, enfatizó que Sus seguidores tenían que tomar sus propias cruces y sufrir su propio rechazo (Mr 8.34–37). Reprendió duramente a Sus discípulos cuando discutían unos con otros sobre cuál de ellos sería el mayor (Mr 9.35).

**Versículo 20.** Se debe elogiar al **que haga volver al pecador del error de su camino**, cuando lo vuelve a la verdad. El que se ha apartado de la verdad carga con el peso de sus pecados, como lo había cargado antes de nacer por «la palabra de verdad» (1.18). Como pecador, se ha desviado del camino.

Santiago dijo que el «que haga volver al pecador del error de su camino» **salvará de muerte un alma, y cubrirá multitud de pecados**. Grama-

ticamente, se podría sostener que es el discípulo fiel (que aparta al pecador de su error) cuya alma es salva de la muerte, sin embargo, el contexto difícilmente lo permitirá. Es el cambio del pecador lo que está en juego. Cuando el pecador vuelve al camino de Cristo, su alma es salva de la muerte. El que vuelve a su hermano a la verdad salva el alma del hermano. Ocultar «multitud de pecados» equivale a salvar «su alma de la muerte». Los pecados son cubiertos cuando ya no les son inculcados al pecador, cuando ya no tiene que llevar el peso de los mismos.

Para terminar, notamos que el final de Santiago no es lo que esperamos de una carta. No hay despedida, ni saludo final, ni doxología, ni deseos de despedida, ni resumen de pensamientos, como suele ocurrir en las cartas de Pablo. Santiago termina a medio paso, sin un final apropiado en absoluto. Se sospecha que Santiago no pensó mucho en la forma correcta en que debía proceder para cerrar su carta. Difícilmente está solo al terminar la carta de repente. Otros documentos del Nuevo Testamento, por ejemplo, 2ª Pedro y 1ª Juan, son igualmente abruptos al final.

---

## CÓMO HACERSE CRISTIANO

La única profesión, o confesión, sobre la que se promete la salvación es una confesión con la boca como consecuencia de creer con el corazón que Jesucristo es el Hijo de Dios (Ro 10.9). Aquellos que hacen esa confesión por primera vez deben ser sumergidos en agua inmediatamente. La Palabra del Espíritu Santo sigue en pie: «Arrepentíos, y bautícense cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados» (Hch 2.38). Se nos dice que nos resultará imposible probar el bautismo de Timoteo. De la misma manera, no podemos probar el bautismo de nueve décimas partes de los discípulos mencionados en el Nuevo Testamento. Sin embargo, solo tenemos que aprender el lugar y el diseño del bautismo para saber con certeza que todos los que los apóstoles reconocieron como miembros de la iglesia de Cristo habían escuchado y creído el mensaje del evangelio, se arrepintieron de sus pecados, confesaron a Cristo como el Hijo de Dios y fueron sepultados con Él en el agua del bautismo.<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> Adaptado de *The Ecclesiastical Observer* 28 (*El observador eclesiástico* 28), sexta serie (1º de mayo de 1875): 175.

# *Lecciones para hoy*

## *de Santiago 5*

### **ARRUINADO POR LAS RIQUEZAS (5.1–6)**

¿Ha oído hablar usted del hombre de Ohio que conducía por la interestatal cuando las puertas del vehículo blindado frente a él se abrieron y la carretera se llenó de dinero? Se estimó que más de \$2 millones inundaron la carretera, y que este hombre se detuvo y recogió más de \$150,000. Este hombre, después de aproximadamente una hora de tremendos sueños y lucha con su conciencia, devolvió el dinero a la empresa de vehículos blindados. Esa reacción asombró al país y fue considerada tan extraña que, de hecho, llegó a los titulares de primera plana del *National Enquirer* (periódico sensacionalista en los Estados Unidos). Un presentador de un programa de televisión nocturno incluso invitó al hombre a su programa y explicar su actuar.

Mi opinión personal es que a nuestra sociedad la consume la pasión por la riqueza y todas las cosas que el dinero puede hacer. Nos enamoramos de una persona que deja ir tanto dinero, dinero que llegó tan rápida y fácilmente. Sucede porque vivimos en una sociedad donde nuestros libros están llenos de docenas de estrategias para enriquecerse rápidamente, y donde la televisión nos atrae con el estilo de vida de los ricos y famosos. Esta mentalidad nos afecta a todos, porque ¿quién de nosotros no ha soñado despierto sobre cómo sería nuestra vida si ganáramos \$7,000 a la semana de por vida en el «Sorteo de Publishers Clearing House» que se anuncia por la televisión?

Una lectura cuidadosa de las Escrituras indica que la riqueza no es un pecado. Por ejemplo, Abraham fue un hombre extremadamente rico y caminaba con Dios. Dios lo usó para bendecir al mundo entero. Las Escrituras enseñan que se nos confían posesiones materiales para que las usemos sabiamente en nuestra vida y en nuestro servicio

a Dios y al prójimo.

En 5.1–6, se nos muestra el lado peligroso de la riqueza y lo que el dinero puede hacernos. Santiago se dirigió a los ricos y tenía algunas declaraciones claras sobre el uso y abuso de la riqueza. Al exponer estos abusos flagrantes, Santiago nos enseñó cómo debemos usar nuestras posesiones materiales como una herramienta en nuestro fiel andar con Dios.

*Santiago llamó a los ricos al arrepentimiento.* Cuando dijo: «¡Vamos ahora, ricos! Llorad y aullad por las miserias que os vendrán» (5.1), estaba haciendo un llamado al arrepentimiento. Estaba reprendiendo a quienes habían permitido que el poder financiero y la riqueza material volvieran sus corazones y sus cabezas.

En este llamado al arrepentimiento, Santiago les dijo que «[Llorarían] y [aullarían]» si se dieran cuenta de su miseria venidera. Las dos palabras que usó tienen antecedentes interesantes. La palabra griega para «llorar» es la misma palabra griega que se usa para describir el «llanto» de Pedro cuando se arrepintió de negar a Cristo (Lc 22.62). La palabra original para «aullad» usa una onomatopeya. Una mejor traducción de este pasaje podría ser «chillar». Está simbolizado en los profetas del Antiguo Testamento por el terror frenético de aquellos sobre quienes ha venido el juicio de Dios (Is 13.6; 14.31; 15.2, 3). Me parecería obvio que la «miseria» venidera sería una referencia al día del juicio.

Dentro de esta llamado, Santiago se estaba refiriendo a una clase especial de personas, aquellos que hacen mal uso y abusan de la riqueza. Según Santiago, esta visión de las riquezas conduce a la ruina. Por eso Jesús dijo: «Más fácil es pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de Dios» (Mr 10.25).

*Santiago condenó los crímenes de los ricos.* Parecería, según los historiadores, que la riqueza en los tiempos bíblicos se exhibía de tres formas básicas: comiendo, vistiendo y gastando. En 5.2, 3, aparentemente Santiago se estaba enfocando en cada uno de estos. En 5.2, dijo: «Vuestras riquezas están podridas». La palabra «podridas» quería decir literalmente «descompuesto» y podría tener una aplicación especial a los suministros de alimentos. La implicación parece ser la siguiente: «Tienes mucho más de lo que puedes usar, literalmente se pudre antes de que pueda usarse».

Santiago dijo: «vuestras ropas están comidas de polilla» (5.2). Sus ropas eran tan abundantes que las habían guardado y las polillas las habían comido. Es como si Santiago preguntara: «¿De qué sirve alimentar a las polillas?».

Los acusó diciendo «Vuestro oro y plata están enmohecidos [“oxidado”; NASB]» (5.3). Por supuesto, sabemos que el oro y la plata no se oxidan ni se corroen; por lo que tenemos que considerar el significado como figurado. La reprimenda parecería ser que la forma en que se trataba el oro y la plata los volvía tan inútiles como si se hubieran oxidado.

Santiago parece haberse perturbado por la acumulación y uso de riquezas de parte de ellos. Este punto se refuerza cuando la carta dice: «Habéis acumulado tesoros para los días postreros» (5.3). Santiago indicó que habían «acaparado» sus posesiones, y que este «acaparamiento» no había producido nada más que podredumbre y deterioro. Cuando miramos todo el bien que podría haberse logrado con la riqueza de ellos, ¡no solo es insensato, también es pecaminoso!

En 5.4, Santiago se volvió muy específico. Dijo que ellos habían acaparado su riqueza, y también que al menos parte de esa riqueza había provenido de la retención de salarios de sus trabajadores. Luego, muy rápidamente, Santiago pasó de los hechos terrenales a su significado espiritual. Podría haber pasado algún tiempo pensando en la insensibilidad de retener pagos que daban como resultado que las familias se quedaran sin alimentos, etc. Sin embargo, para Santiago, una sola cosa era importante decir. El Señor estaba al tanto de lo que había sucedido; el fraude no se le había escapado. El dolor de los segadores había llegado a oídos del Señor Todopoderoso.

Santiago les dirigió su tercer cargo en 5.5: «Habéis vivido en deleites sobre la tierra, y sido disolutos; habéis engordado vuestros corazones

como en día de matanza». Estos ricos eran culpables de entregarse al lujo y la autocomplacencia. Si bien en este versículo parecería que «vivido en deleites» y «sido disolutos» son sinónimos, es evidente una sombra de diferencia en sus significados. El «deleite» se refiere a un estilo de vida fácil y debilitante que tiende a llevarnos a la inmoralidad. Por otro lado, la segunda idea describe una autocomplacencia extravagante y derrochadora. Santiago quería que supiéramos que este tipo de estilo de vida nos engorda para el día de la matanza. La idea nos recuerda Jeremías 12.3, donde dice que los impíos fueron arrebatados «como a ovejas para el degolladero» y preparados para el matadero por el Señor. La diferencia aquí es que los ricos se han engordado a sí mismos para ese día fatal, como si los animales suministraran su propia comida, que eventualmente los preparaba para el matadero.

En 5.6, Santiago les lanzó la acusación más seria de todas: «Habéis condenado y dado muerte al justo, y él no os hace resistencia». Santiago aseveró que no solo eran culpables de atacar al hombre inocente y justo, sino que también eran culpables de atacar a un hombre que estaba indefenso y se negaba a defenderse. Su deseo de dinero era tan abrumador que cualquier sentido de bondad, amor o piedad estaba ausente en su conducta. Su codicia había llegado a los extremos de Acab y Jezabel, quienes dieron muerte a Nabot el jezreelita para dejarse su viña (1° R 21).

*Santiago enfatizó la preocupación de Dios.* La preocupación de Dios no es la riqueza real, sino la actitud de Su pueblo para con la riqueza. Si nuestra preocupación es la acumulación de dinero y posesiones sin el deseo de usar esas posesiones para bendecir la vida de otros, Santiago dijo que hemos entendido mal la voluntad de Dios. Esta es la preocupación detrás de la reprimenda por «acumular» en 5.2, 3. El cristiano ha de usar lo que Dios le ha dado para bendecir la vida de otros. Por eso, en los «dones de servicio» de Romanos 12.8, se nos dice: «el que reparte, [hágallo] con liberalidad».

La enseñanza de Dios no es contra las personas ricas, sino contra las prioridades equivocadas que a menudo vienen con la riqueza. Estas prioridades, y cómo se confunden, sobresalen en este pasaje. Estos cristianos estaban dispuestos a cometer fraude y muerte para acumular riquezas. En el uso de su riqueza acumulada, se dieron gusto hasta el punto de volverse inmorales.

*Conclusión.* Ricos o pobres, tenemos que fijar

nuestra esperanza en Aquel que provee todo lo que tenemos. La riqueza y todos los lujos que trae no reemplazan lo que Dios puede hacer en nuestras vidas. Las palabras de Jesús siguen siendo verdaderas: «Porque ¿qué aprovechará al hombre, si ganare todo el mundo, y perdiere su alma? ¿O qué recompensa dará el hombre por su alma?» (Mt 16.26). Bill Hooten

### **Hacer lo correcto cuando se ha sido agraviado (5.7–12)**

¡No me agrada que me critiquen! No me agrada que me digan que me he equivocado, que he fallado en algo o que mis esfuerzos están errados. Las personas se me acercan y susurran: «Espero que aprecie un poco de crítica constructiva». Puede que la aprecie, ¡sin embargo, no me agrada! Constructiva o no, sigue siendo crítica. Si usted desea verme enojado, déjeme creer que la crítica es inmerecida.

Este problema es algo que todos compartimos: un ego humano frágil. Para usar una paráfrasis de un viejo dicho, «Si yo fuera dado a las apuestas, apostaría a que no soy el único que se ha sentido así». Esos sentimientos y emociones son aquellos con los que todos hemos luchado y han sido la base de cientos de canciones, películas, programas de televisión y libros.

Por supuesto, reconocemos que no todas nuestras heridas provienen de la crítica; pueden provenir de una variedad de lugares, como una situación laboral intolerable, conflictos domésticos (maritales o paternos) o que un amigo nos haya hecho daño. En el contexto de Santiago 5, parece obvio que el dolor y el maltrato que estos cristianos estaban sufriendo provenía de los ricos. Cuando se consideran los pecados de los ricos (atesorar sus riquezas, no pagar los salarios obtenidos por otros y la condenación y muerte de hombres inocentes; 5.1–6), no es difícil ver cómo podrían haberse llenado de amargura y sentimientos de venganza. Sus oraciones podrían haber sonado como los clamores de los santos desde debajo del trono en Apocalipsis 6.10: «¿Hasta cuándo, Señor, santo y verdadero, no juzgas y vengas nuestra sangre en los que moran en la tierra?».

Dios nos tiene algo mejor que la amargura y las represalias, y Santiago reveló la alternativa. Nos mostró cómo la fe reacciona de manera diferente al mundo cuando se practica incorrectamente. El curso que presentó Santiago se dio en forma de cuatro mandamientos. Los dos primeros son expre-

sados en positivos y los dos restantes en negativos.

«*Tened paciencia*». El primer mandamiento se encuentra en 5.7: «Por tanto, hermanos, tened paciencia hasta la venida del Señor. Mirad cómo el labrador espera el precioso fruto de la tierra, aguardando con paciencia hasta que reciba la lluvia temprana y la tardía».

Seguramente, esta era una cualidad que muchos cristianos en los días de Santiago no lograban tener. Probablemente, si tuviéramos que ser dolorosamente sinceros, muchos de nosotros luchamos con la misma cualidad. Muchos cristianos son como el hombre que oró: «¡Oh Señor, dame paciencia, pero dámela ahora mismo!». Es especialmente cierto si alguien abusa de nosotros o difunde mentiras sobre nosotros. Recuerde el viejo dicho: «No te enojas, véngate». Normalmente lo que queremos es enojarnos y vengarnos. Cuando somos así, el mundo entero se detiene hasta que aclaremos nuestros sentimientos. Son exactamente los sentimientos y actos que Santiago estaba tratando de eliminar.

La idea se refuerza con la ilustración del labrador que espera pacientemente las lluvias de primavera y otoño. En cinco años y medio de ministrar en el oeste de Texas, he visto la paciencia de los productores de algodón. Necesitan las lluvias tempranas para preparar el suelo y las lluvias tardías para madurar la cosecha. También existe el peligro de que llueva demasiado temprano y dificulte la cosecha. Si los agricultores de algodón no tuvieran paciencia (y fe), no podrían sobrevivir.

Santiago dijo que debemos ser pacientes «hasta la venida del Señor». El concepto detrás de la palabra para la «venida» del Señor es el de *parousia*. En las provincias romanas, de vez en cuando un funcionario del gobierno venía a las ciudades y puestos de avanzada. Cuando llegaba, todos los que tenían agravios contra otros por dinero, propiedades, etc., se presentaban ante él. En ese momento, se corregían todos los errores. A esto se le llamó la *parousia*. Cuando Jesús regrese en Su *parousia*, todos los males espirituales serán corregidos (2ª Ts 1.6, 7). El cristiano que esté siendo maltratado debe «tener paciencia» hasta entonces.

«... *afirmad vuestros corazones*». El segundo mandamiento se encuentra en 5.8, donde Santiago exhortó a los hermanos a «mantenerse firmes» (NIV). Cuando las cosas van mal, es fácil desanimarse. A veces, nuestra fe depende de lo que sucede a nuestro alrededor, lo que las personas nos dicen o cómo nos traten. La fuerza de nuestra fe a menudo se debilita cuando se nos trata injustamente. Sin

embargo, Santiago estaba diciendo que nuestra fe marca la diferencia. Nuestra fe fortalecerá nuestro corazón para que podamos soportar el maltrato.

Para permitirnos «estar firmes», Santiago agregó la declaración calificativa «porque la venida del Señor se acerca». A menudo, cuando leemos declaraciones como la presente en el Nuevo Testamento, nos encogemos de hombros y decimos: «Oh, bueno, a la manera del Señor de calcular el tiempo, todavía está cerca». Sin embargo, estoy convencido de que los cristianos del Nuevo Testamento predicaban la inminente venida de Jesús y vivían como si fuera a regresar en cualquier momento. Los cristianos de hoy tienen que vivir de la misma manera. Si viviéramos como si Jesús fuera a regresar en cualquier momento, no sería difícil «mantenernos firmes» durante tiempos de adversidad.

«... no os quejéis». La tercera exhortación, y la primera de las expresadas en negativo, está en 5.9: «Hermanos, no os quejéis unos contra otros». Cuando la adversidad se nos interpone en el camino, especialmente el maltrato de quienes nos rodean o de nuestros hermanos cristianos, es fácil quejarnos. Podemos enumerar todas las malas cualidades de aquellos que no nos tratan como creemos que deberían.

Somos propensos a excusar al miembro de la iglesia que se queja, refunfuña y habla. Ofrecemos comentarios tan débiles como «Así es como es» o «Simplemente tiene una personalidad negativa». El problema es que disculpamos a alguien y le hacemos concesiones como si sus quejas no importaran. Dios no mira esos vicios como si fueran insignificantes. Dios dice que incluso cuando se nos esté maltratando, la fe evitará que nos quejemos contra un hermano. Hasta que comencemos a tomar esta manera malvada de hablar tan en serio como lo hace Dios, las iglesias continuarán siendo destruidas por miembros de hablar pecador.

Para enfatizar la importancia de no murmurar, el Espíritu Santo, por medio de Santiago, advierte que aquellos que sí se quejan serán juzgados. Ese

juicio es inminente porque «el juez está delante de la puerta». ¡Cuán terrible es que Jesús nos juzgue por nuestras murmuraciones contra otros!

«... no juréis». Finalmente, Santiago dijo que nuestra fe debería impactar en la forma en que hablamos. Dijo que no deberíamos jurar (5.12). Cuando las personas se aprovechan de nosotros, es fácil dejar que nuestras lenguas se desboquen. Basta con pasar tiempo con personas del mundo para darnos cuenta de lo verdaderamente vulgar que es este mundo. Nuestra fe marca la diferencia, porque en la peor de las situaciones, podemos controlar nuestra lengua.

La vulgaridad constituye un mal tan fácil y tan aceptado en nuestra sociedad, que se vuelve una trampa para los cristianos. Sin embargo, Santiago dijo que permitiéramos que nuestro discurso fuera simple y llano, no interrumpido por las groserías del mundo. Es una tragedia cuando los cristianos permiten que su lenguaje repudie lo que creen. Nuestra fe debe marcar la diferencia en lo que decimos, incluso cuando las cosas se ponen difíciles.

*Conclusión.* Vivir la vida cristiana es difícil. Es especialmente difícil cuando quienes deberían tratarnos bien nos están haciendo daño. Cuando los que deberían amarnos abusan de nosotros, debemos recordar tener paciencia, permanecer firmes, no quejarnos ni jurar.

Para que se nos dé esperanza, se nos dan ejemplos de quienes han tenido paciencia ante el sufrimiento. Se nos dice que consideremos a los profetas y pensemos en las adversidades que enfrentaron y la paciencia que exhibieron. Santiago dijo que consideráramos la paciencia de Job. La NIV es mejor aquí con su uso de «perseverancia» que otras traducciones que usan «paciencia», porque a veces Job fue todo menos paciente. A pesar de todo, Job perseveró. Estos ejemplos son esperanzadores para nosotros porque nos muestran que puede lograrse.

Que Dios nos dé la fuerza para permitir que nuestra fe marque la diferencia cuando las cosas van mal.

Bill Hooten

---

(Viene de la página 2)

primero la voluntad de Dios. «Y esta es la confianza que tenemos en él, que si pedimos alguna cosa conforme a su voluntad, él nos oye» (1ª Jn 5.14). Pida con fe, dice la Biblia. Crea que Dios le dará lo que pida. Sin embargo, sabemos que Dios no nos da automáticamente todo lo que le pedimos.

*Dios puede.* La Biblia nos enseña lo que hace la experiencia: Cuando Dios les dice a los cristianos que oren con fe, no está diciendo que cumplirá automáticamente cada solicitud que hagan. La fe que hemos de tener no es que Dios responderá positivamente cada petición. Más bien, es lo siguiente: Creemos que Dios puede hacer lo que desee. Él es todopoderoso y es todo bueno. Es lo que los creyentes saben en su corazón cuando oran. No nos corresponde juzgar a Dios y decirle lo que tiene que hacer. Dios ve lo que nosotros no podemos. Él comprende nuestro dolor, sin embargo, también toma en consideración el pecado y la salvación fuera del alcance del conocimiento humano. Dios ve toda la vida desde una perspectiva eterna.

La oración de fe es una oración de confianza. Cuando Santiago dijo que hemos de orar sin dudar, estaba diciendo que no hemos de dudar de los caminos benevolentes de Dios. No hemos de dudar de Su gobierno soberano. La confianza en Dios no es algo que deba extraerse de la nada. Confiamos en Él, porque vemos Su amor en el rostro de nuestros hijos, en los techos sobre nuestras cabezas y en la comida sobre nuestras mesas. Vemos el amor de Dios al amanecer y en el cielo azul sobre nosotros. Sobre todo, vemos Su amor en un evento supremo. Se hizo uno de nosotros cuando nació Jesucristo. Jesús, «Dios con nosotros» (Mt 1.23; vea Is 7.14), tomó nuestras cargas y nos redimió del pecado. El Dios al que servimos es un Padre; Él nos ama.

Tomando todo lo anterior en cuenta, Santiago nos dijo que oráramos. Orar cuando vengan las pruebas o el sufrimiento. Orar cuando estemos felices. Orar cuando la enfermedad golpee. Ore todo el tiempo. «¿Está alguno enfermo entre vosotros? Llame a los ancianos de la iglesia, y oren por él» (5.13). Los cristianos se vuelven a Dios, cada uno con sus propias peticiones. Rogamos Su ayuda en nuestras vidas. Aun así, la oración, como todos los demás aspectos de nuestra fe, también le compete a la iglesia. Hemos de orar los unos por los otros. En palabras de Pablo, hemos de levantar manos santas a Dios (1ª Ti 2.8).

En tiempos de extrema necesidad, recurrimos a nuestros pastores, nuestros líderes espirituales,

los ancianos de la iglesia, y les pedimos que nos ayuden recordándonos en sus oraciones.

¿Está alguno enfermo entre vosotros? Llame a los ancianos de la iglesia, y oren por él, ungiéndole con aceite en el nombre del Señor. Y la oración de fe salvará al enfermo, y el Señor lo levantará; y si hubiere cometido pecados, le serán perdonados (5.14, 15).

Santiago ofreció una promesa: Dios escucha nuestras oraciones. Quiere decir que cuando una persona está enferma o necesitada, puede volverse a Dios y, a veces, Dios le concederá su pedido. Gracias a la oración, suceden cosas que de otra manera no hubieran sucedido. Dios cambia el curso de los acontecimientos mundiales porque se ofrecen oraciones.

Aún así, tenemos que tener cuidado con las palabras de Santiago. A veces, por Sus propias razones, Dios nos dice «No». A menos que sigamos vivos hasta que el Señor regrese, todos experimentaremos la muerte física. A veces, todas las oraciones del mundo no harán retroceder la muerte. Las palabras de Santiago no son una poción mágica. La oración de fe salvará a los enfermos y la sangre de Cristo salvará del pecado. En ninguno de los dos casos eso quiere decir que Dios doblega infinitamente Su voluntad a cada una de nuestras solicitudes. Dios levanta a los enfermos, sin embargo, no siempre levanta a los enfermos.

A veces las personas leen Santiago 5.15 y dicen: «Lo que oré no sucedió. Eso tiene que querer decir que no pedí bien. Tiene que querer decir que soy más pecador que cualquier otra persona. Dios respondió las oraciones de ellos, mas no las mías. ¿Qué estoy haciendo mal?». Cualquier otra cosa que entendamos de Santiago, tenemos que saber lo siguiente: Los caminos de Dios están por encima de los nuestros. No vemos todo lo que Él hace. Cuando Dios responde a cualquier oración, está concediendo la petición de un pecador. No pretendo conocer todos los caminos de Dios, sin embargo, puedo decir lo siguiente: Dios responderá nuestras oraciones de acuerdo a Su voluntad.

*La oración del justo es escuchada.* La oración es una parte vital y complicada de nuestra fe. Si bien Dios responde a las oraciones de Su pueblo de acuerdo con Su voluntad soberana, sigue siendo cierto que podemos hacer algunas cosas que obstaculizarán nuestras oraciones. Lo sabemos por lo que Él ha dicho en la Biblia.

A menudo, las personas invocan a Dios como

una especie de red de seguridad. Realmente no creen que vaya a hacer mucho bien, sin embargo, lo hacen de todos modos. Las personas a veces oran como una cuestión de costumbre o forma. Ese tipo de oración dudosa parece ser un insulto para Dios. Es poco probable que las oraciones que se hagan con dudas sean contestadas. «Pero pida con fe, no dudando nada; porque el que duda es semejante a la onda del mar, que es arrastrada por el viento y echada de una parte a otra. No piense, pues, quien tal haga, que recibirá cosa alguna del Señor» (1.6, 7).

La duda no es lo único que puede entorpecer nuestras oraciones. Una persona puede orar de manera egoísta. Puede que ore por sus propias comodidades personales. Santiago escribió: «Pedís, y no recibís, porque pedís mal, para gastar en vuestros deleites» (4.3).

Hay otra razón por la que Dios podría no escuchar. Quiero tener cuidado. La oración contestada no siempre da testimonio de una vida virtuosa y sin pecado. Tampoco siempre quiere decir que Dios esté enojado con nosotros cuando dice «No». Sin embargo, la Biblia enseña que Dios inclina Su oído a aquellos que le son fieles.

Amados, si nuestro corazón no nos reprende, confianza tenemos en Dios; y cualquiera cosa que pidiéremos la recibiremos de él, porque guardamos sus mandamientos, y hacemos las cosas que son agradables delante de él. Y este es su mandamiento: Que creamos en el nombre de su Hijo Jesucristo, y nos amemos unos a otros como nos lo ha mandado (1ª Jn 3.21-23).

Aprovechando que estamos hablando de cosas que deben acompañar la oración, también hay cuestiones de confesión y arrepentimiento. Cuando los cristianos confiesan y se apartan de sus pecados, le presentan sus peticiones sin pretensiones, sabiendo que son indignos. Santiago lo dijo bien: «Confesaos vuestras ofensas unos a otros, y orad unos por otros, para que seáis sanados. La oración eficaz del justo puede mucho» (5.16).

Nuestras oraciones podrían verse obstaculizadas por varias razones. Aún así, estamos en una mala posición para decir con confianza en cualquier

caso dado por qué es que Dios dice «Sí» o «No» a nuestras oraciones. Al final, confiamos en Su benevolente bondad y seguimos orando. Pablo le contó a la iglesia de Corinto de un tiempo en la que le había suplicado a Dios desesperadamente, sin embargo, Dios le dijo «No». Habló de un aguijón clavado en su carne. Sea lo que fuera, tuvo que haber sido la fuente del dolor.

... respecto a lo cual tres veces he rogado al Señor, que lo quite de mí. Y me ha dicho: Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad. Por tanto, de buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades, para que repose sobre mí el poder de Cristo (2ª Co 12.8, 9).

Podemos aprender de Pablo a aceptar la respuesta de Dios.

*La oración es para todo cristiano.* Santiago quería que sus lectores entendieran que la oración no es solo para un grupo especial de santos. Es para cada cristiano, cada santo. Al principio del capítulo 5, Santiago había recurrido a Job en busca de inspiración sobre la forma en que los cristianos habían de resistir (5.11). Aquí, se dirigió a Elías en busca de inspiración en el camino a la oración. Elías, en cierto sentido, fue un gran hombre de Dios. En otro, fue un ser humano ordinario. Durante los días de Elías, el pueblo de Israel estaba dándole la espalda a Dios. La injusticia y la idolatría les rodeaba. El rey Acab y su reina Jezabel estaban al frente. En presencia de todos, Elías declaró que Dios estaba enviando una sequía a la tierra.

Lo siguiente es lo que Santiago dijo acerca de la oración del profeta: «Elías era hombre sujeto a pasiones semejantes a las nuestras, y oró fervientemente para que no lloviese, y no llovió sobre la tierra por tres años y seis meses» (5.17). Al final de 3 años y medio, Elías oró nuevamente, y por su palabra, Dios envió lluvia de regreso a la tierra (5.18). Santiago pretendía que Elías nos sirviera de inspiración. Incluso nosotros, con todos nuestros pecados, vestidos de carne mortal como somos, seremos escuchados por Dios. Elías era un hombre de carne tal como lo somos nosotros.

Duane Warden

---

«Os saludan todas las iglesias de Cristo» (Romanos 16.16).